



Adolfo Ruiz Cortines, respondió un solo grito imponente, multitudinario, de millares y millares de gargantas, salido de aquel inmenso mar humano, al son de las campanas metropolitanas y de las salvas de artillería:

“¡¡Viva México!! ¡¡Viva la Independencia!!”

*En donde los bananos tienen más fuerza  
que los próceres*

Bajo impresión tan profundamente nacionalista de los mexicanos, en su más justo sentido de autonomía; acrecido el amor a Hispanoamérica en estas alturas de la Gran Tenochtitlán, que así celebra sus principales gestas patrióticas, pienso con unción en el visionario sacerdote de los ojos verdes, que el 16 de septiembre de 1810 puso en movimiento el ideal de independencia de la Nueva España. Pero pienso también en Guatemala, pienso en Centroamérica, conturbado el ánimo, al advertir que allí tienen más fuerza los bananos que los próceres.

Sí. Conturbado el ánimo. Porque hiriéndonos como nos hiere a todos el crimen de infanticidio contra la nación guatemalteca —“la gran victoria” de Míster John Foster Dulles, después de sus fracasos en Asia y en Europa—, es natural que sintamos como un gran desgarramiento los centroamericanos conscientes.

Vale decir, los que hemos venido señalando, durante toda una vida, el camino centroamericanista; predicando nuestra verdad de unión; luchando sin descanso por una patria morazánica

fuerte, cohesionada, menos expuesta a los peligros de afuera y de adentro, que al fin y a la postre la han convertido en feudo de inconfesables ambiciones y hartazgos, en connivencia la carroña política con cierta canalla intelectual y los imperialismos extranjeros.

De vergüenza se le sube a uno la sangre a la cabeza —¡de asco y de vergüenza!—, al constatar la complicidad de los gobiernos peleles de Honduras y de Nicaragua con los succionadores insaciables, con los campeones del gran garrote, con los desmedidos capataces de la mala vecindad en Washington y en Wall Street.

¡Asco y vergüenza que los voraces consorcios del exterior y la cerril caverna, peor que atea porque delinque con el nombre de Dios en los labios, cuenten más para estos regímenes irresponsables, funestamente caribes, que las legítimas aspiraciones de un pueblo hermano, de su misma raíz y sangre, inerme, sufrido, calumniado, difamado, traicionado hasta la ignominia, en nombre del viejo fraude del anticomunismo!

\* \* \*

Se vienen entonces a la memoria, junto con el Padre Hidalgo, con Morelos, Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins, Juárez, los Maceo, Eloy Alfaro, José Martí; junto con el inmortal Obispo ecuatoriano don José de Cuero y Caicedo, nuestras más altas figuras olvidadas: Fray Antonio de Liendo y Goicoechea, don Pedro Molina, el Sabio Valle, los Barrundia, Cabañas, Gerardo Ba-

rrios, Juan Rafael Mora, Augusto César Sandino.

¿No es para sentirse uno indignado porque a ellos en primer término, porque a ellos en forma vil se les traiciona?

E insignes varones de báculo y de mitra, que supieron orientar el patriotismo centroamericano en los últimos decenios, alzarían también su voz de condenación y de protesta contra los nuevos fariseos que buscan la sombra de la Catedral.

Evitarían bendiciones de otros prelados a los vendepatrias.

Defenderían al Santo Cristo de Esquipulas del grado que le han impuesto, grado sacrílego de "Capitán de los Ejércitos Libertadores".

Calmarían, en fin, los malos instintos del beaterío anticristiano, con su decisión, con su elocuencia, incluso con excomuniones eficaces y con uno que otro hisopazo de agua bendita.

Que no me caigan encima los jacobinos ni los de rosario y misa diaria, si traigo a colación los siguientes nombres ejemplares:

Monseñor Pereyra y Castellón, en Nicaragua, contra el despotismo de Zelaya.

En Costa Rica, recientemente fallecido, Monseñor Sanabria y Martínez, señalado por el reñoneador guatemalteco Jorge Ubico como "líder comunista".

Y tocante a la propia Guatemala, la ilustre figura de Monseñor Piñol y Batres, el más firme cruzado de su católica grey contra el entreguismo y la barbarie del sanguinario dictador Manuel Estrada Cabrera.

*¡Tiburcios, Anastasios, Fulgencios, Apolinarios,  
Marcos Pérez y Mamertos!*

¡Ah! Pero ¿quién habla de ellos, quién habla de los próceres en la Guatemala de hoy, cuyo falangismo respaldado por Washington y la United Fruit, beatificaría de nuevo a Carrera y acabaría con Morazán?

¿O en la Nicaragua totalmente entregada de los Somoza?

¿O en la Honduras de Gálvez y de Carías, bajo el dominio absoluto del monopolio frutero?

No. Allí ocupan el sitio de los padres de la patria, como en otras repúblicas de América, los Tiburcios, los Anastasios, los Marcos, los Fulgencios, los Bienvenidos, los Apolinarios.

Y hasta hubo en Bolivia un barbado Presidente que se llamaba don Mamerto, con todas sus letras y el apoyo de los magnates del estaño, para mayor abatimiento y desconsuelo de intérpretes y traductores en las grandes reuniones internacionales.

¡En la Organización de Estados Americanos, por ejemplo, ese bien montado Ministerio de Colonias que desleales propagandistas, olvidando injustamente a Mister Blaine, le achacan a Bolívar!

Su nuevo Secretario General, fugaz ex Presidente de la heroica y explotada tierra de los araucanos, de Lautaro, de Caupolicán, de Mister Braden, del cobre y del salitre, echó un buen día su cuarto a espadas. Y lo echó en inglés y con la "técnica" de los reporteros-turistas o del Intelligence Service, para debutar en forma grata a

los Dulles y a los McCarthy. ¡Ah, los altos funcionarios yanquinizados de nuestra pobre América Latina!

O en las Naciones Unidas, esa otra superestructura maravillosa que ha traído la paz y la felicidad al ser humano, haciendo del mundo un paraíso o Shangri-La nunca soñado, en donde todo es cortesía, dulzura, comprensión, libertad plena de voto, tiernos ojos en blanco de los delegados y música celestial.

¡Shangri-La tan estupendo, que hasta los chinos indeseables —no por amarillos sino por rojos— han pretendido colarse en sus dominios para sembrar el desconcierto! Los chinos de Mao Tsen Tung —cabe recordarlo para que no se ofenda el seráfico de Chiang Kai-Shek—, indignos de sentarse al lado de los apóstoles nicaragüenses, hondureños, guatemaltecos, peruanos, cubanos, venezolanos y dominicanos, defensores tropicales de la libertad, de la abstinencia, de las buenas costumbres y de la democracia.

¡Ah, los Hermenegildo Chinchilla y los Sancho García, tipos característicos de nuestro mundo oficial y de nuestra diplomacia caribe, a quienes no pierdo la esperanza de retratar en “El Manicomio de la Postguerra”!

¡Ah, los Inocencio Delgado, que de Inocencio no tienen sino el nombre y de Delgado el apellido!

Ya los veremos en ese “Manicomio”, con sus charreteras, sus condecoraciones, sus cintas y sus cordones en lugar de jáquima.

*Irca, United Fruit, Sullivan and Cromwell*

Perdóneseme tanto viajar en cinco a seis cuartillas por diversas épocas y rumbos, sin haber centrado única y exclusivamente la atención en los sucesos de Guatemala. Pero a ellos se refiere el Dr. Arévalo en este volumen aleccionador —hasta el propio día de la renuncia inesperada del Presidente Jacobo Arbenz—, con acopio de sugerencias y con detalles de primera mano, realmente aleccionadores.

Ojalá puedan leerlos muchas gentes más o menos ALFABETAS. ¡¡Alfabetas!! Tan desorientadas, sin embargo, tan confusas, tan impresionables y asustadizas, que más las quisiera uno leyendo la verdad en el dolor del pueblo —de los pueblos hispanoamericanos—, que no la difamación y la mentira en lo mucho que hacen circular, a grandes titulares de revista o de periódico, los enemigos interiores y externos de la decencia humana.

Cumple pues con su deber el ex Presidente Arévalo, con su responsabilidad orientadora, al ofrecerles un libro como éste a los que quieran y sepan leer sin antiparras. Les será útil, sobre todo, a los que siguen de espaldas a la realidad.

En otras palabras, a todos aquellos que se aferran en no abrir los ojos, por temor o candidez, no pudiendo entonces darse cuenta del panorama en que nos debatimos.

¡Panorama totalitario, neofascista, dictatorial y cuartelario en la mitad de América!

O que sólo a medias los abren, como guiñán-

dolos y arrugando el párpado, en prueba de que son muy hábiles y avispados para no comprometerse y hacerle el juego al poderío anglosajón.

¡Avispados frente al dolo, el entreguismo, la satrapía y otras monstruosidades de lesa patria, que según anda el Hemisferio tendrán que bendecirse como méritos o virtudes de la solidaridad continental americana.

Y no venga Washington a decirnos que con el palo y el mando —como diría Quevedo— en manos de sargentones y coroneles a su servicio, abusando de lo que llama Arévalo “simulación de la angustia”, estaremos a salvo de las terribles doctrinas exóticas que darán al traste con tan extraordinaria anficciónía, modelo de espiritualidad a la sombra de la Pan American Union.

\* \* \*

Sobre este tema de angustias y angustiados, entre los cuales figuran Míster Eisenhower, los hermanos Dulles, Cabot Lodge, el Vicepresidente Nixon y otros personajes que se arrepienten de haber combatido al Eje Roma-Berlín-Tokio-Madrid, escribe el ex Presidente guatemalteco un largo e interesantísimo capítulo, dividido en doce acápitos.

Bien vale la pena leerlos y meditarlos, porque en ellos se verá cómo anda el mundo, cómo padecen de amnesia algunos mal llamados grandes estadistas, y hasta qué punto nos movemos o nos mueven desde el Norte a los latinoamericanos.

En esto de la angustia será bueno recalcar lo de simulación. Tomemos el caso del Secretario

de Estado, y caeremos en la cuenta de que el apacible presbiteriano Míster John Foster Dulles, a pesar de su admiración por Hitler y por Mussolini, es hijo muy devoto de pastor protestante.

Pero más que cristiano, más que religioso, ha sido y sigue siendo accionista de poderosos consorcios; asesor de empresas concesionarias en Hispanoamérica y en otras NACIONES ATRASADAS del planeta; funcionario público y miembro, por añadidura, del conocido bufete de Wall Street, SULLIVAN AND CROMWELL, cuyos atracadores jurisconsultos no son precisamente franciscanos ni carmelitas descalzos.

Ya he dicho en trabajos anteriores que este bufete es el que maneja los negocios legales o ilegales de la IRCA, el aprovechado "trust" ferrocarrilero que forma un todo con la United Fruit y otras compañías filiales del mal oliente Imperio del Banano. Y agregaré ahora que la IRCA es una de las mayores estafas que se hayan cometido, con alevosía y ventaja, en perjuicio de una pequeña república latinoamericana.

En la imposibilidad de dar en este prólogo una serie de estadísticas que tengo aquí a la mano, sea suficiente con afirmar que los ferrocarriles de Guatemala pertenecen al Estado y no a la IRCA, no obstante haberlos puesto en su poder dictadores muy obsequiosos de la tierra del quetzal.

Bastaría, para comprobarlo, repasar los contratos celebrados con varias empresas norteamericanas por el Presidente Justo Rufino Barrios, en 1877, 1880, 1881 y 1884; lo que pagó Guatemala, a razón de 50,000.00 pesos fuertes por cada milla terminada; y las cantidades cubiertas por el



Tesoro durante el régimen de Reyna Barrios, por un total de 7.300,000.00 dólares, únicamente para la construcción de cinco tramos del Ferrocarril del Norte.

Este Ferrocarril del Norte, entre Puerto Barrios y la capital, tenía un activo, en diciembre de 1898, superior a 15.000,000.00 de dólares —según su administrador Adolfo Tible—, con ganancias netas de Dls. 1.640,000.00 en su primer año de servicio. (“Memoria de Fomento”, 1899, página 37.)

\* \* \*

Pero un buen día, como ocurrió después en la Nicaragua de la ruta interoceánica, de las intervenciones y de los vendepatrias, en plena etapa de la diplomacia del dólar y del Destino Manifiesto, empezó y se consumó el traspaso de las vías férreas guatemaltecas, de los muelles, de las mejores tierras del país, de sus minas, de sus caídas de agua, a supuestos “inversionistas” de la nueva metrópoli, mediante concesiones de toda índole que son un vilipendio.

Y así la United Fruit, la Bond and Share, la IRCA, se hicieron dueñas de la economía y del poder político que otras generaciones, jóvenes, vigorosas, alentadas por el “new deal”, la buena vecindad y la Carta del Atlántico, han querido recuperar para su patria, siquiera en parte, a partir del movimiento revolucionario de 1944.

¡Siquiera en parte! Porque fue tan cauta, tan moderada la Revolución de Guatemala— en comparación verbigracia a la de México—, que toda-

vía con Arévalo y con Arbenz se mantuvieron en vigor los traspasos gratuitos a la IRCA, y las graciosas concesiones de los "anticomunistas" Estrada Cabrera y Jorge Ubico en favor de la United.

¡Ah!, pero el despertar de los trabajadores, la Reforma Agraria, la carretera nacional hacia el Atlántico para independizarse de los ferrocarriles, el puerto en construcción de Santo Tomás y otras conquistas mencionadas por Arévalo, eran indicios peligrosos, maniobras del Soviet, comunismo en marcha. ¡Y a eso había que ponerle fin!

### *De cómo se parecen Mister Dulles y Garatuza*

Se comprenderá ahora el pánico de Mister Dulles y de sus asociados.

¿Pánico a lo que Guatemala pudiera recuperar? No.

Pánico al peligro de que iguales demandas se extendieran a las demás colonias del poderoso Imperio del Banano, que se sacudiría entonces desde sus cimientos.

Mas como tienen que encubrir estas cosas los succionadores de Boston y de Nueva York, se acogen para salvar sus intereses al fraude del anticomunismo, del mismo modo que lo emplearon Hitler y Mussolini para dominar al mundo.

Y en la misma forma en que lo usan los más sanguinarios déspotas hispanoamericanos para seguir ultrajando; quiero decir, para seguir defendiendo la democracia norteamericana, la de Mc Carthy, Wall Street y el Pentágono, en nuestra infortunada América Latina.

Eso explica la actitud de Míster Dulles. pío, devoto, ojicerrado, mientras canta el coro en su parroquia y va él rezando su credo y su pater noster; pero abomina del amor al prójimo y cambia la piedad por la soberbia, tan pronto entra en sus oficinas de Sullivan and Cromwell o en las del Departamento de Estado.

Se desdobra cuando corren peligro los intereses de la United Fruit o de la IRCA.

Le da rienda suelta a la simulación del anti-comunismo.

Y no sólo le atiza entonces con el gran garrote a la Guatemala que se le enfrenta, a la Hispanoamérica que quiere liberarse —en nombre, por supuesto, de la Doctrina de Monroe—, sino que la emprende también a palos de ciego en Asia y en Europa, con sus fracasos consiguientes, según se dijo páginas arriba.

Pero la verdad es que ni él, ni Eisenhower, ni general alguno de cinco estrellas, ni el ya referido y endemoniado Senador Joseph McCarthy, ni hombre de honor que se respete y tenga el juicio en sus cabales, jurarían ante la santa Biblia lo que unos y otros declaran y hacen que se publique en los periódicos.

No. Ante las sagradas escrituras y una vela encendida, no habría jurado ninguno de ellos, no habría jurado el presbiteriano Míster Dulles, que los ocho comunistas influyentes en Guatemala, y los 273 simpatizantes registrados por el Intelligence Service, estuviesen a punto de quedarse con el Canal de Panamá.

¡Y de dominar al resto de la América Latina, es de suponer que incluyendo a Colombia, Vene-

zuela, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia, Uruguay, Paraguay, la República Argentina; y como bocado final, antes de seguir con México, las tres Guayanas y los nueve millones de kilómetros cuadrados del Brasil!

\* \* \*

No. Lo que ocurre es que el actual Secretario de Estado norteamericano, experto en doctrinas sociales sin leerlas, como lo demostró en la Conferencia de Caracas, para solaz o congoja de quienes asistieron al convivio, ha sido —vale la pena repetirlo—, en defensa de los contratos jurídicamente nulos de la United Fruit y de la IRCA, el más experto simulador de la psicosis, de la falsa angustia que en su aspecto filosófico estudia en este libro don Juan José Arévalo.

A tal extremo que el piadoso a ratos y el desorbitado a trechos de Mister Dulles, y sus antecesores e imitadores en definir la doctrina marxista, con ánimo de provocar desmayos, parecieran ser discípulos del falso sacerdote y truhán de siete suelas, Martín Garatuza, de quien ha escrito cosas de maravilla don Artemio de Valle-Arizpe.

Relata don Artemio cómo echaba Garatuza sus latines, a troche y moche; bendecía agua al por mayor en grandes barriles, “a la vez que murmuraba, confusamente, unas ciertas plegarias” ininteligibles. Y en Tlaltenango, mientras golpeaba el púlpito, pronunció un sermón sobre el infierno — como los de tantos Garatuzas que simulan espantarse del comunismo—, “lleno de frases pavorosas,

describiendo los castigos tremebundos que allí se dan a los que mueren en pecado mortal”.

¡Válgame Dios! Con otras aguas que no se le iban a Garatuza ni se le van a Míster Dulles en sus discursos, termina nuestro autor:

“La gente toda ponía en el falso cura los ojos, con expresión de terror, y temblaba al oír la tremenda descripción de aquellas penas eternas; sudaba frío, perdía el habla y parecía que le arrancaban el corazón a tenazazos. Muchos lloraban, muchos otros gritaban asustadísimos, y a varias mujeres espantadas se les fueron las aguas”.

### *Conclusión*

Lo que hasta aquí he podido decir en pocas páginas, creo que dará idea más o menos precisa del crimen contra Guatemala. Y de la importancia de este libro del ex Presidente Arévalo, impreso en Santiago de Chile mientras su indefensa patria era amenazada y bombardeada por aviones norteamericanos. Es entonces explicable que muchas frases suyas estén saturadas de ironía, de sarcasmo a veces, de indignación.

¿Contra qué? ¿Contra quién? No contra el pueblo de los Estados Unidos, tan ingenuo, tan crédulo, tan sumiso, tan contagiado de histerismo, tan impresionable por la demagogia y por la propaganda como todos los pueblos.

Sí, en cambio, contra sus actuales dirigentes, que han asesinado la política de buena vecindad, en connivencia con LO PEOR DE HISPANO-AMERICA. Y que proclamando haber tenido una

gran victoria en Guatemala, lo único que han logrado es concitar la desconfianza y el desapego de LO MEJOR DE HISPANOAMERICA hacia la Federación anglosajona, echando así por tierra cuanto se había logrado durante los varios períodos del segundo Presidente Roosevelt.

¿Pues no se dan cuenta el General Eisenhower y sus colaboradores de que su llamada victoria en Guatemala, pese a los millones de dólares que han gastado en "quislings" y en campañas "anticomunistas" en nuestro Hemisferio, sólo puede considerarse como una de las peores derrotas infligidas al imperialismo norteamericano, desde México hasta la Patagonia?

¿No han visto cómo responden los pueblos en contra suya?

¿Cómo, en todas las repúblicas del Continente, se han alzado las voces más altas y más puras, condenando a Mister Dulles y a sus comparsas?

¿Cómo en el Brasil, al publicarse la carta-despedida de don Getulio Vargas, no atacó la ciudadanía las Embajadas ni los Consulados de ninguna potencia extracontinental, sino precisamente los de Estados Unidos en distintas ciudades, así como los edificios de bancos y de monopolios norteamericans?

¿Y no advierten los altos funcionarios de la Casa Blanca, de la Secretaría de Estado y del Pentágono la reacción mundial que han provocado, la hostilidad que siguen provocando en el mundo entero por querer ampliar sus límites a todos los mares, bahías, islas, golfos y penínsulas; a toda la redondez de la tierra, sin excluir las selvas del Africa ni los lejanos hielos del Polo?

\* \* \*

Al meditar en estas cosas, piensa uno con dolor en el pueblo moral y físicamente saludable de los Estados Unidos, expuesto a los más graves peligros de la época contemporánea.

Y no por culpa de sus obreros, ni de su clase media laboriosa, sencilla, disciplinada; ni de sus grandes sectores campesinos; menos aún de sus poetas, sus pensadores, sus artistas, sus mejores maestros universitarios, vigilados, censurados, amenazados de perder sus cátedras si se desvían de la trayectoria macartista.

Sí, en cambio, por culpa de una minoría de magnates y de políticos desorbitados, sin más patria que sus intereses materiales; sin más Dios que el signo del dólar estampado en sus acciones; sin otro fin en la vida que el lucro, la explotación, el aumento feroz de sus dividendos y de sus depósitos bancarios.

Y al parar mientes en la situación del mundo, en la propaganda bélica, en la gran prensa irresponsable, en el clima de odio que provoca la lucha de los gigantes —haciendo caso omiso de una humanidad sangrante y torturada que sólo quiere paz: paz sin adjetivos—, surge inevitablemente la pregunta que se adivina en todos los labios:

¿Qué será de los Estados Unidos, la nación más poderosa de la tierra —pero también la más comprometida y asustada después de lanzar su bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki—; ¿qué será de los Estados Unidos si al fin estallase la tercera guerra mundial, que al costo altísimo de miles de millones de dólares se viene preparan-

do, mientras en tres cuartas partes del planeta la población padece hambre y miseria?

¿Contarían los políticos belicistas de Washington, los militares del Pentágono, los plutócratas de Wall Street con Alemania, la del Kaiser vencido, la de Hitler calcinado, a pesar de lo que invierten en rearmarla, para que sean precisamente Krupp y los ejércitos prusianos quienes se lancen a "salvar" la democracia?

¿Contarían con Francia, el país de los Enciclopedistas y de la gran Revolución, que no le teme a las ideas ni cree posible desbaratarlas a cañonazos, en una guerra de signo retardatario como las que se proponía desatar la Santa Alianza en el siglo XIX? ¿Con Francia, que tras larguísima experiencia bélica no quiere ya pelear, y que se opone con razón al rearme inconcebible de Alemania, porque después de tres invasiones desconfiaba más de los tudescos que del Soviet?

¿Con Italia antiguerrera, de insobornable raigambre cultural, no obstante los millones de dólares que le han enviado, que le siguen enviando las fábricas de armas de los Estados Unidos, para que se convierta al "modo de vida" norteamericano?

¿Con Inglaterra, cuyo Partido Laborista no está de acuerdo, ni mucho menos, con la "diplomacia" de Mister Dulles, su política internacional y el empeño de Washington en dirigir al mundo?

¿Con los pacíficos reinos escandinavos, Finlandia, los Balcanes o los países del Medio Oriente, vecinos de la Unión Soviética?

¿Con la India, tan justa y decididamente



opuesta a las intervenciones de Washington en el Continente asiático?

¿Con los 600 millones de la enorme China, cuyo régimen se niegan los Estados Unidos a reconocer, mientras azuzan y fortalecen a su "quisling" Chiang Kai-Shek en la isla de Formosa?

¿Con los japoneses de Pearl Harbor, vencidos a la postre pero no convencidos por la supertécnica de los bombarderos atómicos, pese a las declaraciones optimistas del General Douglas Mac Arthur, seguro de haberlos vuelto al revés dejándolos completamente democratizados, cristianizados, norteamericanizados?

\* \* \*

Quedaba la América. ¡Nuestra América! La que estuvo con Franklin Delano Roosevelt, decididamente, en su lucha contra el nazifascismo

Mas al derrumbarse la buena vecindad; al tomar nuevo auge el "big stick" y la política de intervención; al removerse viejos odios y rencores que parecían adormecidos —¡y eso es lo que llama Míster Dulles "la victoria de Guatemala"!—; al constatar, en suma, que no son países extracontinentales, sino pilotos y aviones norteamericanos los que nos amenazan y atacan desde el aire, es indudable que la gran potencia septentrional no tendrá, cuando le llegue su hora cero, la simpatía ni el apoyo de 180 millones de hispanoamericanos.

Porque sin buena vecindad; sin respeto mutuo; con Embajadores de pistola al cinto, como el bárbaro de Peurifoy; con monopolios como los que

nos humillan y explotan; con alianzas “anticomunistas” a base de dictadura y de cuartel en nuestro medio, puede estar seguro Washington de que tendrá de su parte a los Trujillo, a los Somoza, a los Pérez Jiménez, a los Odría y demás déspotas-pupilos en espera de instrucciones.

Pero no a los pueblos. No a los intelectuales, ni a los obreros, ni a los estudiantes.

No a la América de nuestros grandes hombres-guías, que en esta crisis, como en el siglo pasado, nos señalan el camino de la libertad, de la independencia, del respeto a la soberanía de nuestros pueblos y a la dignidad de la persona humana.

\* \* \*

Termino ya estos tópicos, estas consideraciones que me ha sugerido el interesante volumen del ex Presidente Arévalo, no sin advertir que hay capítulos dignos de repasarse una y otra vez. ¡De aprenderse incluso de memoria, para salirles al encuentro a tantos Garatuzas como andan sueltos, no sólo en humildes parroquias, sino también en muy doctas y elevadas academias! Entre dichos capítulos, los que atañen al Plan Benson y la balcanización de nuestra América; a lo que es y significa el Mar Caribe; a Goebbels, el comunismo, la “Operación Guatemala”, las agencias de publicidad, el mundo y la sandía.

Sólo es de lamentar que el Dr. Arévalo —por haberse impreso el libro cuando aún se tenía fe en la resistencia del Gobierno de Arbenz— no hubiera podido referirse al increíble paso atrás de

su patria y a sus consecuencias: persecución inmisericorde de todo elemento progresista, nacional o extranjero, tildándolo de rojo; encarcelamiento de millares de guatemaltecos, sin excluir a prestigiosos desterrados políticos residentes en el país; asilo en masa de los más altos funcionarios públicos en diversas Embajadas; éxodo por añadidura, como en la España de Franco, como en la Alemania de Hitler, como en nuestras repúblicas hermanas abatidas por el despotismo, de otros muchos millares de sus conciudadanos.

¡Y las exhortaciones de Míster John Foster Dulles, desde su sede directriz de tanta ignominia en Washington, para que se continuara, “hasta sus raíces, la erradicación del comunismo”!

¡Y en medio de todo, la figura siniestra del ya citado Embajador Peurifoy!

Muchos no nos explicamos por qué no le entregó sus pasaportes el señor Arbenz, como el propio Arévalo lo había hecho con el inolvidable Patterson.

Y por qué no lo puso rápidamente en un avión, en resguardo de la soberanía y el decoro de la República, de Centroamérica, de la América bolivariana.

¡¡¡En fin!!! Y nada más.

México, D. F., 16 de septiembre de 1954.

PROLOGO A LOS DATOS AUTOBIOGRA-  
FICOS DE DON BENITO JUAREZ,  
"APUNTES PARA MIS HIJOS"

Editorial Cronos, México, D. F., 1955

### *Retrato y significación de Juárez*

**E**MOCION profunda sentimos los hombres libres de América, leales a nuestra tradición y a nuestra historia, al adentrarnos en la vida del gran mexicano, del zapoteca benemérito, licenciado don Benito Juárez.

De mí quiero afirmar que pocas figuras me impresionan tanto como la suya.

¿Acaso, no es conmovedora su niñez, triste y desvalida, en San Pablo Guelatao, huérfano de padre y de madre cuando aún no cumplía tres años?

¿Y su fuga a la antigua Antequera en 1818, cuando llegaba apenas a los doce?

¿Y sus ansias de saber, y cómo se va forjando, y sus prisiones, y sus destierros, y lo que él mismo escribe, con limpieza de pensamiento y de lenguaje, en estos "Apuntes para mis hijos"?

Si en las pocas líneas que llevo escritas se define mi admiración por Juárez, es natural que me sienta satisfecho y honrado al escribir este prólogo, para el cual utilizo la propia autobiografía del prócer. Son datos ya conocidos, muchos de ellos varias veces publicados, pero que las nuevas generaciones hispanoamericanas deberían

tener siempre ante los ojos, como modelo de serenidad, de rectitud, de apego al deber, de responsabilidad como hombre y como gobernante. Véase la sencillez del estilo:

“En 21 de marzo de 1806 nací en el pueblo de San Pablo Guelatao, de la jurisdicción de Santo Tomás Ixtlan, en el Estado de Oaxaca. Tuve la desgracia de no haber conocido a mis padres, Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza primitiva del país, porque apenas tenía yo tres años cuando murieron”.

A continuación explica don Benito cómo quedó al cuidado de sus abuelos paternos, en compañía de dos de sus hermanas, y posteriormente bajo la tutela de su tío Bernardino Juárez. Dirá con humildad extraordinaria:

“Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué, hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, y me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano”.

Sin embargo, poco adelantaba su alfabetización, no obstante el deseo vehemente de estudiar y aprender que demostraba el futuro benemérito. A tal extremo —he aquí sus propias palabras—, “que cuando mi tío me llamaba para tomarme la lección, yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo, contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis estudios”.

Es entonces cuando la idea de trasladarse a la

capital del Estado comienza a obsesionarlo. Muchas veces le pide a don Bernardino que lo deje ir a la ciudad, siguiendo la costumbre de numerosos padres de familia sin medios económicos, quienes colocaban a sus hijos "en casas particulares, a condición de que los enseñasen a leer y a escribir".

Mas el tutor no se resuelve. ¿Por qué la indecisión? "Sea por el cariño que me tenía —escribe Juárez—, o por cualquier otro motivo, sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría". Y agrega:

"Por otra parte, yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad, y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia, con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima, marchitando el corazón. Era cruel la lucha entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación.

"Sin embargo, el deseo fue superior al sentimiento, y el día 17 de diciembre de 1818, a los doce años de mi edad, me fugué y marché a pie a la ciudad de Oaxaca, a donde llegué en la noche del mismo día, alojándome en la casa de don Antonio Maza en que mi hermana María Josefa servía de cocinera".

\* \* \*

Así, de las labores del campo, de cuidar ovejas, de ayudarle a su tío, luchando con sus sentimien-

tos, decidió escaparse el pastorcito, los pies descalzos, camisa y pantalón de manta, por entre montes, selvas y collados, hacia la capital de Oaxaca.

Ya lo tenemos en la ciudad, al amparo de la familia Maza, pidiéndole perdón a su hermana por lo que había hecho, rogándole que lo ayude, diciéndole —en el dulce idioma de los mixtecos— cuáles son sus deseos y cuáles sus esperanzas.

Se le acoge de momento en aquel hogar. Hace mandados. Va y viene con cestos y envoltorios. Se acurruca silencioso en un rincón de la cocina, sin atreverse a levantar la vista cuando le hablan “los señores amos”.

Vendrán después sus primeros estudios, empezando por el castellano que apenas deletrea. Lo dirige, le proporciona alojamiento y noble trabajo el pío encuadernador, don Antonio Salanueva, religioso con hábito de San Francisco.

Aconseja el buen maestro al pequeño zapoteca recién llegado de la sierra, lo hace aprendiz en su taller, se convierte en su padrino por haberlo llevado a confirmar, y no ceja en su empeño de abrirle paso hacia la carrera eclesiástica.

Conforme avanza el tiempo, crece el afán de Juárez por cultivarse. Ha sufrido duras experiencias en la llamada Escuela Real, en donde por separado se enseña con esmero a los niños de abuelo, y se relega a los indígenas y a los niños pobres. Pero desde 1821 hasta 1828 estudiará en el Colegio Seminario Conciliar.

Gramática Latina, Artes, Filosofía, Teología Moral, Aritmética, algo de Algebra y de Física, mucho de Catecismo, tales eran las materias que



fue aprobando año tras año, con las más altas calificaciones y el galardón, en varios exámenes, de *excelente nemine discrepante*.

De allí —22 años cumplidos— pasará al Instituto de Ciencias y Artes, a estudiar jurisprudencia.

\* \* \*

Por aquellos días, tercer decenio del siglo diecinueve, graves sacudimientos han estremecido y seguirán, durante largos años, estremeciendo a México.

Del coloniaje a la independencia, con el Plan de Iguala como bandera.

Del Pacto de las Tres Garantías, al Imperio de Iturbide.

Del Imperio de Iturbide, al régimen republicano.

¡Y la lucha incesante de centralistas contra defederalistas, o escoceses contra yorquinos, o la reacción contra los liberales, o el paso atrás contra el progreso!

Son años de efervescencia política, de idearios encontrados, de agitación y de crisis, de golpes de cuartel, que tienen su reflejo en la provincia.

Observa el joven zapoteca. Indaga. Siente el impacto y el desprecio de los criollos fernandinos, aliados del clero y de la casta militar, en contra de los suyos. Medita frente a la realidad y sobre los libros. Comienza entonces a tomar cuerpo su formación intelectual, en abierta pugna con el despotismo y la soberbia de los poderosos.

Más adelante, sus primeros triunfos. Actos

solemnes en el Instituto, que le dan fama y prestigio. A poco andar, en 1830, el alumno se eleva a maestro del plantel. ¡Treinta pesos mensuales le ayudarán para sus gastos!

En 1831, pasante de Derecho y Regidor del Ayuntamiento. En 1833, diputado al Congreso del Estado. Y por fin, el 13 de enero de 1834, por voto unánime de la Corte de Justicia, su título profesional, su espaldarazo de abogado.

Don Antonio Maza se siente ufano de aquel joven indígena, al que considera como hijo adoptivo.

Doña Petra Parada, la siempre maternal señora de la casa, ha preparado un gran condumio para festejar la graduación de Juárez. ¡Si al principio sentía escrúpulos y tuvo alguna seria discusión con su marido, ahora está de lleno con Benito!

Su hermana María Josefa, en la cocina, lo estrecha silenciosa entre sus brazos.

El indio que será inmortal, desde su asiento en el amplio comedor de la familia, domina su emoción, su agradecimiento, su alegría. Humilde, reconcentrado, imperturbable, apenas sabe sonreír. Pero se anuncia en sus ojos, humedecidos de ternura, la devoción inmensa que siente por sus protectores.

\* \* \*

A los pocos días de recibido, el Congreso nombra a Juárez Magistrado suplente de la Corte de Justicia. Mas al caer en la capital de la República la administración liberal de don Valentín Gómez

Farías, se derrumba también el gobierno de Oaxaca.

Tenemos entonces a nuestro personaje a merced de sus adversarios. Se le confina en la ciudad de Tehuacán, "sin otro motivo —escribe en sus "Apuntes"— que el de haber servido con honradez y lealtad en los puestos que se me encomendaron".

Es fácil comprender que Juárez, a la par de la simpatía que despertaba entre los grupos avanzados de Oaxaca, tuviese en contra suya a los que él mismo califica de retrógrados en sus anotaciones.

La dificultades empezaron, en realidad, desde su ingreso al Instituto, establecimiento que acababa de inaugurarse en 1827, con Director y catedráticos del Partido Liberal, a quienes "el clero declaró una guerra sistemática y cruel, valiéndose de la influencia muy poderosa que entonces ejercía sobre la autoridad civil, sobre las familias y sobre toda la sociedad".

¡Difícil situación la del joven estudiante! Sin vocación para el sacerdocio, única carrera que podía ofrecer el Seminario; sin medios para trasladarse a la capital del país o al extranjero, no le quedaba más que el nuevo plantel para seguir sus estudios de Derecho. ¡Y los reaccionarios clericales —palabras del benemérito— "llamaban al Instituto CASA DE PROSTITUCION, y a los catedráticos y discípulos HEREJES y LIBERTINOS"!

Peor aún: "Los padres de familia —seguiría diciendo— rehusaban mandar a sus hijos a aquel Establecimiento, y los pocos alumnos que concu-

rríamos a las cátedras éramos mal vistos y EX-COMULGADOS por la inmensa mayoría, ignorante y fanática, de aquella desgraciada sociedad”.

Representaba tal poder la fuerza de los cavernarios —cosa semejante estamos viendo y palpando en nuestra época supercivilizada—, que muchos jóvenes inscritos en el Instituto desertaron, “espantados del poderoso enemigo” que los perseguía. “Unos cuantos no más —proclama don Benito— quedamos sosteniendo aquella casa, con nuestra diaria concurrencia a las cátedras”.

Hay que imaginar las reflexiones que le haría su padrino Salanueva, triste, pesaroso, desolado. ¡Del Seminario Conciliar al Instituto ATEO! Y la lucha del zapoteca consigo mismo, con sus sentimientos de gratitud y de cariño entrañable al santo varón, al bondadoso franciscano que no perdía las esperanzas de hacerlo sacerdote.

\* \* \*

Pero ya vimos cómo Juárez no desertó. Ni en 1828, al pasar del Seminario al Instituto. Ni en años subsiguientes hasta 1834, en que obtiene su diploma de abogado. Ni cuando desempeña en su alma mater varias cátedras. Ni posteriormente, cuando terminado su período de Gobernador acepta la Dirección, en 1852, de su querida y calumniada casa de estudios.

Escucha o sabe muy a menudo de palabras injuriosas para él, en tertulias conservadoras. Su respuesta es el silencio. Y allí donde otro se hubiera desanimado, Juárez joven, Juárez estudiante, demuestra que también es hombre de acción, alis-

tándose en la milicia cívica como Teniente de una de las compañías que se formaron, en 1829, para enfrentarse a los españoles de Barradas, cuya invasión se temía por el Istmo de Tehuantepec.

Asume igual actitud en 1833, no obstante su calidad de diputado, cuando se le nombra Ayudante militar del general don Isidro Reyes, "que defendió la plaza contra las fuerzas del general Canalizo, pronunciado por el Plan de Religión y Fueros".

"¡Indio ladino!", gritarán los fanáticos que temen por sus privilegios. Y no faltarán otras frases mortificantes de "personas decentes", echándole en cara su origen humilde. Juárez calla, impasible, adusto, indiferente a la bajeza.

Confía en sí mismo, en su talento, en su indomable fuerza de voluntad. Y en la estimación que le profesan sus maestros, sus compañeros, la gente progresista de Oaxaca. Y en la causa de los indígenas que él defiende. Y en la comprensión y el cariño de don Antonio Maza y de los suyos, que no veían por qué obligarlo, de muchacho, a seguir en el Seminario y ordenarse, si no lo llamaba la Iglesia sino el Foro; y de joven, a quebrantar sus principios, sus ideales, el mandato de su conciencia y de su raza.

\* \* \*

Revocada la orden de su confinamiento en Tehuacán, regresa Juárez a Oaxaca. Vuelve a sus cátedras en el Instituto y al ejercicio de su profesión, que había iniciado como Pasante. Desde el propio año de su licenciatura hasta 1840, tendrá

el flamante abogado continuas dificultades con jueces, eclesiásticos, prefectos, incluso con los magistrados del Tribunal Superior, asociados todos ellos contra las clases desvalidas.

Se atropella la ley, se burla la justicia, se veja inmisericordemente a los campesinos. Y al "indio Juárez", su defensor en diversos pueblos y caseríos, se le persigue, se le encarcela, se trata de atemorizarlo. Sólo bajo fianza logra quedar en libertad.

Pero en medio de tantas contrariedades, como compensación, se agiganta su prestigio, crecen cada día más su autoridad moral y su buena fama. Nadie duda de la honradez ejemplar de Juárez, de su acendrada virtud ciudadana, de su clara inteligencia, de sus costumbres austeras, de su brillante porvenir político. A tal extremo que la Corte, para satisfacer a los indígenas y apaciguar a los descontentos, lo nombra en 1841 Juez del Ramo Civil y de Hacienda de la Capital del Estado.

Y algo más que lo anima, que le da una nueva, inquebrantable fortaleza para seguir ascendiendo: el amor, el único amor del silencioso, del impenetrable zapoteca.

La ilusión se le sale por los ojos en sus diarias visitas a la vieja casona que lo albergó de niño, oloroso a jabón, engomada la camisa, irreprochable en su traje negro de anchas solapas. Bien puede adivinarse en sus miradas a la niña Margarita; bien lo intuyen don Antonio y doña Petra; bien lo sabe —no sin temor— María Josefa, que una llama temblorosa le ilumina el corazón.

37 años cumplidos tiene entonces don Benito —don Benito el catedrático, don Benito el señor

Juez—, cuando les habla de matrimonio a Margarita y a sus padres. Algo menos de 18 la dulce y blanca novia, para quien su pretendiente de bronce está muy por encima de los jóvenes “bien” de la ciudad.

¡Hasta que aquel callado, aquel tímido amor que parecía imposible, lo une definitivamente a la familia Maza, en cuyo seno encontró cariño, protección y esposa, el huerfanito pobre, descalzo, feo, de piel oscura, natural de Guelatao!

Con su acostumbrada sencillez, sin comentarios, en estas pocas líneas se refiere Juárez a tan feliz acontecimiento: “El 31 de Julio de 1843 me casé con doña Margarita Maza, hija de don Antonio Maza y de doña Petra Parada”.

\* \* \*

¿Después? Secretario del Gobierno del Estado, Vocal Suplente de la Asamblea, Fiscal Segundo del Tribunal Superior. Y otra vez, en 1845, diputado al Congreso local.

¡Pronunciamiento en México del general don Mariano Paredes Arrillaga, en connivencia con el Partido Monárquico-Conservador! Repercute el golpe en Oaxaca, y queda disuelta la Asamblea legislativa, apenas iniciado el año 1846.

Ya tenemos de nuevo a Juárez como hombre de acción, organizando el movimiento liberal en el Estado. Y así como los federalistas metropolitanos dieron en tierra con Paredes Arrillaga, gracias al respaldo que prestaron al general don Mariano Salas, así también los oaxaqueños progresistas de-

pusieron a los ultramontanos, quedando establecida una Junta tripartita de gobierno.

En esta Junta de pocos días figura Juárez, hasta que el Centro designa Gobernador. Se reorganiza el Tribunal de Justicia del Estado, y se le nombra Presidente. Pero en diciembre del mismo año 46 sale don Benito, por primera vez, hacia la capital de la Federación. Va como diputado por Oaxaca al Congreso Nacional, convocado por el Presidente Salas para reformar la Constitución de 1824.

Cuando arriba Juárez a México, ha recibido el mando don Valentín Gómez Farías, Vicepresidente electo, por ausencia del titular don Antonio López de Santa Anna. Y ya no es amenaza sino realidad tangible, desde hace varios meses, la guerra de Estados Unidos contra México. Varios puntos estratégicos del país están invadidos por fuerzas norteamericanas.

En esas condiciones se reúne el Congreso y empieza a discutir, en enero de 1847, la manera de allegarse fondos para la lucha: "Hipotecar o vender en subasta pública bienes de manos muertas". Esa es, en resumen, la proposición defendida por Juárez y aprobada por la Asamblea.

¡Levantamiento armado de la reacción y de los "polkos", en febrero y en marzo, contra Gómez Farías! López de Santa Anna se apoya en ellos, no obstante haber sido electo por los liberales. Regresa a la ciudad y se hace cargo del gobierno y de la guerra, que habrá de terminar con la mutilación de México en 1848.

Bajo tales auspicios nada puede hacer el Congreso. Seguirán las sesiones unos cuantos meses,



cada día con menor número de diputados —sin emolumentos los del Partido Liberal—, hasta romperse el quórum.

Mas allí está el zapoteca en su curul, haciendo acto de presencia, cumpliendo impasible su deber. Cuando todos se han ido —mediados del 47—, arregla su equipaje y toma lentamente el camino de Oaxaca.

\* \* \*

En su Estado, como era de suponerlo, ¡la repercusión del Centro! Se han adueñado del poder autoridades impuestas por grupos facciosos, que son como una réplica de los “polkos”. Pero en su mano trae don Benito su mejor arma contundente: la legalidad, substanciada en un decreto del Congreso General, desconociendo al régimen de facto.

Con ese decreto y el apoyo de los liberales, después de un movimiento victorioso contra el régimen ilegítimo, se reúne la Legislatura y lo nombra Gobernador interino del Estado, desde el 29 de noviembre de 1847 hasta el 12 de agosto de 1848. En esa fecha inicia el período constitucional, que concluye pacíficamente en 1852.

Amigos y enemigos, con excepción de los clericales extremistas, ensalzarán la rectitud del señor Gobernador. En realidad, sus cinco años de gobierno fueron de apego estricto a la ley; de orden en los negocios públicos; de organización administrativa; de respeto a la persona humana; de honestidad a toda prueba.

No concibe don Benito, no acepta ni la tentación de que los funcionarios puedan “meter mano

en la cosa pública, para improvisar una de esas vergonzosas fortunas que la sociedad reprueba y que siempre maldice”.

Al mismo tiempo, durante la guerra, supo proceder con inquebrantable decisión patriótica frente al invasor. Su discurso del 16 de septiembre de 1847, en la conmemoración del Grito de Dolores, expresa con claridad su fervor autonomista. Sentido tan hondo, tan arraigado de lo que es y debe ser la patria, explica que los oaxaqueños respondieran a su llamamiento, clamorosamente, para combatir a los ejércitos de Estados Unidos, en caso de que avanzaran hacia el sur.

Pero no avanzaron hacia el sur los norteamericanos en 1847, tras la derrota de Santa Anna, sin duda porque les bastaba, de momento, con la mitad norte del territorio mexicano. ¡Quien empezó a decirse que llegaría probablemente por aquellos rumbos, era nada menos que el propio general Santa Anna! Y tocante a tan discutido personaje sí perdió Juárez su proverbial serenidad, al clamar por su aprehensión si se presentaba en Tehuantepec, como se había anunciado.

No se cumplió, sin embargo, el deseo de encarcelar y de seguirle juicio al viejo dictador, porque Su Alteza Serenísima se había fugado precisamente el 16 de septiembre de 1847, tomando el rumbo de La Habana y después el de Colombia, donde las autoridades neogranadinas lo dejaron fijar su residencia en el pequeño pueblo de Turbaco.

Terminado su período constitucional en 1852, acepta Juárez la Dirección del Instituto y la cátedra de Derecho Civil. Visita su tierra natal y otros pueblos del Estado, favoreciendo y animando a los hombres de su raza. Va por los 46 años. Busca reposo. Los meses se deslizan plácidamente. Tiene su hogar, sus hijos, su mujer incomparable, el respeto de sus alumnos, la admiración de sus conciudadanos.

Mas he aquí que la situación se le complica inesperadamente a don Benito. ¿Quién iba a sospecharlo? Hasta Turbaco, en febrero de 1853, ha ido una Comisión a ofrecerle la presidencia —¡undécimo período!— al señor general don Antonio López de Santa Anna. El 27 de marzo se le otorga el nombramiento supremo, en ausencia, mientras los comisionados le ruegan y lo “convencen” frente al mar de Cartagena.

¡Ya está en Veracruz! Te Deum Laudamus, músicas y flores. ¡Ha llegado a México! Entrada triunfal el 20 de abril, directamente al viejo Palacio de los Virreyes, en donde se acomoda y jura-  
menta.

Atruenan el espacio las salvas de artillería.

Repican alegremente las campanas mayores y las campanas menores de todas las iglesias.

Cohetes, iluminación y pirotecnia, por la noche, en la gran Plaza de la Constitución.

Malos vientos le soplan entonces al Partido Liberal, de los que no podrá librarse el indio de Guelatao. A partir del regreso de Santa Anna será el perseguido, el prisionero, el desterrado, a quien las fuerzas de la dictadura quieren humillar, y

en quien tratará de tomar venganza Su Alteza Serenísima.

El 27 de mayo de 1853 se le toma preso en la villa de Etna, ante el estupor y la muda protesta de la población indígena. Se le manda confinado a Jalapa, en el Estado de Veracruz. Ordenes y contraórdenes. Se le trae, se le lleva de un sitio a otro, para mortificarlo, para desesperarlo. En ello se solaza don José Santa Anna, hijo de Su Alteza. Juárez impasible —¡indio terco!—, no exhala una queja.

Cuatro meses en esas andanzas, hasta que el 29 de septiembre lo arrumban en una ergástula del Castillo de San Juan de Ulúa. Y el 9 de octubre, desprovisto de todo, lo sacan del calabozo y lo suben al barco inglés "Avón", con pasaporte y orden de destierro para Europa.

Se queda en La Habana. Lo esperan, lo protegen y lo ayudan masones o liberales de la Gran Antilla. El 18 de diciembre logra embarcarse para Nueva Orleans.

Ponciano Arriaga, José María Mata, Melchor Ocampo, tantos próceres mexicanos más, serán sus amigos y sus compañeros de destierro. Escriben proclamas, folletos, artículos, que clandestinamente hacen llegar a México. Están en constante correspondencia con otros muchos expatriados, en distintas ciudades de la Federación anglosajona. ¡Y trabajan!

Sí. Trabajan en lo que pueden para mal vivir. Ocampo en alfarería —platonos y vasijas de barro—, porque sus bienes y los de su familia han sido tomados por el santanismo. Estos sirven de camareros. Aquéllos de albañiles. Juárez, entre-

tanto, corta y enrolla hojas de tabaco en una fábrica de puros, siempre callado, siempre impenetrable, inmune al bullicio que lo rodea.

¡Piensa el zapoteca en su mujer, en sus hijos, en su patria, en el Estado que gobernó, en Guelatao y el balar de las ovejas, en su tío Bernardino, en su hermana María Josefa, en don Antonio Maza, en el franciscano Salanueva, mientras sigue cortando y enrollando aquellas hojas largas, que allí —en un extraño idioma— llaman los tabaqueros “Cuban American tobacco leaves”!

\* \* \*

Optimistas o desmoralizados, según sea la noticia, leen y comentan, los refugiados en Nueva Orleans, cuanto se refiere a la Revolución de Ayutla. Un día le llega a Juárez recado escrito de que la nación está en vísperas de liberarse, medio país en armas contra Su Alteza Serenísima.

De mano en mano va pasando aquella nota. Explica, en síntesis, que el Plan de Ayutla, proclamado el 1º de marzo de 1854, se ha ido extendiendo como bandera victoriosa por toda la República. Lo que parecía ilusión ahora es realidad. El coronel don Juan Alvarez y el general don Ignacio Comonfort, que iniciaron el movimiento en Texca y Acapulco, han podido fortalecerse, situarse en puntos invulnerables, ganar batallas importantes, desmoralizar, en fin, al santanismo.

¡Ya es tiempo de que empiecen a movilizarse los desterrados, que se ayudan, fraternalmente, unos a otros!

Los que no pueden dominar su impaciencia se

dirigen a Brownsville, ávidos por dar el salto a Matamoros en el momento oportuno. Otros piensan en La Habana, según aumenten sus pobres caudales, para estar cerca de Yucatán y de Veracruz. Don Benito se traza su itinerario: incorporarse a las fuerzas revolucionarias directamente en Acapulco.

¿Cómo? ¿Desde Nueva Orleans en el Atlántico, hasta la lejanía de Acapulco en el Pacífico? Algunos de sus compatriotas mueven dudosos la cabeza.

Pero Juárez no deja su proyecto. Se aferra a su itinerario. Trabaja sin descanso. Ha economizado algún dinero. Por fin, el 20 de junio de 1855, toma pasaje en un barco de carga, rumbo a su destino.

Cuba. Otras Antillas. Panamá. Atraviesa el Istmo. Embarca de nuevo en el Pacífico. Puntarenas de Costa Rica. Corinto de Nicaragua. Amapala de Honduras. La Unión de El Salvador. San José de Guatemala. ¡¡Acapulco!! Ya lo tenemos con las huestes libertadoras de Alvarez y Comonfort.

Triunfa al cabo la Revolución en ese mismo año. El 9 de agosto, sigilosamente, sale Santa Anna de la capital. Tres días después, desde Perote, lanza un manifiesto en el que hace pública su renuncia. Y el 16 leva anclas el buque que lo recoge en Veracruz, terminando de ese modo un convulsionado ciclo de la Historia mexicana, una especie de puente entre la independencia y la reforma.

Quieren otros, los políticos aprovechados, los militares que no se le enfrentaron al poderoso ré-

gimen caído, proclamarse vencedores, formar gobierno, beneficiarse con la abdicación y la derrota de Santa Anna. Pero ahí está Juárez para expresar su punto de vista, discutir memoriales, aconsejar, detener el golpe y conseguir que las fuerzas revolucionarias avancen, desde Texca y otros puntos, hacia la capital.

El 4 de octubre de 1855 en Cuernavaca, antes de seguir para México, don Juan Alvarez es nombrado Presidente interino de la República, por una Junta de representantes estatales.

El nuevo Gobierno, aquel régimen lealmente revolucionario que dará al país la Constitución de 1857, llega después a la metrópoli. Comonfort, Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, figuran en el Gabinete. Y con ellos don Benito Juárez, en la Cartera de Instrucción Pública, Justicia y Negocios Eclesiásticos.

\* \* \*

El 23 de noviembre ya estará expedida la Ley General sobre administración de Justicia, conocida por Ley Juárez, aboliendo parcialmente el fuero eclesiástico y el fuero militar.

Se hacen estudios, además, sobre secularización de los cementerios, Registro Civil, desamortización de bienes de manos muertas, derechos individuales, tantos otros problemas que deberán resolverse. Y se convoca a elecciones de diputados constituyentes, así como de las autoridades que requieran el sufragio popular.

La reacción y los moderados claman contra don Juan Alvarez. ¡Que se regrese a Texca! No

termina el año y el caudillo intachable, para evitar derramamientos inútiles de sangre, le entrega el mando a Comonfort, su compañero de armas, su Ministro de Guerra, el 11 de diciembre de 1855.

Renuncia Juárez y se dirige a Oaxaca, en donde el 10 de enero de 1856 asume nuevamente el cargo de Gobernador, no obstante la oposición terrible del clero en contra suya.

Dos años seguirá Comonfort en el poder preconstitucionalmente. Se juramenta y toma posesión como Presidente Constitucional, el 1º de diciembre de 1857, de acuerdo con la Carta Magna que él mismo ha promulgado.

Juárez está en el Gabinete, desde el 3 de noviembre, llamado a ocupar el Ministerio de Gobernación. Comonfort le ratifica el nombramiento, con licencia, porque el gran oaxaqueño —Ministro electo de la Suprema Corte de Justicia—, al iniciarse el período de gobierno constitucional se ha juramentado como Presidente del más alto tribunal de la República.

Apenas han transcurrido dos semanas y los conservadores, bajo la dirección del general Félix Zuloaga, retan al Gobierno con el Plan de Tacubaya. Comonfort titubea, entra en arreglos imposibles, se entrega a sus adversarios y desconoce, de un plumazo, su propia Constitución.

Sin embargo, de nada le servirá haber querido apaciguar el fanatismo feroz de los ultramontanos. Un mes más y lo echarán abajo. ¡El general Zuloaga se ha proclamado Presidente! Pero ahí está Juárez, quien el 12 de enero de 1858 sale de la capital y empieza su peregrinación, su go-



bierno ambulante, con la ley en la mano y su bastón de mando.

Desde Guanajuato, el 19 de enero, lanza un manifiesto, en su carácter de Presidente constitucional, de gobernante legítimo, único depositario legal del Poder Ejecutivo, por la defección de Comonfort.

Su manifiesto es una clarinada que aún resuena en la Historia de México. Es un llamado patético a la lucha, por la Constitución y por la Ley. Y es, al mismo tiempo, la iniciación de la terrible Guerra de Tres Años, a la cual habrá de seguir la defensa heroica de la patria, desde 1862 hasta 1867, contra la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.

\* \* \*

Al asumir la defensa de la legalidad, como de niño, como de joven, siente Juárez en su carne y en su espíritu el dolor de su triste raza vencida, la angustia de nuestra América ultrajada por la sed de privilegios, la ambición y el cuartel.

Lucha entonces, como Lincoln al otro lado de la frontera, por que haya menos injusticia entre los hombres. Y al enfrentarse a los ejércitos de Napoleón Tercero, entra con paso firme en la inmortalidad, no como figura eminente de Oaxaca, no como espíritu superior de México, sino como varón excelso de América y del mundo.

Desde 1858 hasta su muerte, en 1872, es el mexicano de talla universal que todos conocemos; el que figura en los libros de Historia; el que fue proclamado benemérito por los Congresos de San-

to Domingo y de Colombia; el que sigue ganándose batallas a los enemigos del progreso y de la dignidad humana.

Es el Juárez en éxodo con sus Ministros, que va de un rumbo a otro durante ochenta y nueve días: San José Acolman, Cuautitlán, Querétaro, Guanajuato, Guadalajara, Sayula, Zapotlán, Colima, Manzanillo.

Es el Juárez que el 11 de abril se embarca en este último puerto, pasa por Acapulco, llega a Panamá, atraviesa por segunda vez el Istmo, aborda un buque en Colón, otro en La Haban, el último, por fin, en Nueva Orleans, que lo conduce a Veracruz, en donde establece su Gobierno y firma y publica sus leyes de reforma.

Allí estará la sede del régimen constitucional, desde el 4 de mayo de 1858 en que desembarca el prócer, hasta la derrota de los conservadores en diciembre de 1860.

Es el Juárez, en fin, del segundo éxodo, con su Gabinete y un grupo de representantes del Poder Legislativo, entre muertos, ruinas y escombros, perseguidos, rodeados los patriotas por los ejércitos de Napoleón Tercero.

¡San Luis Potosí, Saltillo, poblaciones intermedias hacia los Estados septentrionales, Chihuahua, Paso del Norte, nuevamente Chihuahua, hasta que el 19 de junio de 1867 se cumple la sentencia inexorable, contra Maximiliano de Hapsburgo, en el Cerro de las Campanas!

\* \* \*

Impresiona, pues, la vida de Juárez, así co-

mo la naturalidad de sus "Apuntes" —sin dramatismo, sin adjetivos casi—, cuando va refiriéndose a diversas etapas de su niñez, de su juventud, de su actuación como legislador, como expatriado, como gobernante.

La misma naturalidad encontrará el lector en todo el resto de la autobiografía, incluso cuando se trata de los momentos más difíciles que tuvo que afrontar en su larga actuación política; o de la pérdida a distancia de un hijo idolatrado; o de las dificultades que tenía con sus compatriotas más ilustres, al ponerle condiciones para figurar en el Gabinete, pues aquellos caballeros no aceptaban así no más un Ministerio.

Sí. Voy a repetirlo. Pocas figuras hispanoamericanas me impresionan tanto como la del indio Juárez, por lo que fue, por lo que es, por lo que significa. Quisiera aclarar mi pensamiento mientras contemplo su retrato al óleo.

De bronce oscuro la piel. Los pómulos salientes. El cabello hirsuto de la vieja raza indígena. Ojos que miran serenos a lo hondo, a lo lejos, en el pasado y en el futuro de su heroica patria ensangrentada.

En ese óleo, en el rostro impasible del mixteco, en sus facciones, en su mirada de siglos, se simboliza lo ancestralmente autóctono de la América precolombina.

Los olmecas y los toltecas, los mayas y los quichés, los totonacas, los tarascos, los chichimecas, los nahuatlacas de Tenochtitlán, parecieran asomarse en las pupilas del inmortal patricio oaxaqueño.

¡Y junto a ellos, los antiguos naturales del

centro y el sur del Continente: cakchiqueles, pipiles, chibchas, picunches, pehuenches, araucanos, charrúas, guaraníes, hasta la prehistoria del Titicaca, y los collas, y los aimarás, y la civilización portentosa de los quechuas, que habría de culminar en el Imperio de los Incas!

Pero al ver a Juárez no vienen a la memoria las clases dominadoras de la época prehispánica. No es posible hermanarlo con las castas privilegiadas nobiliarias, sacerdotales o guerreras.

Frente a él no piensa nadie en Montecuhzoma Ilhuicamina, ni en Ahuizótl el terrible, ni en Axa-yácatl, ni en los palacios de los ricos collas, ni en la fastuosidad de la Corte incaica, ni en las riquezas y el poderío sin freno de Montecuhzoma Xocoyótzin.

No. Al ver a Juárez tiene uno que pensar en las grandes masas indígenas, que salen de la entraña misma de la tierra, secularmente escarnecidas, explotadas, desposeídas.

En el indio dominado después por los encomenderos y por el feudalismo criollo.

En la miseria, el abandono y el dolor que pudo sentir y palpar, en las montañas y los valles de Oaxaca, el infante zapoteca que nunca traicionó a los suyos.

\* \* \*

Y he aquí el milagro de Juárez. ¡Milagro del mestizaje, no en su caso de la sangre, pero sí del espíritu, de la cultura, de viejos y de nuevos ideales! Todo él, que es lo autóctono, que es la América aborígen, en traje impecable de señorío oc-

cidental, dando su mensaje de liberación al mundo.

¡La liberación de su pueblo y de su raza, con armas y con lenguaje de la supercivilizada Europa; sin retroceder hacia el pasado; sin señores tigres ni señores águilas; sin prelados del culto de los huicholes: sin ofrendas a Texcatlipoca o al sanguinario y feroz Huitzilopochtli!

En todo eso, y mucho más, hace pensar Juárez estudiante, político, abogado, juez, gobernador, estadista, Presidente de México agredido por fuerzas extranjeras.

Así se nos presenta en su vida y en su obra. Así lo vemos en su retrato al óleo. Como superación y síntesis de antiquísimas y de nuevas civilizaciones.

Lo autóctono —vale repetirlo—, en traje impecable de señorío occidental: levita cruzada en recepciones diplomáticas; su camisa blanca, reluciente de almidón y de limpieza; frac para las suntuosas ceremonias oficiales, cruzado el pecho con la banda presidencial.

Allí el águila azteca, devorando a la serpiente, pareciera ufanarse de su simbolismo, anidada en la pechera impoluta del gobernante de bronce, del indio austero con bastón de mando.

¡El águila azteca devorando a la serpiente! Eso es Juárez.

Y humildad, sencillez, pureza, conducta intachable en lo privado, vida pública ejemplar.

Y Algo más: su obstinación por la ley, por la justicia, por la independencia, por la libertad, hasta vencer a la fuerza con el Derecho y cohesionar, en torno suyo, a lo mejor, a lo más consciente y respetable del México que cumple su destino.

¡Que lo seguirá cumpliendo, para bien de nuestra América, con la luz y el ejemplo de sus grandes hombres guías!

México, D. F., Febrero de 1955.

**PROLOGO AL LIBRO DEL LIC. ISIDRO  
FABELA, "BUENA Y MALA  
VECINDAD"**

Editorial América Nueva,  
México, D. F., 1958

*En donde se habla del autor y se dan razones  
para este proemio*

**H**ACE varios meses estoy en deuda con el siempre recordado maestro y amigo de tres decenios, licenciado don Isidro Fabela, para la compilación y edición de los trabajos que forman este volumen. Pero ya tengo al fin sobre el escritorio las pruebas del nuevo libro, organizado en la mejor forma posible, si se toma en cuenta que su contenido abarca diversas fechas y países. Ha sido necesario dividirlo entonces en siete partes, con sus correspondientes estudios, artículos y conferencias, material al que por regiones, cuando pudo hacerse, procuré darle un orden cronológico.

Cumplida la porción primordial del compromiso viene la segunda, que considero accesoria, pues escritor, excanciller, jurisconsulto, diplomático, personaje de tan buena fama y prestigio como el licenciado Fabela, miembro, por añadidura, de la American Society of International Law y Presidente de la Academia Mexicana de Derecho Internacional, no ha menester de ninguna clase de presentación o exordio.

Sin embargo, me ha otorgado el privilegio de



pedirme que prologue yo su obra; y en ello estoy, aunque no sea lo corriente que el discípulo califique al catedrático. Así lo digo, porque en él, y en Alfredo L. Palacios, y en Manuel Ugarte, y en los venezolanos Jacinto López y Rufino Blanco Fombona, encontré, de joven, estímulo y aliento para seguir la ruta que ellos con su ejemplo me trazaban.

O sea que para mí don Isidro ha sido viejo mentor, de palabra y por escrito, no obstante que todavía luzca negro y bien conservado su cabello, en tanto que el mío haya perdido color y espesura al transcurrir de los años, hasta verme con la cabeza blanqueada, más bien de pobre aluminio que de rica plata.

Consecuencias son éstas de los abrojos y otras especies de cardos, que se encuentran siempre en un largo camino: de esos abrojos que punzan, que hieren y hacen sangrar hasta lo hondo, para que casi al final de la jornada venga uno a descubrir que sobre lo substantivo, "como si el tiempo estuviera muerto en el tiempo", todavía prevalece en la parroquia lo insubstantial, lo de ocasión, lo pasajero, lo de superficie, lo adjetivo.

En términos diferentes —como tuve oportunidad de expresarlo cuando Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco y otros ilustres venezolanos se hallaban aquí expatriados—, donde se ha perdido la república; donde los malos gobiernos han hecho desaparecer la noción de patria; donde el nacionalismo constructivo se confunde con las teorías exóticas, y la defensa de lo propio se señala como inaudita provocación a empresas y poderes extranjeros; allí donde imperan el cuartel, los gran-

des consorcios, el lucro a todo trance, la voluptuosidad de meter la mano en los caudales públicos, la pequeñez humana, el temor, el entreguismo, la ignorancia, cuentan más los que se acogen al verbo *estar*, que quienes procuran forjar su vida en la profundidad del verbo *ser*.

Pero no he de insistir en este punto, porque frente a lo negativo están los pueblos que despiertan, y la juventud sana que estudia y se levanta, y los hombres-guías de toda nuestra Historia. Con ese respaldo, de ayer y de hoy, bien podemos cobrar aliento los que tenemos fe rotunda en nuestros veinte países; y no porque padezcamos el optimismo del bienaventurado doctor Pangloss, sino porque oímos y sentimos cómo palpita en la entraña de los Andes el inmenso corazón de Hispanoamérica.

\* \* \*

Sea suficiente advertir que me referí a lo agobiador de algunos feudos, sin oxígeno vivificador, porque el licenciado Fabela ha tenido la fortuna de actuar y de adoctrinar en ambiente de tan intenso nacionalismo como su gran patria mexicana, tres veces revolucionada, en la correcta acepción de esta palabra, a saber:

En la Independencia, contra el dominio español; en la Reforma, contra el paso atrás de la reacción conservadora, los ejércitos de Napoleón III y el Imperio de Maximiliano; y en la gesta iniciada por Madero en 1910, contra el porfiriato, las supervivencias del feudalismo y los imperialismos extranjeros, hasta que pudo substanciarse

tanto sufrir y batallar en la Constitución modelo de 1917.

Lo cual quiere decir que don Isidro tuvo escenario apropiado y medio propicio para su antiimperialismo infatigable, así como la gratitud y el respeto de sus conciudadanos, lo que no sucede en las parroquias oprimidas o cerradas. Y tuvo la oportunidad, además, de poner en acción su pensamiento en la Secretaría de Relaciones Exteriores, durante el gobierno de don Venustiano Carranza, ejemplarmente revolucionario y ejemplarmente hispanoamericanista.

Posteriormente, bajo la administración del general Lázaro Cárdenas, cuando el Fuehrer tedesco y el Duce italiano hacían temblar a Europa; cuando Londres y París cerraban los ojos ante la invasión de Abisinia en Africa, y de Manchuria y otras regiones de China en Asia, atacadas por el Imperio del Sol Naciente; cuando siguió a continuación el criminal asalto nazifascista de España, y de casi todo el viejo mundo después; cuando el inefable primer Ministro británico Neville Chamberlain se humillaba medroso ante Hitler, pero a México en cambio sí le alzaba la voz con insolencia por la expropiación petrolera, habiendo recibido la respuesta altiva que merecía del régimen cardenista, junto con el pasaporte de retiro para el representante diplomático inglés en estas alturas del Anáhuac; cuando así andaba la humanidad y no había ningún gobierno de las grandes potencias democráticas que clamara por los principios de la justicia y del derecho, tuvo también el licenciado Fabela la oportunidad extraordinaria de cumplir con lucimiento, como igualmente

lo habían hecho otros expertos delegados mexicanos, una alta y honrosa misión en la Sociedad de las Naciones de Ginebra.

¡Cuánto vale el respaldo de un gobierno libre y soberano, con nuestros mismos principios y con nuestros mismos ideales!

Y esgrimió valerosamente don Isidro esos principios y esos ideales en aquel convivio, ante el estupor de brillantes Excelencias a quienes el susto no se les salía del cuerpo, fundando sus alegatos jurídicos irrefutables en el propio Pacto de la Organización Mundial, en la Seguridad Colectiva, en Tratados solemnemente suscritos y solemnemente violados por los países más poderosos de la tierra.

O sea que en la personalidad y en la vida de don Isidro Fabela, para su satisfacción y ventura, se han conjugado admirablemente los verbos *ser* y *estar*. Y terminadas aquí las razones del premio, entro de lleno, a grandes rasgos, en las páginas de su volumen.

### *De cómo los Estados Unidos dejaron su aislamiento y entraron en las dos guerras mundiales*

En la parte o capítulo primero, relacionado con la política exterior de los Estados Unidos, desde Jorge Washington hasta Franklin Delano Roosevelt, encontrarán los lectores material y documentación adecuados para no andar a ciegas en el panorama internacional.

Salta desde luego a la vista, en este estudio sereno y objetivo, que hay una larga distancia

entre el Adiós al pueblo norteamericano de su primer Presidente, aconsejándole no mezclarse en las vicisitudes europeas, y la política posterior de la Federación anglosajona de América. Esto se explica por su rápido crecimiento y su transformación económica, hasta convertirse en gran potencia mundial de primera magnitud.

Diversos sucesos, aparte de su natural desarrollo, aceleraron el proceso evolutivo norteamericano; entre ellos, por supuesto, la injusta guerra contra México en 1846-1847, y la guerra contra España en 1898, con el pretexto de ayudar a Cuba. De ese modo ensanchan los Estados Unidos su territorio con media patria mexicana, por el Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848; y medio siglo después con Puerto Rico, Guam, Filipinas y los últimos restos insulares del antiguo poderío español.

“Así nace el imperialismo norteamericano”, explica el licenciado Fabela. Y tendrá que agregar el prologuista: “Con jirones de lo que pudo haber sido nuestra gran patria hispanoamericana”. Pero anduvimos lerdos, criminalmente enrolados en nuestras guerras civiles, poseídos por el complejo de Caín.

Se advierte desde entonces —continúa don Isidro— en qué forma y bajo qué circunstancias los Estados Unidos “abandonan su política tradicional de aislamiento, para entrar de lleno en la vida universal, de un modo cada día más intenso y más extenso”.

Sin embargo, hay altas y bajas, frenazos de los llamados en pésima traducción “aislacionistas”, pasos adelante y pasos atrás, hasta llegar a

las dos guerras catastróficas de la supercivilización contemporánea, con los Presidentes Woodrow Wilson y Franklin Delano Roosevelt en el poder: uno contra el Kaiser y el otro contra la barbarie del Eje Roma-Berlín-Tokio, de cuyos espantables delitos prefieren no acordarse los mediocres sucesores del padre del nuevo trato y de la buena vecindad, instalados en la Casa Blanca desde la muerte, cada vez más lamentable, de aquella figura extraordinaria de la democracia y de la comprensión mundiales.

\* \* \*

Al gran Presidente, que tuvo la virtud de limar asperezas, desconfianzas y recelos de la América meridional hacia la septentrional, le dedica el licenciado Fabela los más altos y merecidos elogios, como lo hemos hecho, sin reticencias, quienes en todo momento estuvimos contra los causantes de la segunda carnicería mundial.

Para ser más concretos, no sólo estuvimos los que llevamos la misma trayectoria del licenciado Fabela, contra Hitler, Mussolini, el Mikado y sus satélites, sino también contra Franco y su Falange; contra nuestras satrapías y dictaduras; contra toda clase de totalitarismos y de atrocidades, así sean de Rusia contra Hungría, o de Washington contra Guatemala en esta multinueva etapa de la mala vecindad, o de Francia y de Inglaterra contra el pueblo egipcio.

Pues atacar a unos y defender a otros, porque éstos dicen ser católicos y tradicionalistas, como el llamado Generalísimo de la anti España, con

un millón de muertos a la espalda; o como algunos de los condecorados verdugos de nuestra anfictionía, que casi mueren en olor de santidad, con indulgencias plenarias y la bendición apostólica del Cardenal Spellman, después de haber robado, asesinado y mutilado a millares de sus compatriotas, pero que a las órdenes de Washington, el Intelligence Service y el Pentágono, aparecen como defensores angelicales del "mundo libre"; o como aquellos más que consideraban infalible a Stalin y solían loarlo con largas letanías, que ahora le dedican a Khrushchev; atacar o defender en suma, porque sí o porque no, sin recordar que la persona humana está por encima de cualquier fanatismo y de cualquier ideario, no es labor digna ni excusable en ningún intelectual que aprecie lo que significa el privilegio de la inteligencia, que es cosa del espíritu y no de la materia.

*Comentarios en los cuales se sugiere que si Mr. Wallace hubiera sido Mr. Nixon, lo habrían aclamado en América del Sur*

Lo que llevo escrito da idea, clara y precisa, de cómo campearán el conocimiento y la probidad de nuestro autor en el resto del volumen, al enjuiciar hechos históricos de remotas o de cercanas fechas. Los presenta en tal forma documentados, que no veo manera fácil de refutarlos ni de hablar en su caso de "teorías exóticas".

Llama la atención, sobre todo, el pensamiento central de este libro, decididamente antiimperialista —en el más recto sentido de la palabra—,

antimonroísta, antidictatorial, enemigo rotundo de los peligrosos pactos de ayuda militar con Estados Unidos, partidario acérrimo de la unidad hispanoamericana, de la Doctrina Drago y de la no intervención.

Bien se comprende, por ser cosa sabida y experimentada en carne propia, que estos temas son "tabú" o cosa prohibida en esta época de cobardías y oportunismos, en que no pocos escritores prefieren fugarse de sí mismos para no comprometerse.

Actitud muy distinta es la del licenciado Fabela, cuando ya tiene bien ganado y merecido su sosiego, con 76 años cumplidos; pero se olvida de su edad, pensando sin duda en Bernard Shaw, o en nuestro grande y maravilloso don Baldomero Sanín Cano.

Y lo tenemos entonces que redacta lo suyo en estilo tan directo, tan juvenil y vigoroso —incluso en sus trabajos más recientes—, que para sí lo quisieran algunos jóvenes letrados hispanoamericanos, de los que no quieren exponerse a que el Intelligence Service o los propagandistas del Imperio les acomoden la etiqueta roja, los sometan a interrogatorios inquisitoriales y les nieguen visa para un viaje de estudio o de placer a Norteamérica, o a cualquier otro sitio del planeta, con escalas o tránsito en territorio norteamericano.

Deberá advertirse, en todo caso, que la tesis antitotalitaria, antiimperialista, substancialmente hispanoamericana de don Isidro, no implica, ni mucho menos, enemistad o antagonismo hacia el pueblo noble y generoso de los Estados Unidos,



ni hacia sus institutos culturales dignos de admiración, ni hacia los gobiernos de aquel país, cuando saben y quieren respetar la soberanía de las naciones débiles que ocupan el mismo Continente.

Buena vecindad, en resumen, es lo que se desea. La buena vecindad de Franklin Delano Roosevelt —a quien ya hemos visto cuánto admira el licenciado—, y no la mala vecindad del gran garrote o de la diplomacia del dólar que creíamos sepultada, pero que infortunadamente ha puesto otra vez en práctica “el Canciller Imperial John Foster Dulles”.

\* \* \*

Con propiedad he usado el adverbio *infortunadamente*, pues las cosas están así para infortunio de todos los que nacimos o de los que habitan en este lado del Atlántico.

¿Por qué? Porque la desconfianza y el rencor que despiertan los Estados Unidos en Hispanoamérica, tanto les perjudica a ellos como a nosotros. Y me afirmo en esta creencia por las manifestaciones hostiles al Vicepresidente Nixon en Buenos Aires, Montevideo, Lima y contundentemente en la capital venezolana, durante el mes de mayo del año en curso.

Allí en Caracas —sede de la última y de la más deshonrosa Conferencia Panamericana que hayamos padecido— acababa de ser depuesto por el pueblo un sanguinario dictador caribe, recompensado por sus servicios a los monopolios que operan en la tierra de Bolívar con la más alta condecoración que puede otorgar la Casa Blanca,

y proclamado por John Foster Dulles como "gobernante modelo para la América Latina".

Míster Nixon, con razón o sin ella en lo personal, pero como símbolo en todo caso de tan ultrajante política norteamericana, pagó por la mala vecindad y el peor discernimiento del Departamento de Estado, de míster Eisenhower, los "expertos en Latinoamérica" (*Experts on Latin American Affairs*) y los omnipotentes consorcios que operan y succionan del Bravo al Sur.

¿Maniobras bolcheviques? Eso dijeron los mercaderes del anticomunismo, a quienes hasta el señor Arzobispo de Guatemala ha condenado hace pocas semanas por la forma en que lucran con esa falsa bandera.

Sin embargo, a ellos y a los reporteros turistas, que cuando no huelen a petróleo despiden los gratos aromas del banano, los desmintió el propio Vicepresidente agraviado, en declaraciones que dieron a la estampa los más importantes diarios de la Federación anglosajona, así como gran parte de la opinión pública sensata y la clase intelectual de aquel país.

No. A tanto no llega el poder de Rusia, ni a tanto el supergenio del señor Krushchev, a quien pareciera que también desean hacerle propaganda los católicos *dolarizados* del fallecido Senador Joseph McCarthy, que de Dios goce.

Por lo demás, aceptar que siempre ha de ser una potencia extranjera la que lo haga todo entre nosotros, no sólo es criterio ofensivo a la dignidad de Hispanoamérica, incapaz por consiguiente de pensar, de actuar, de rebelarse por sí misma, sino que denota, al mismo tiempo, hasta qué punto

siguen algunos padeciendo en nuestro medio su ancestral complejo de inferioridad.

No. Buena o mala vecindad, confianza o desconfianza, rencor o simpatía entre los dos bloques del nuevo mundo. Tal es el dilema que el licenciado Fabela plantea, con acopio de razones, en las páginas que a continuación podrán leerse.

Sobre esta materia me parece oportuno decirle, a quien siga todavía dudando, que para comprobar los efectos de la buena vecindad bastaría un poco de imaginación, a saber:

¿Cómo hubieran recibido los pueblos sudamericanos, con qué demostraciones populares de júbilo y afecto, al Presidente Franklin Delano Roosevelt? Eso pudo constatarse durante su histórica visita a Buenos Aires en 1936.

¿Y cómo habrían recibido al Vicepresidente de los Estados Unidos, si en lugar de mister Richard Nixon hubiera sido el visitante mister Henry A. Wallace?

\* \* \*

Mucho más quisiera yo escribir sobre la forma en que por un paso adelante se dan dos pasos atrás en las relaciones interamericanas, según se comprobó en la Conferencia de Caracas y en el ataque a Guatemala, temas éstos que sin temor a los cancerberos del imperialismo trata con explícita indignación el licenciado Fabela.

Sinceramente agradecidos por su actitud han de quedarle todos los centroamericanos conscientes, así como por el capítulo en que se refiere al filibusterismo de William Walker en tierras mo-

razánicas, de interés extraordinario para quienes necesiten documentarse en la materia y comprobar, con profunda pena, qué diferencia hay entre algunos "diplomáticos" de nuestros días y los varones verticales hispanoamericanos del siglo diecinueve, que sabían cumplir con su deber en Washington.

Sería también oportuno hacer aquí algunas acotaciones en torno a la política internacional de México, no sólo frente a la peligrosidad de los famosos pactos de ayuda militar, sino también tocante a otra propuesta que con mucha dulzura y suavidad les fue deslizado mister Dulles a las repúblicas latinoamericanas.

Huelga explicar que me refiero al deseo de conseguir que la OEA, organización eminentemente pacífica, y la OTAS, organización eminentemente bélica, quedasen tan unidas como los hermanos siameses. Pero el atildado jurista don Luis Padilla Nervo, Secretario ejemplar de Relaciones Exteriores, ceñido estrictamente a la realidad de Europa y a la realidad de América, a lo que es la guerra y a lo que es la paz, así como a preceptos elementales de Derecho Internacional, no se dejó convencer y le hizo así a nuestra América un positivo beneficio.

Y termino, cortándole vuelo a cuanto más pudiera yo seguir glosando de este libro, para que entren de lleno los lectores en la obra del licenciado Fabela, de cuyos estudios se podrá incluso sacar en conclusión cómo y por qué es denunciabile el Pacto de Río de Janeiro, de acuerdo con el principio jurídico que reza en latín: "Rebus sic stantibus".

Mas pongo ya punto final a mi discurso, no sin felicitar muy sinceramente a este gran compatriota hispanoamericano, cuya decisión y cuya lanza hacen recordar a don Quijote cuando dijo: "Y sé quién soy".

México, D. F., Noviembre de 1958.

VARIAS APOLOGIAS  
Y OTROS APUNTES

## HOMENAJE A GARCIA MONGE <sup>1</sup>

**L**A edad de Cristo, 33 años de misión cultural y orientadora, ha cumplido *Repertorio Americano*. Salió a la estampa, por primera vez, el 15 de septiembre de 1919, aniversario de la independencia en aquellas tierras morazánicas; el 20 de enero de 1946 se publicó el No. 1000; y ya su fundador, animador y director, mi compatriota ilustre y amigo inolvidable, don Joaquín García Monge, va por el N° 1148.

Hay que imaginar lo que eso significa de paciencia heroica, de abnegación, de espíritu apostólico, en clima agobiador para empresas o disciplinas intelectuales, donde se le rinde tributo al realismo productivo y el hombre de pensamiento es cosa secundaria, a quien se pretende ignorar o desdeñar.

En la pequeña república costarricense, sin embargo, que conserva por lo menos su vieja tradición de libertad para expresar ideas, aunque nadie de arriba las tome en cuenta; encerrado en su casa solariega; meciéndose en su amplia poltrona mientras medita, o moviéndose entre montones de pa-

---

<sup>1</sup> "Cuadernos Americanos", Año XII, N° 1, Enero-Febrero de 1953.

peles y de libros; en correspondencia con escritores y poetas de todo el Continente; sin apoyo oficial ninguno —que más bien le haría daño que provecho—, mantiene encendida don Joaquín la antorcha de su *Repertorio*, cuya luz se aprecia mejor de lejos que de cerca.

Rey Lear, “con un inmenso poder sobre los espíritus, pero siempre en cautiverio; rey sin centro, cuyo talento es aristocracia y es menester humillarlo, o es enfermedad y es menester curarlo”, dijo del escritor hispanoamericano la inquietud rebelde de Antonio Zelaya, en junio de 1945, al celebrarse las bodas de plata de la revista cohesionadora de García Monge.

Escribió en la misma ocasión otro costarricense, el cuentista, bibliógrafo y erudito Luis Dobles Segreda: “Se habla ahora del *Repertorio* porque celebra sus bodas de plata, que son ya en sí un mérito raro en *país tan sordo para cosas espirituales*; y al hablar de él se ponen de lado, y casi se olvidan, las otras mil facetas de esa gran campaña cívica que viene sosteniendo García Monge al través de su vida”.

\* \* \*

Son múltiples, en realidad, las actividades de hondura espiritual y de arraigado civismo a que ha hecho frente García Monge. Sin embargo, a pesar de todo, viene realizando su obra civilizadora este gran divulgador de cultura, este animador inigualable, días tras día, semana tras semana, hasta completar medio siglo de incesante pero fructífera siembra. (1953.)



A principios de la centuria inició su labor, en revistas modestas, como *La Siembra*, como *Vida y Verdad*. Seguiría después su *Colección Ariel*, de la que pudo imprimir 92 cuadernos. Por sus páginas desfilan Maeterlinck, Renán, Ruskin, Unamuno, Fernán Caballero, Flaubert, Rubén Darío, Rodó, Martí, Gutiérrez Nájera, Baumbach, Amiel, Gómez Carrillo, Varona, Clarín y los más famosos autores de la literatura universal.

A la magnífica *Colección Ariel* habrán de agregarse las *Ediciones de Autores Centroamericanos*, las *Ediciones Sarmiento*, el *Convivio* y el *Convivio de los Niños*, hasta llegar en 1919 al *Repertorio*, que trató de establecer infructuosamente en Nueva York.

¡En Nueva York, que le crispaba los nervios, cuando tuvo que salir de Costa Rica —de donde no hay poder humano que pueda hoy desprenderlo—, durante el destierro á que lo sometieron los Tinoco!

\* \* \*

Pero al mismo tiempo se dedicaba don Joaquín a la enseñanza, y ésta es otra de sus facetas. Nacido el 20 de enero de 1881 en Desamparados, población vecina de la capital, pudo completar sus estudios de secundaria en el Liceo de Costa Rica. Allí obtuvo su bachillerato en humanidades. Y con ese título se inició como maestro, y se inició también como escritor.

Tentado de ver en letras de molde sus escritos, logró publicar su breve novela costumbrista *El Moto*, hacia 1900. Pocos meses después *Las hijas*

*del campo*, en cuyas páginas realistas plantea con soltura y agudeza, a pesar de su corta edad (19 años), el problema de las muchachas campesinas, siempre expuestas en la ciudad a graves peligros, a ser engañadas, a perderse, a prostituirse.

Transcurrido un corto trecho, en 1902, vio salir de las prensas su tercer libro, *Abnegación*, que ya no hace pensar en la influencia de Zolá, sino en la temática espiritual de León Tolstoi.

Y al cabo de mucho tiempo, en 1917, *La mala sombra y otros sucesos*, narraciones anecdóticas en las cuales campea el estilo personalísimo, fácil, sencillo, definitivamente cuajado que le conocemos a don Joaquín, tanto en su correspondencia de frases cortas, como en las acotaciones, los comentarios rapidísimos y aun los acuses de recibo del *Repertorio*.

Podrá observarse, por las fechas, que la producción activamente literaria de García Monge se redujo a un corto período, en sus primeros años de juventud. Casi tres lustros se pasaron de *Abnegación* a *La mala sombra*. ¿Y qué más, en tantos años? Dejó lo propio, sacrificando su obra personal, su obra de creación, para dedicar todo su tiempo a instruir y a orientar en la cátedra o en la conferencia, y a la incansable labor interhispanoamericana que viene realizando.

\* \* \*

Quedó antes explicado que los tres libros iniciales de García Monge, de 1900 a 1902, fueron novelas de primera juventud; pero de tanto mérito en un adolescente, cuyos exámenes de bachi-

llerato merecieron además las más altas calificaciones, que al novel autor se le otorgó una beca para que continuara sus estudios en el Instituto Pedagógico de Chile. En Santiago lo tenemos hasta 1904, año en que regresa y da principio a sus lecciones en el Liceo de Costa Rica, especializado en Literatura Castellana y en Pedagogía.

Dará clases posteriormente en el Colegio Superior de Señoritas, en otros planteles y en la Escuela Normal de Heredia, cuya Dirección corre a su cuidado, *hasta topar* con los Tinoco y salirse del país.

Derrocado el régimen dictatorial, vuelto a la patria, le nombra Secretario de Educación Pública el Presidente provisorio don Francisco Aguilar Barquero, con quien llega al fin de su mandato en mayo de 1920.

Del Ministerio lo trasladan a dirigir la Biblioteca Nacional, en donde aún se respira el buen aire de su actividad y de sus innovaciones. Y estará entre anaqueles *hasta topar* con otro régimen adverso a sus principios, que sin mayores miramientos le acepta la renuncia y le nombra sucesor precisamente en 1936, año crítico para la cultura hispanoamericana por la traición de Franco y por el dominio de las fuerzas más reaccionarias—otra vez en el poder y a la vista— en la mitad de América.

A García Monge se le juzgaba en *las alturas*—se le sigue aún considerando—<sup>1</sup> como izquier-

---

<sup>1</sup> Algo más de cinco años viviría don Joaquín, después de este homenaje de "Cuadernos Americanos". Murió en octubre de 1958, como se verá en el séptimo trabajo de esta sección.

dista peligroso. ¿Por qué? Por aceptar y preferir en su publicación colaboraciones de intelectuales con *ideas exóticas*, a saber: antinazismo, antifranquismo, antiimperialismo, antientreguismo.

No tuvo entonces más remedio que salirse de la Biblioteca, ya no al bullicio de Nueva York sino a su casa, a sus montones de papeles y de libros, a la poltrona en que medita y sueña, a su correspondencia, a sus amigos, a su *Repertorio*.

\* \* \*

Esta es, a grandes rasgos, la obra extraordinaria, la bibliografía sintética de un costarricense nato, que responde a nuestra vieja tradición de civilidad y de cultura. Con gobiernos comprensivos, progresistas, visionarios, capaces de auscultar el corazón de América, hubiera sido García Monge un brillante Embajador —Embajador de lujo— en las repúblicas realmente democráticas del Continente.

No lo fue ni ha de serlo, sin embargo, porque es varón que piensa y siente en lo hondo la tragedia y el dolor de América; porque sigue preguntando por la buena vecindad, la Carta del Atlántico, la Carta Universal de los Derechos del Hombre, la libertad y la justicia; porque recoge y tremola la bandera de Bolívar, de Morelos, de Sarmiento, de Juárez, de José Martí, la de Jefferson también y la de Lincoln, tan en pugna con lo que hacen hoy algunos gobernantes.

Pero si esa es la realidad en ciertos medios oficiales, otro ciudadano ejemplar de nuestra América, el siempre admirado y admirable maestro

don Jesús Silva Herzog, sembrador igualmente de cultura, ha querido rendirle un homenaje fraternal a García Monge. Y lo hace cuando se inicia el año duodécimo de su benemérita revista *Cuadernos Americanos*, en este nuevo y valiosísimo volumen de trescientas páginas —ciclópea empresa—, que lleva ya el N° LXVII, con 37 valiosísimas colaboraciones en loor del maestro costarricense.

Honrar honra, dijo el vidente nobilísimo de la independencia cubana. No ha sido otro el lema de Silva Herzog. Los dos se honran, y yo con ellos, escribiendo este prefacio. ¡Vivan por muchos años don Jesús y don Joaquín!

## LO ACCIDENTAL Y LO SUBSTANTIVO EN ROMULO GALLEGOS <sup>1</sup>

**E**N 1944, a raíz de la apertura del segundo frente contra el nazifascismo europeo, se inició en América una gran euforia democrática. Las naciones del Caribe, las más cercanas de los Estados Unidos, pero también las más dominadas por toda clase de dictaduras, fueron las primeras en seguir los postulados de la Carta del Atlántico, con una serie sincronizada de movimientos revolucionarios, desde abril hasta diciembre de ese mismo año.

Cayeron los "hombres fuertes" de El Salvador y de Guatemala; el General Carías, de Honduras, resolvió no seguirse reeligiendo; y hasta Somoza estuvo a punto de tomar un avión hacia el exilio, si a última hora no lo apoyan algunos líderes izquierdistas, ilusionados porque el régimen de Managua había decidido entrar en relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Venezuela, entretanto, gobernada después de la muerte de Juan Vicente Gómez por los generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina

---

<sup>1</sup> Homenaje de "El Nacional".—México, D. F., 24 de octubre de 1954.

Angarita, empezó a su vez a sacudirse desde sus cimientos, produciéndose a corto plazo la Revolución de Octubre de 1945.

\* \* \*

Lo interesante de ese "clima", de esa actitud resuelta de la ciudadanía contra los viejos sistemas autocráticos de gobierno, como se dijo antes, era una extraordinaria y optimista euforia democrática, euforia de libertad y de transformación social. Y un hondo sentido, una especie de subconciencia de los pueblos, para escoger y elegir a sus mejores hombres, a los de más alto pensamiento, a los que estuvieron siempre en pugna con espuelas y con tizonas.

En ese ambiente, durante el período provisional de la Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt, convocados a elecciones los hombres y las mujeres de Venezuela, resultó ungido y tomó la presidencia constitucional el novelista Rómulo Gallegos, el ilustre autor de *Doña Bárbara*, *Canaima*, *Pobre Negro*, *Cantaclaro*, *Reinaldo Solar*, *La Trepadora*, *Sobre la misma Tierra*, y tantas obras más en las que profundiza lo enmarañado y lo bravío, lo legendario y lo moderno, lo inconquistable y misterioso de la naturaleza y del hombre americanos.

\* \* \*

Tomó el poder Gallegos a principios de 1948. Y con el poder, al que lo llevó la inmensa mayoría de sus conciudadanos, recibió la Constitución

de 1947, una de las más avanzadas de América Latina. Y con su investidura, la Carta Magna, la libertad, la democracia y el apoyo de su pueblo, dio comienzo el novelista a su etapa de gobernante modelo, de gobernante civil, que sirve sin servirse, como lo soñaba y lo quería Martí.

Millones de bolívares pasaron por sus manos. ¡Y para adaptar su casa reducida, su residencia familiar a las necesidades de mansión presidencial, antes que tomar dineros del erario público, enajenó por tres mil dólares los derechos de autor de varias de sus obras!

Honradez. Entereza. Decisión patriótica para enfrentarse a los monopolios nacionales o extranjeros. Esa es la enseñanza de Gallegos en Miraflores. Y de Acción Democrática, el Partido que lo respalda, con ánimo de convertir en realidad la transformación de la tierra maravillosa del Libertador. ¡Una nueva patria en marcha!

Sin embargo, no lo dejaron gobernar. Antes de que terminara el año, el 24 de noviembre de 1948, Rómulo Gallegos había sido traicionado y derrocado por hombres de uniforme. ¡Traicionado, derrocado, en el destierro, pero no vencido!

Perdió Gallegos lo accidental del verbo *estar*. Mas he aquí que conserva su calidad de pensador, de maestro, de creador insigne. En otras palabras, lo sustantivo, lo esencial del verbo *ser*. Porque Rómulo Gallegos es y seguirá *siendo*, en tanto que sus adversarios solamente *están*, y esa es su desgracia.

\* \* \*



Para darse una idea de lo que significó la elección y la caída del novelista, habría que tomar en cuenta la realidad de nuestra América en general, y de Venezuela en particular, durante más de un siglo. He aquí el panorama, en una síntesis de pocas frases.

Apenas se ha consumado en el sur la epopeya que culmina en Ayacucho, o en México el Plan de Iguala, y ya tenemos el caos de uno a otro confín del Continente. Muertos o heridos por el desengaño los próceres de la generación de 1810, van quedando como herencia inevitable los caudillos.

En el caso concreto de Venezuela, cerrados los ojos de Bolívar en San Pedro Alejandrino, derrumbada la Gran Colombia, domina Páez. ¡José Antonio Páez, el llanero indomable de la gran batalla de Carabobo!

Es el hombre fuerte —sin comillas—, el caudillo indiscutible, *la primera lanza* en el combate, la voz de mando en una paz que sólo a medias, entre ambiciones y odios desatados, logra establecerse.

¿El ilustrado, el sabio Presidente Dr. Vargas?  
 ¿El pundonoroso y bravo General Soublette?  
 ¡Páez prevalece, con ellos o sin ellos! Es el gran jefe "catire", surgido de la propia entraña popular venezolana, que lleva por dentro la efervescencia, la inquietud incontrastable del mestizaje.

Es el hombre que domina y que se impone entre los *pardos* liberados, valerosos, impulsivos, decisores y alegres, que se comen la s, ganan sus batallas y bailan el joropo.

¡Es Páez, José Antonio Páez, con sus morenos invencibles que en pelo jinetean el potro, empu-

ñan el arma o rascan la vihuela —arpa, “cuatro”, maraca y buche—, brillante el marfil de los dientes, y más blanco que en los blancos, lo blanco de los ojos!

\* \* \*

Seguirán otros lanceros al régimen paecista: los hermanos Monagas de dos generaciones, llamados también *los tres “Josefes”*: José Tadeo, José Gregorio, José Ruperto.

Y después, entre lancero y lancero, entre reueltas y cuartelazos, van y vienen Presidentes decorativos, figuras secundarias, porque en aquel medio de olor a sangre y pólvora, “los doctores sólo huelen a civil”.

Hasta que viene la guerra larga. Federales amarillos contra godos oligarcas. Y por fin, bien avanzada la segunda mitad de la centuria, el General y criollo europeizado don Antonio Guzmán Blanco, quien tras mucho asomarse a la civilización del viejo mundo, se convierte en jefe máximo de la nación venezolana.

Era hombre don Antonio muy dado a que le alzarán monumentos en vida, y muy en lo suyo tratando de conseguir títulos aristocráticos. Pero era también varón de luces, propulsor de la cultura y del progreso, por lo cual hacía llamarse “Ilustre Americano”.

Radicado en Europa desde 1887, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, tuvo buen cuidado de dejar sucesores que le guardaran posición y espaldas: Joaquín Crespo, el más fuerte; Ignacio Andrade, el último y el más débil de la cadena guzmanista.

\* \* \*

Termina el siglo y ya no cuenta en Caracas el aristocratizado don Antonio, suegro de nobles en Europa, ni lugarteniente alguno de los suyos. Ahora es señor de Venezuela el enérgico "motilón" Cipriano Castro, rodeado de montañeses que bajaron, como fieras, de los Andes a la ciudad.

Castro es amo de todos y de todo, desde los últimos meses de 1899; mas con quedarse al margen del turbión, pues los que calan bayoneta no entienden de latines, los viejos políticos la van pasando, aunque con el susto metido en el cuerpo. Y así durante un largo decenio, con estreno de Constitución flamante, derroche de oratoria y de saraos, amores y amoríos de los que dejan huella difícil de curar.

¡A mejorarse de sus dolencias salió don Cipriano para Europa! Pero su hombre de confianza, su compadre Juan Vicente Gómez, aquerenciado del palo y del mando, se quedó en la presidencia por el resto de sus días, que no terminaron sino al cabo de varios lustros, en 1935.

\* \* \*

¿Después? Ya lo vimos: López Contreras, Medina Angarita, la Junta Revolucionaria en 1945, la elección de Rómulo Gallegos y su presidencia constitucional en 1948.

De los lanceros, de los generales, de los caudillos bárbaros, dio Venezuela el paso adelante, el salto consciente al intelectual, al hombre de letras, al novelista por antonomasia.

—¿Paso adelante, si no lo dejaron gobernar los militares?

—Sí. ¡¡Paso adelante!! Porque lo que camina un pueblo no se pierde. Lo que siembra el pensador siempre florece. Y porque la luz de la inteligencia es más poderosa que la fuerza de los mandobles y de las charreteras.

## ANDRES ELOY BLANCO <sup>1</sup>

CUMANA, bella, legendaria y heroica ciudad venezolana, tiene un sitio destacado en la Historia de América. Allí nació a la vida y se forjó para la inmortalidad el más puro, el más leal y caballeroso soldado de Bolívar, uno de los más jóvenes y el más apuesto de sus generales, don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho.

Lo traigo a la memoria del lector en estas líneas, porque era Sucre figura predilecta de Andrés Eloy Blanco, el poeta sin mácula —como el Gran Mariscal— que acaba de morir trágicamente en la ciudad de México. Y porque también fue Cumaná su rincón nativo, siempre dulce y bien amado, en donde pasó sus primeros años, respiró las brisas refrescantes del Mar de las Antillas, escribió sus primeros versos y empezó a comprender que sin respeto a la persona humana, sin libertad en su mejor sentido, se marchita la patria y se agosta la cultura.

Nacido en 1896, lo trasladan sus padres a Caracas para que allí continúe sus estudios en la

---

<sup>1</sup> "Excélsior", México, D. F., 25 de mayo de 1955.

Universidad Central, hasta graduarse de abogado. Obtiene el título, con brillantes calificaciones. Pero más que los códigos, más que una profesión inútil bajo el despotismo, más que los tribunales sometidos a la dictadura, lo atrae el embrujo de la poesía. Escribe entonces sin descanso. Recita maravillosamente. Se publican sus poemas. Se reproducen y comentan en periódicos de nuestro idioma. En Madrid le premian su *Canto a España*, y atraviesa el Atlántico para recibir el galardón y radicarse, por un tiempo, en la Península.

\* \* \*

A su regreso se detiene en Cuba, la siempre cordial y acogedora isla mayor de nuestro Mar Caribe, de magia irresistible para los hispanoamericanos. Andrés Eloy Blanco será huésped de La Habana, huésped de Santiago, huésped del país entero que lo aclama y quiere retenerlo. Pero su deber está en Venezuela. Y hacia la patria va el poeta, con ánimo de lucha en la conciencia y con la imagen de Martí en el corazón.

Ya lo tenemos de nuevo en Cumaná, o en Caracas, o en Maracaibo, o en Ciudad Bolívar, a orillas del Orinoco. Da recitales que conmueven al auditorio. Forma tertulias en las que prevalece el magnetismo de su palabra. Es el cantor del pueblo y el *intérprete* de lo que sufren y anhelan los venezolanos. ¡Mas he aquí que la palabra del poeta es peligrosa para el régimen y sus secuaces!

Se recuerdan sus discursos de estudiante. Se denuncian las conspiraciones en que tomó parte. ¡Y esos versos en que se habla del pobre, del hu-

milde, de una sirena indígena y de La Loca Luz Caraballo!

A Juan Vicente Gómez, decididamente, no lo convencen los poetas ni la poesía. ¡Hasta que cae Andrés Eloy Blanco en las ergástulas de la dictadura, durante cinco años en que los grillos y las esposas le hieren la carne, en que los verdugos le torturan el cuerpo pero no pueden quebrantar su espíritu!

Después, porque el cadáver del poeta sería más peligroso que el poeta vivo, casi moribundo, resuelve confinarlo el dictador en el pueblo de Timotes, en las alturas nevadas de los Andes.

\* \* \*

Vendrán, sin embargo, tiempos mejores. El 17 de diciembre de 1935 —por rara coincidencia, centésimo quinto aniversario de la muerte de Bolívar— se le escapa el alma de la materia al bárbaro de Gómez, quien desde lo más alto del poder cae en lo más hondo de una tumba.

Sepultado el muerto, empieza a oxigenarse el aire en la tierra de Bolívar. Grillos y cadenas se lanzan al mar, en imponente manifestación presidiada por los más altos valores de la ciudadanía venezolana, en febrero de 1936. El simbolismo de aquel acto, la voz admonitoria de Andrés Eloy Blanco, sacuden de emoción al pueblo.

Administraciones de López Contreras y de Medina Angarita.

Pasos vacilantes hacia la democracia.

Pasos vacilantes hacia la libertad.

Pero los hijos y los nietos de la brillante ge-

neración de 1810, de aquellos hombres extraordinarios que dieron su sangre por la independencia y por la liberación del ser humano, en la mitad de América, no están conformes con lo que se ha logrado.

¡No están conformes, cuando se está librando y ganando la segunda guerra mundial, en nombre de esos mismos principios, con la Carta del Atlántico como bandera!

Ha cobrado fuerza, entretanto, Acción Democrática Venezolana, en la que Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Andrés Eloy Blanco, ocupan sitios dirigentes de primera fila. Y detrás de ellos la multitud, hasta que toman el poder en octubre de 1945.

Y ahora nos encontramos al poeta de la ley; al poeta legislador; al poeta que defiende los derechos humanos sin discriminación racial; al poeta criollo de *Angelitos Negros*, Andrés Eloy Blanco, presidiendo la Asamblea Constituyente que ofrece al pueblo de Venezuela el sufragio universal, el voto femenino, garantías sociales, una serie de conquistas modernas que se recogen en la Constitución hoy abolida de 1947, tan avanzada como las más progresistas de América y de Europa.

\* \* \*

Un año antes ha venido a México, con el Presidente Betancourt y otros funcionarios de la Junta de Gobierno. Se inaugura el monumento a Bolívar en esta altiplanicie del Anáhuac, el 24 de julio de 1946, natalicio del prócer. Y bajo la som-



bra augusta del Libertador escuchamos, conmovidos, la cálida palabra del poeta.

“Bajar a nuestros héroes de sus monumentos. Darles su sitio, como a seres vivos, en la evolución y en el progreso de cada pueblo hispanoamericano. Sentirlos cerca de nosotros y de nuestros hijos, en la intimidad del hogar, en nuestra propia conciencia”. Esta es la síntesis de un pasaje inolvidable, entre tantos otros, de aquel discurso sin igual de Andrés Bello.

Estaré con él de nuevo en febrero y marzo de 1948, durante la toma de posesión de Rómulo Gallegos, quien lo nombra Canciller de la República. Ese mismo año se agiganta su figura en París, como Jefe de la Delegación de Venezuela ante las Naciones Unidas. ¡Y allí lo sorprende el golpe de cuartel del 24 de noviembre, que rompe los sueños del poeta y del patriota, a los ocho meses de haberse instaurado en Caracas el régimen constitucional!

¿Después? El exilio en Cuba. Su residencia en México. Su voz orientadora en homenajes y reuniones. Su recital bolivariano en Bellas Artes, que levanta al público de sus asientos en ovación constante. Su bellissimo discurso en la Universidad benemérita de San Nicolás de Hidalgo, en el bicentenario del natalicio del padre de la independencia de México. Su finura espiritual. Su exquisita calidad humana. Y siempre, por sobre todas las cosas, la mano en la mano con su amistad entrañable.

¿Más adelante? Su mal del corazón, por la altura de México y la lejanía de la patria. Su retiro a Cuernavaca. Su carta en la despedida de “Hu-

manismo" al escritor cubano Raúl Roa, que termina con un abrazo y recomienda: "Ni poca ternura ni gran apretura porque hay que durar".

¡Hay que durar! Y veinticuatro horas después, en la madrugada del 21 de mayo de 1955, caía tendido el poeta, atropellado por uno de tantos "Caddillacs", cumpliéndose así lo que había escrito en *Giraluna*, al hablar de Venezuela:

...que el hijo vil se le eterniza adentro,  
y el hijo grande se le muere afuera.

\* \* \*

Hice mención de *Giraluna*, el último libro del poeta, recientemente publicado. Anota en el prólogo, casi como un presentimiento, Rómulo Gallegos:

"Lejos de su patria, fatigado de suspiros de esperanza insatisfecha el noble corazón, es muy natural que en su "Canto a los Hijos", al poeta se le hayan deslizado versos que parecen despedida y testamento; pero si el transitorio vivir, temprano o tarde concluirá para él, por ley ineludible, cierto es también que la obra poética de Andrés Eloy Blanco le tiene asegurada la inmortalidad del nombre, la perennidad del acontecimiento humano".

Y esta estrofa que hace de él, con palabras de Gallegos, "un hombre bien construido por dentro, serena la claridad interior":

Por mí ni un odio, hijos míos,  
ni un solo rencor por mí.

No derramar ni la sangre  
que cabe en un colibrí,  
ni andar cobrándole al hijo  
la cuenta del padre ruín.  
Y no olvidar que las hijas  
del que me hiciera sufrir,  
para ti han de ser sagradas  
como las hijas del Cid.

## SOBRE COLOMBIA Y GUATEMALA <sup>1</sup>

(Eduardo Santos.—Cardoza y Aragón)

TRES libros angustiosos sobre mi mesa de trabajo, y un Continente a la vista. ¡Nuestro Continente! El de la esperanza, el de la libertad, el de la democracia, casi totalmente gobernado por un poderoso neofascismo saxocriollo después de la segunda conflagración mundial.

O sea que el Eje totalitario, finalizada la guerra, cambió de sitio. Ya no está en Berlín, ni en la Roma del Duce, ni en las esferas del Mikado, milagrosamente convertidos a la democracia los enemigos de la democracia. Ahora funciona el nuevo Eje en nuestro propio hemisferio, desafiante, con su Ovrá, con su Gestapo, con su cuartel general en el Pentágono y sus agencias macartistas en once repúblicas latinoamericanas.

Pero hablemos de los libros. El primero, *La crisis de la democracia en Colombia* y "El Tiempo", impreso en México por la Gráfica Panamericana, es obra del Dr. Eduardo Santos, ex Presidente y escritor de la noble tierra colombiana.

---

<sup>1</sup> "Cuadernos Americanos", Año XV, N<sup>o</sup> 2, Marzo-Abril de 1956.

El segundo, *Guatemala, las líneas de su mano* (Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica), así como el tercero, *La Revolución guatemalteca* ("Cuadernos Americanos", México, D. F.), son ambos del prestigiado autor antigüeño Luis Cardona y Aragón. Se imprimieron, por orden de cita, dos en octubre y el último en noviembre de 1955.

### *El caso de Colombia*

El Dr. Santos explica en su volumen cómo y por qué fue clausurado "El Tiempo", el 3 de agosto de 1955, a los 44 años y medio de existencia ininterrumpida, "sin forma legal alguna, contra lo que disponen la Constitución, la Ley y la Carta de los Derechos Humanos".

¡La Carta de los Derechos Humanos, con el cuartel por casa de gobierno, los campos de concentración, el destierro y la tortura, el sadismo agudo de los déspotas condecorados, bien habrá de colegirse que no tiene vigencia en Colombia, como no la tiene en gran parte de nuestra en mala hora paciente y sufrida América bolivariana!

En otras latitudes, allí donde urge defender a súbditos o ciudadanos de una gran potencia, sí hay manera de plantear al mundo entero la defensa de los derechos humanos. ¿Pues no recordamos todos el largo viaje del Secretario General de las Naciones Unidas a la capital de China — ¡¡la China comunista!!—, en laudable misión para obtener la libertad de un grupo de pilotos estadounidenses, no obstante que se habían dado gusto

bombardeando chinos y coreanos en Corea; vale decir, asiáticos en Asia?

No hay crítica, por supuesto, en lo que voy diciendo, sino afirmación de creencia en los derechos humanos. Afirmación de que es indispensable hacerlos prevalecer, en nuestro caso concreto, contra cualquier régimen de opresión y de barbarie como los que padecemos en América. Y en el resto del planeta, sobre todo cuando se trata de países cuyos gobiernos rubricaron con su firma tan hermosos postulados.

¡Bien, entonces, por la gestión extraordinaria de las Naciones Unidas ante el Gobierno de Peiping, que ni siquiera ha merecido asiento en la augusta anficiónía! Pero recuerde la ONU, alguna vez, hasta qué punto son también seres humanos los hombres y las mujeres de este Continente. Y que el Secretariado General —sin hacerse el sueco aunque lo sea— interponga sus buenos oficios con la famosa Carta en alto. ¡Que los interponga, después de visitar las prisiones, las ergástulas, los campos de martirio, de dolor y de muerte, establecidos en tierra americana por nuestros campeones del cuartelazo!

¿Y en nombre de qué nuestro increíble retroceso, nuestro gran paso atrás a los más degradantes sistemas cuartelarios? En nombre, ni más ni menos, de la democracia. No la que soñamos y deseamos, y por la cual luchan sin descanso nuestros más altos valores, hoy perseguidos, encarcelados, humillados o apátridas en el ostracismo; no la democracia fundada en la paz, en la justicia, en el respeto al derecho ajeno, sino la *democracia atómica mundial* —¡¡cosa de pavor!!—, que idea-

lizan y manejan los grandes espiritualistas de nuestro tiempo. Entre ellos, verbigracia, los caballeros de Wall Street, el Cardenal Spellman, Mister John Foster Dulles, "el mejor Secretario de Estado" que ha conocido en su vida Mister Eisenhower.

*¡¡El mejor!!* O sea, por aquello de que no es lo mismo dar que recibir el palo, o por cuestión de latitudes y de perspectivas, *el peor* para nosotros. A tal extremo que arrasó en muy pocos meses, hasta dejarla en pretérito perfecto, con una planta conocida por *buena vecindad*, que había logrado enraizar pacientemente Mister Franklin Delano Roosevelt en la conciencia del mundo americano.

\* \* \*

He creído necesario escribir como proemio las frases anteriores, para situar los hechos en el medio lamentable en que nos movemos. No es otro el panorama de Venezuela, Santo Domingo, Haití, Cuba, Perú, Argentina, Paraguay, Nicaragua, Guatemala, Honduras, esta Colombia atormentada, en fin, que fue modelo de cultura y de civismo con sus presidentes de dignidad insobornable, con sus grandes poetas, sus pensadores y ensayistas eminentes, entre ellos el propio don Eduardo Santos a quien le han cerrado su periódico.

¿Por qué? Por la sola y arbitraria voluntad del Excelentísimo Señor Presidente de la República, Teniente General don Gustavo Rojas Pinilla, Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y Gran Cruz de varias órdenes, con su correspondiente Collar

de gruesos eslabones. Al respecto escribe el Dr. Santos, en prólogo a la primera parte de su libro que intitula, "De cómo vivió y de cómo sabe morir un periódico libre":

"Es un caso del más grande interés, que arroja plena luz sobre la suerte que, al golpe de regímenes liberticidas, van corriendo las democracias en América Latina. Suprimidas las libertades públicas, atropellados los más legítimos derechos, destruidos los sistemas republicanos, reemplazado todo esto por el poder personal ilimitado, en muchos de los países latinos de este hemisferio se están perdiendo trágicamente los esfuerzos todos de la primera guerra universal que, según frase célebre del Presidente Wilson, tendían a "crear un mundo seguro para la democracia". Como se están perdiendo también *las cuatro libertades*, que para los seres humanos querían garantizar los aliados en su lucha contra el totalitarismo.

"Porque ello es así ha sido clausurado "El Tiempo" de Bogotá, pura y simplemente. Sin proceso, sin juicio alguno, sin una sentencia o fallo que lo declarase culpable, sin haber tenido la menor oportunidad para defenderse. Lo clausuró una orden verbal, respaldada por fuerzas de policía que en la noche del 3 de agosto de 1955 impidieron que funcionaran las prensas del periódico. Cinco días después se le comunicó la orden de suspensión indefinida, dictada por una oficina subalterna, sin derecho de apelación. Y las peticiones para que se reconsiderara esa orden inicua, hechas por las personalidades y entidades más respetables y prestigiosas del país, no han merecido siquiera una respuesta.



“En Colombia rijen hoy los más severos decretos sobre prensa. Castigan ellos en juicios muy rápidos, con fuertes penas, cuanto pueda parecer injuria o calumnia. Existe además, desde hace seis años, el estado de sitio; y cualquier incitación al desorden o al desconocimiento de las autoridades, puede llevar en el acto a quien lo haga ante un consejo de guerra. Y a pesar de todo esto, “El Tiempo” no pudo ser acusado ante juez, Tribunal o consejo de guerra alguno, porque no había cometido falta que ante ellos pudiera alegarse. Sus críticas, francas y claras, no excedían los límites que la ley fija y la caballerosidad honorable ordena. Todo proceso legal contra él era imposible. Por eso se apeló al atropello ilegal respaldado por la fuerza.

“... Todos los días, en puesto de honor, “El Tiempo” pregonó su fe y sus propósitos. Todos los días podían sus lectores contemplar su cotidiana profesión de fe: *EL TIEMPO es un diario liberal al servicio de la patria y de la justicia, que lucha porque los principios democráticos que la Carta de los Derechos Humanos consagra como fuero de los pueblos libres, sean una realidad segura para todos los colombianos.*

“Porque esos eran sus propósitos y porque a ellos fue ardorosamente fiel, ha caído “El Tiempo” de Bogotá, y no podrá levantarse mientras estén también por tierra la Libertad y el Derecho”.

\* \* \*

Sin embargo, la razón fundamental que le bullía en el subconsciente —o en el inconsciente—

al militar Rojas Pinilla, brazo derecho de Laureano Gómez en sus persecuciones y matanzas, no era otra que el complejo de inferioridad de la tizona frente a la inteligencia. El propio Teniente General Presidente de Colombia, Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, dio su peregrina versión en forma que a millones de nacionales y extranjeros los ha dejado atónitos. En resumen, "El tiempo" era nada menos que un Super Estado, una especie de super-gobierno, un poder oculto, y la única dictadura que padecía Colombia se concentraba en ese periódico.

A semejante confesión de la superioridad del pensamiento sobre la fuerza bruta, frente a un régimen omnipotente "que dispone de todos los recursos del Estado, de todos los elementos de la Administración Pública, de todas las posibilidades de un presupuesto de 1.700 millones, manejados sin trabas ni limitaciones", contestó el Dr. Santos:

"¿Super Estado un periódico sometido a censura, en peligro siempre, incendiado hace tres años en la forma incalificable que miles presenciaron, que desde hace seis años no tiene un solo amigo ni en el Palacio Presidencial, ni en los Ministerios, ni en las Gobernaciones, ni en las Alcaldías? ¿Gobierno oculto el de un periódico que sólo a plena luz vive, y sólo de ella puede vivir y cuyos actos, para que existan, tienen que ser públicos? ¿Dictadura sobre un partido o sobre una nación la de un grupo de escritores inermes, que no figuraba siquiera en Directorios o Comités políticos, ni tenía actividad distinta del honrado ejercicio intelectual de un perfecto derecho?"

Posteriormente, en la tarde del 23 de septiembre, hizo ver Rojas Pinilla, en rueda de periodistas, que si él no hubiese dispuesto clausurar "El Tiempo" lo habrían hecho las Fuerzas Armadas, tal era su indignación contra el periódico. He aquí unas pocas líneas de la respuesta del Dr. Santos, durante el banquete de despedida que esa misma noche le ofrecían en Bogotá los mejores ciudadanos de Colombia:

"Yo no quiero que se interprete ninguna de mis palabras como irrespetuosa para quien ocupa el solio de los presidentes. Yo lo ocupé también y sé a lo que ello me obliga. Pero no puedo menos de pensar y de decir cómo es realmente extraordinario que la única manera que el jefe del Estado encontró para evitar que sus subordinados cometieran un atropello, fue hacer que lo cometiera el gobierno. Es un acto de abnegación sin precedentes. A cualquiera se le ocurriría que lo necesario y lo oportuno era impedir ese atentado, que algunos proyectaban, pero no cometerlo antes. Y eso fue lo que ocurrió, y esa es la causa de que "El Tiempo" no haya vuelto a aparecer".

\* \* \*

Lo transcrito parece ser bastante para analizar y condenar lo que sucede en Colombia, tan abrumada desde hace más de diez años por un inmisericorde, atroz y cavernario totalitarismo, que ha inmolado hasta la fecha cientos de millares de víctimas.

¿Ateos, enemigos de la religión y de las buenas costumbres los campesinos asesinados, o los

políticos perseguidos, o los intelectuales en prisión o en el exilio? No. Católicos, apostólicos y romanos. ¡Cuánto bien haría Su Santidad si en lugar de bendiciones y de indulgencias plenarias, en país de tan honda catolicidad como Colombia, castigase con la excomunión a los hijos infieles de Cristo y su doctrina, que no son otra cosa estos sanguinarios déspotas de América!

No los condena, sin embargo, la autoridad eclesiástica. No los condena la ONU, ni la OEA, ni gobierno alguno de nuestro propio hemisferio, siquiera con mantenerlos al margen de los convivios diplomáticos, aplicándoles la tesis antiséptica del cordón sanitario. No hay sanción moral ni sanción penal de ninguna índole para ellos, sino la crítica y la protesta de los hombres de pensamiento limpio, que a los ensoberbecidos dictadores les hace sonreír. Y se crecen, amparados en esta época de confusionismo, de neofascismo, de *fosterdualismo*, tras lo que a mi entender podría llamarse *demagogia de derechas*.

Demagogia, según el diccionario, "es toda política que halaga las pasiones de la plebe". Sin costumbre ni deseo de usar la palabra despectiva *plebe*, menos aún cuando se trata de nuestros sufridos pueblos latinoamericanos, podría tal vez ampliarse en esta forma la acepción de los eruditos de la lengua:

Demagogia es toda política que halaga falsamente los sentimientos populares, tanto de izquierda irreflexiva como de derecha intolerante. La primera más bien obstaculiza una marcha consciente hacia la evolución y el progreso, y la segunda nos lleva sin remedio hacia la involución y el retraso.

Quiere decir, entonces, que no sólo existe lo que suele conocerse por demagogia revolucionaria, progresista en todo caso, sino también la que se aprovecha del fanatismo religioso, de la pobreza de espíritu, de la ignorancia y los prejuicios de un pueblo determinado.

Así logra frenar la demagogia de derechas cualquier paso adelante que perjudica los intereses de la reacción feudal, las ganancias ilícitas de los monopolios, el dominio de la casta militar o de la jerarquía eclesiástica, en pugna esta última, para su desgracia, con las más puras esencias religiosas de la fe cristiana.

\* \* \*

Navegando pues Rojas Pinilla a favor de los vientos que hoy soplan en el mundo, ha llegado a creerse todopoderoso. No le proocupa la opinión de los intelectuales ni el ataque de los más prestigiados periódicos de América y de Europa, no obstante su compejo de inferioridad frente a la inteligencia, o precisamente por ello. Y después de dar momentáneamente en tierra con "El Tiempo", otros diarios beneméritos, entre ellos la gran fuerza moral que era "El Epectador", han caído también bajo la piqueta de las Fuerzas Armadas.

Lo cual significa que el Excelentísimo Señor General Presidente de Colombia, ciego y sordo a la crítica mundial, indiferente al desprestigio de su patria, no ve ni oye nada que tenga visos de cordura. Antes al contrario, como en sus buenos tiempos de Laureano Gómez, sigue aterrorizando al pueblo colombiano. Y a los guerrilleros que se

levantan contra la ignominia, los hace llamar *bandideros* al servicio del Soviet.

Esa es la mejor forma de conseguir, según se vayan necesitando, armas y aviones de la mala vecindad, para fortalecer lo que ya he llamado *democracia atómica mundial*. En otras palabras, para amenazar y aplastar, con tan poderoso respaldo, apuntando con sus ametralladoras al corazón del pueblo, cualquier signo de rebeldía, cualquier signo de democracia auténtica en el vasto territorio de nuestra desvalida Hispanoamérica.

Pero tendrá que pasar, tarde o temprano, esta racha en que la fuerza bruta se ufana de su dominio sobre la inteligencia. Entonces "El Tiempo", que vive en la cultura de Colombia, en la vibración espiritual del Continente, en la historia de la dignidad humana, reanudará su misión civilizadora desde las alturas de los Andes. Y al correr de los lustros y de los decenios, cuando sus adversarios de charreteras sólo sean polvo y ceniza, el nombre de Eduardo Santos ocupará sitio de honor entre los ciudadanos ilustres de su patria.

### *El caso de Guatemala*

Si la situación de Colombia es para sentirse uno desolado, el drama de Guatemala nos hiere a los centroamericanos en lo más hondo. Retrocedo a los años de la segunda guerra mundial; a la lucha en todos los frentes contra el nazifascismo; a la Carta del Atlántico; a las Cuatro Libertades del segundo Presidente Roosevelt; a las prédicas de Mister Henry A. Wallace, sobre "el siglo del

hombre del pueblo"; a la euforia democrática en este lado del mar, que ponía nerviosos a los dictadores y hacía vibrar de fervor y esperanza a los pueblos oprimidos del hemisferio occidental.

Abierto el segundo frente en Europa en 1944, abierto simultáneamente en el trópico caribe, empezaron a sentir los déspotas totalitarios que se les movía la tierra como en un intenso terremoto. Todo estaba contra ellos, en sus propios países y en el exterior. Desde México, con la más leal simpatía de todos los sectores progresistas de la gran nación azteca, se pudo llevar a cabo una intensa labor antidespótica, en el libro, en la tribuna, en el periódico. ¡Hasta que llegó la hora de la oxigenación en el Istmo morazánico!

En mayo de ese mismo año inolvidable del 44, al golpe heroico del dos de abril y de la subsiguiente huelga general de brazos caídos, se derrumbó en San Salvador el General Presidente Maximiliano Hernández Martínez. Hombre contradictorio, ladino, de maneras suaves, muy dado a los estudios esotéricos, curaba a los enfermos con aguas medicinales de colores, pero mataba a sus enemigos con ametralladora. El escritor de habla inglesa, William Krehm, lo señala como "el teósofo ametrallador".

Semanas después se vino de cabeza al suelo otro General Presidente centroamericano, el amo y señor de Guatemala Jorge Ubico, quien creyó salvarse entregándole el poder a su compañero de armas Ponce Vaides. Pero tras el movimiento cívico-militar del 20 de octubre, fecha en que dio comienzo la gran revolución guatemalteca, el uno y el otro tomaron en aviones las de villadiego. En

los Estados Unidos se radicó el bárbaro de Ubico. Y allí terminó sus días, por explosión de la vesícula biliar, cuando al degradarlo y expropiarle parte al menos de su acumulada fortuna, de hecho y de derecho lo ejecutó a distancia el nuevo Congreso de su patria.

En clima de tal manera hostil para los que solían hacerse del mando y abusar del palo y del tormento, no pudo reelegirse en Honduras, por quinta vez, el tercer General Presidente de esta breve historia. Se trata, por supuesto, de don Tiburcio Carías Andino, "el hombrón de Zambraño", muy adicto al olor y al imperio del sabroso plátano de la United Fruit. Asegura el ya citado William Krehm, según mediciones y comparaciones en las que parece no haber discusión, que a don Tiburcio ningún gobernante de América le ha ganado tocante a peso y tamaño.

Sólo pudo salvarse de la hecatombe el ínclito constabulario nicaragüense don Anastasio Somoza, gracias a que por entonces, aprovechando la luna de miel soviético-norteamericana, se había hecho casi comunista; había proclamado el primero de mayo como día festivo; había entrado en relaciones diplomáticas con Rusia; ofrecía dos meses de vacaciones anuales, con salario completo, hotel y balneario gratis, a toda clase de trabajadores.

¡Contra la euforia simplemente democrática de los países vecinos, la más avanzada euforia demagógica del Generalísimo Somoza! Y lo apoyaron y lo abrazaron entonces, junto con el Gobierno de Washington, no por convicción sino por "táctica", los grupos más extremistas de nuestra



izquierda al rojo vivo. Hasta la fecha, sin embargo, no ha habido "táctica" ninguna —sí en cambio sangre y martirio de patriotas— que dé al traste con la ignominia de Somoza.<sup>1</sup>

\* \* \*

A pesar de todo, mucho pudo ganarse en 1944 y en los años que siguieron. El dos de abril salvadoreño señaló la pauta. Y el 20 de octubre en Guatemala fue el principio de una profunda transformación política, social y económica, a la postre frustrada por varias razones esenciales, a saber:

1a.—La más anunciada intervención norteamericana de que se tenga noticia en nuestro medio, para mantener a todo trance en Guatemala los privilegios de tres enormes monopolios: United Fruit Company, Bond and Share Company, International Raiways of Central America, en los cuales tienen intereses Mister John Foster Dulles, Mister John Moors Cabot, Mister Spruille Braden y otros altos funcionarios de la administración de Washington.

2a.—Traición y cobardía de elementos militares con muchos entorchados, capaces de disparar contra la masa popular inerme; pero incapaces de defender a su patria, de exponer la vida

<sup>1</sup> El 29 de septiembre de 1956, valerosamente ajusticiado, se desplomó al fin en su tumba el Generalísimo Somoza. ¡¡Peor para él, que por seguirse sacrificando en beneficio de la patria, ni siquiera pudo disfrutar, en hoteles y casinos extranjeros, las inmensas riquezas, las comisiones y los dividendos que le dejó su prolongado oficio de gobernar en Nicaragua, con el apoyo de Washington y sus consorcios!!—V. S., 1960.

enfrentándose a la invasión extranjera, de justificar el alto costo y la existencia inútil de esa clase parasitaria, en tierras que sólo necesitan policía urbana y policía rural.

3a.—Complicidad de la clase feudal terrateniente, de la jerarquía eclesiástica, de la prensa mercantilista y de otros estamentos afines, cruzados todos ellos de la espiritualidad contemporánea, con el imperialismo que se lanzaba sobre Guatemala.

4a.—Complicidad también de los gobiernos de Honduras y de Nicaragua, con Washington y la United Fruit, facilitando su territorio y sus bases aéreas para el entrenamiento de fuerzas mercenarias y el asalto a la nación hermana.

5a.—Precoz descomposición del movimiento revolucionario durante el régimen de Arbenz. Negocios ilícitos, sin que de ellos pueda inculparse a líderes y funcionarios de comprobada honestidad. Avidéz de lucro y de riquezas en la cúspide del gobierno. Soborno de militares con toda clase de granjerías, creyendo que en esa forma se les compraba su lealtad. Dádivas a los partidos políticos y a ciertos sindicatos, que no eran sino antesalas de la burocracia oficial. Falta de honestidad y de visión, en fin, con el encumbramiento lamentable de oportunistas y de mediocres. Eso le daba fuerza tremenda a la reacción cerril para negar lo positivo, hacer su propaganda "anticomunista" y oponerse a las auténticas realizaciones de índole social y económica que se iban alcanzando.

6a.—Provocaciones constantes, innecesarias e infantiles del pequeño grupo comunista, en plena lucha de los dos gigantes, al enfurecido *macartis-*

mo estadounidense, que tenía en su mano todos los medios de difamación y escándalo —periódicos, radio, televisión, “quislings” a sueldo, reporteros-turistas, conferencias interamericanas —para preparar el asalto a Guatemala y respaldar a sus grandes consorcios, que son los que tienen el poder económico y, por consiguiente, el poder político en los Estados Unidos. Claro que el fraude del anticomunismo no fue la razón sino la sinrazón del atentado, por no ser lo sustantivo sino lo adjetivo, lo secundario, el pretexto que deseaba Washington para proceder como lo hizo, en un Continente —¡heroicas son las excepciones!— de gobiernos timoratos o pupilos.

7a.—Y, en última instancia, lo inesperado: la renuncia de Arbenz; su entrega inconstitucional del mando, dejando a su patria sin gobierno *de derecho*; su abandono delictuoso de la jefatura suprema de las fuerzas armadas; su fuga o asilo, por último, en la Embajada de México, sembrando la desmoralización y el desconcierto entre sus conciudadanos.

\* \* \*

¡La renuncia, el abandono, la fuga y el asilo de un militar, de un Coronel Presidente, cuando el mundo entero tenía puestos los ojos en su pequeño país; cuando vibraban de indignación contra el imperialismo y sus secuaces, deseosos de ayudar al hermano menor invadido, todos los pueblos y los hombres dignos de nuestra América; cuando debió ser el portaestandarte de la más hermosa bandera que hombre ninguno de nuestros días haya nunca soñado, y la dejó caer!

Pocos gobernantes han tenido, como Arbenz, la ocasión de inmortalizarse, de pasar gloriosamente a la posteridad. Hubiera bastado un gesto de valor, ponerse al frente de sus tropas y avanzar hacia el combate, para que el pueblo lo siguiera; para vencer a las escasas fuerzas de Castillo Armas, sin otra mística que los dólares de la United Fruit; para meter en cintura, desarmar y sacar del país sin dilación, como conspirador confeso y convicto, al Embajador de los Estados Unidos, Mister John E. Peurifoy.

Entonces, limpiando después al régimen revolucionario de todas sus excrecencias, se hubiera salvado el 20 de octubre guatemalteco, sin este nuevo paso atrás en Centroamérica. Y podríamos gritarles a las grandes potencias que ya no somos colonias, pues como Juárez contra la invasión francesa, como Juan Rafael Mora frente a las huestes filibusteras de William Walker, como Sandino contra los "blue jackets" en Nicaragua, estaremos dispuestos a defender en todo instante nuestras conquistas democráticas, nuestra independencia y nuestra soberanía.

\* \* \*

Tómese lo que llevo dicho como inspirado por Luis Cardoza y Aragón. Aquí tengo sus dos libros referidos, y en mi conciencia la tragedia y el dolor de Centroamérica, que me han hecho pensar y escribir lo que consta en estas páginas.

En el primero de esos volúmenes, *Guatemala, las líneas de su mano*, con estilo poético, con emoción contagiosa, ofrece el autor a sus lectores el

mapa y la vieja historia del país, los dogmas de la tierra y de la sangre, el abandono y la tristeza concentrada del indio. Seguirán después varias estampas de pluma maestra: Semana Santa antigüeña, Atitlán, Los mercados, Chichicastenango, Tierra de Pópol Vuh.

“Cuando conocí Chichicastenango —nos va diciendo el poeta—, viví una de las sorpresas grandes de mi vida. Me quedé estupefacto. Me sentí fuera de la realidad. Como si estuviera en Oriente, en poblados de países inaccesibles, de países que ya no existen. En Babilonia o Nínive, en Ur de los caldeos, en tierras de Judea, en el Tíbet, dos, cuatro mil años atrás. Pisaba mi propia tierra, la del Pópol Vuh, el corazón del reino quiché. Por el cielo cruzaban los aviones, veloces como balas”. Y más adelante:

“Los indígenas de Chichicastenango se aíslan en sus ritos, sin preocuparse para nada de los turistas y sus cámaras fotográficas. Tienen por nosotros, pensaba alguien, profunda conmiseración, y no sería extraño que por nosotros estuviesen orando. No se advierte desprecio ni orgullo en ellos. He aguzado el oído, los ojos, el corazón. Es diferente, me parece, lo que ocurre. Tampoco sienten desprecio los judíos, golpeando con la cabeza el Muro de las Lamentaciones, o las muchachas púberes de pueblos primitivos asiáticos, estrujando una flor en el falo sagrado de piedra. Simplemente, nosotros, los testigos, no existimos, no estamos. Ellos, los chichicastecos, no nos ven. Somos invisibles. No hay testigos. Están solos y se mueven y actúan con la seguridad y el señorío que les confiere la soledad”.

En la segunda parte de este precioso libro estudia Cardoza y Aragón el nacimiento del hombre, nuestro origen, la historia de nuestro linaje, según reza el Pópol Vuh; y nos habla del maíz, "el corazón de América", pues de maíz fueron hechos los primeros hombres.

"... Nuestra vida, desde la mitología hasta hoy, es el maíz: poder del puño y alas del sueño. Más allá de Tulán, sobre la roja tierra, las cuatro primeras criaturas humanas, amasadas con maíz por la abuela Xmucané, entran en la historia dejando las huellas de sus pasos en los códices y en nuestra voz profunda".

\* \* \*

Después del Pópol Vuh, de los quichés, de los cakchiqueles, de sus ciudades muertas, de don Pedro de Alvarado y la conquista, vendrán los arcos y las cúpulas de la Colonia, la figura lúcida del cronista extraordinario Bernal Díaz del Castillo, obispos, misioneros, historiadores, hasta llegar a las semblanzas realmente inimitables del ilustre Rafael Landívar, Antonio José de Irisarri, José Batres Montúfar, José Milla y el hombre "cargado de bengalas de colores", Enrique Gómez Carrillo, sobre cuya literatura recoge el autor esta nota profética de Unamuno:

"Estimo que el más grave cargo que habrá de hacerse algún día a esa literatura llamada, con más o menos propiedad, modernista o decadente, que ha soplado como un vendaval devastador sobre los espíritus de América, será su neutralidad frente a la patria, su poco o ningún calor patrió-

tico, su ignorancia de la Historia, su vaciedad lírico-novelesca”.

Sin posibilidad de espacio para seguir uno a uno los variados temas de este libro, hondamente sentido y bellamente escrito, sea suficiente anotar que por sus páginas discurre el alma misma de Guatemala, con su magia, sus leyendas, sus personajes, los ritos y el abandono de la explotada masa indígena; y que en los capítulos finales, “El viento en la vela” y “El peso de la noche”, ya nos encontramos en el laberinto de nuestra independencia, en las contradicciones de los que fundaron nuestra patria grande centroamericana, en la caída de la Federación, en el apogeo de los conservadores con el indio Carrera a la cabeza, en el triunfo de la reforma liberal con Barrios y García Granados, en la época cruel y sanguinaria de Manuel Estrada Cabrera, hasta conectar con la Revolución de Octubre y lo que hoy sucede en Guatemala.

“Sollozo, alarido y canto” es esta obra de Cardoza y Aragón, según sus propias palabras. Y agrega: “No sólo hay que vivir lo que se escribe sino hay que sufrirlo. Necesidad absoluta de una patria, de mi tierra y su imprescindibilidad de función ecuménica. Ansia de clarificación, de forma, para que nuestro metal dé un sonido”.

Ha dado su sonido, como clarinada que viene desde la lejanía, la voz sin estridencias de este escritor de nuestra vieja patria. Oigámoslo ahora de más cerca, siquiera en las conclusiones de su segundo volumen, *La Revolución Guatemalteca*, que con encomiable acierto ha querido dar

a la estampa don Jesús Silva Herzog, en sus prestigiadas *Ediciones de Cuadernos Americanos*.

\* \* \*

Números irrefutables, estadísticas precisas, nos presentan a Guatemala asfixiada por los monopolios extranjeros, a "Jonás en el vientre del monstruo", para emplear el mismo título de Cardoza y Aragón a su primer capítulo, "Una Banana Republic". Esto tan deprimente de "Banana Republic", pero tan exacto porque no es otra la realidad del Istmo centroamericano, a mi modo de ver no necesita mayores explicaciones.

Hablé con anterioridad de la United Fruit Company y de su filial la IRCA (International Railways of Central America), enormes monopolios que desde hace más de medio siglo vienen succionando y dominando económicamente a Guatemala.

Y bien sabemos todos que la hegemonía económica implica hegemonía política, incluso en países tan poderosos como los Estados Unidos, en donde la ley de Washington la dicta Wall Street. Con mayor razón, cualquier "Banana Republic" en las pequeñas parroquias del Caribe tiene que ser, simple y sencillamente, un débil Estado feudal —o nación subdesarrollada, como se dice ahora— al arbitrio de un super Estado capitalista. Muy bien, entonces, lo de "Jonás en el vientre del monstruo".

No he de insistir en nuevos comentarios sobre este tópico, sobre el cual se han publicado tantos libros y documentos, muchos de ellos dados a la



publicidad en los propios Estados Unidos por autores norteamericanos. No será malo recordar entre los más importantes a Carleton Beals, Samuel Guy Inman, Waldo Frank, William Krehm, John D. Adler, Eugene R. Schlesinger, Ernest C. Olsen, Kepner y Soothill en "El Imperio del Banano", citados casi todos por Cardoza y Aragón en su trabajo.

\* \* \*

En el segundo capítulo, "Años de primavera en el país de la eterna tiranía", estudia ampliamente nuestro autor las conquistas políticas, sociales, democráticas, culturales, de índole laboral y económica, obtenidas durante el gobierno del Dr. don Juan José Arévalo. (1945-1951.)

También en este caso el título expresa claramente la situación de Guatemala en ese sexenio. Fueron en realidad seis años de primavera, allí donde la población, el ser humano desde la cuna hasta el ataúd, estuvo sometido a prolongadas y crueles satrapías en casi una centuria. Y en el sér humano, sobre todo, concentró su atención el Presidente Arévalo, tachado primero de nazi y después de comunista por la prensa amarilla internacional, a pesar de que no tocó siquiera las concesiones inauditas de los consorcios, sino, mediante el Código del Trabajo, los salarios mínimos de los trabajadores y algunas de sus más elementales prestaciones, aceptadas incluso por el Vaticano.

Con abundante documentación, con cifras del presupuesto, resaltan en este capítulo los pasos en firme del Dr. Arévalo hacia la transformación so-

cial de Guatemala, a pesar de las conspiraciones de la reacción y del constante y calumnioso ataque de los monopolios. Y allí queda al descubierto lo que significa "abrir las ventanas de un país que vivía herméticamente cerrado, ajeno a su siglo y separado del mundo", en palabras del ya mencionado escritor William Krehm, corresponsal en aquella época de la revista *Time*.

Pudo a la postre cumplir su mandato el Presidente intelectual, filósofo y maestro, sin fusilar a nadie, moralmente capacitado para decir a los guatemaltecos en su mensaje final, ante una inmensa muchedumbre reunida en el Estadio el 15 de marzo de 1951:

"Tenía yo entonces la convicción —y sigo teniéndola— de que una nación no puede ser libre mientras no sean libres uno por uno todos sus habitantes, y de que la dignidad de la República está hecha como síntesis magnificada de la dignidad que se aloja, viviente y actuante, en cada uno de los pobladores del suelo.

"Para alcanzar eso en Guatemala teníamos que chocar con la particular estructura social y económica del país: de un país en el que la cultura, la política y la economía estaban en manos de trescientas familias, herederas de los privilegios de la Colonia, o alquiladas a las factorías extranjeras, o constitutivas de una secta oficial que protegía los intereses de aquéllas y multiplicaba geométricamente los suyos. Un noventa por ciento de nuestra población vivía en cabal situación de servidumbre económica, sin derecho a la cultura y sin ciudadanía.

"...De pie hemos llegado a este 15 de marzo

de 1951. Guatemala ha demostrado en seis años, que no hay poder humano capaz de humillar la voluntad de un pueblo cuando sus gobernantes no lo traicionan. Pueblo y gobierno juntos, producen dignidad.

“Pueblo de Guatemala: Durante seis años hice consagración de mi vida para vivir con dignidad el cargo de Presidente, buscando la felicidad de mis compatriotas según mi propia conciencia me lo ha indicado. La historia dirá si estos seis años significan algo para el progreso espiritual de la nación. Lo que sí puedo decir ya, es que en ninguno de los muy difíciles momentos transcurridos durante la conducción de los destinos del país, busqué la defensa y salvación de mi propia vida ni os dí las espaldas.

“Creo haberme conducido con lealtad, no sólo para vosotros, el pueblo hoy viviente, sino, además, para con los superiores destinos de Guatemala, y creo haber contribuido a la expresión de una sensibilidad política guatemalteca. No sabría decir si esto que se ha logrado en Guatemala, debe llamarse democracia o cosa parecida. Los profesores de doctrina política le darán su nombre. Pero si por fatalidad de hábitos conceptuales o por comodidad idiomática quiere llamársele *democracia*, pido a vosotros testimonio multitudinario de que esta democracia guatemalteca no fue hitlerista ni fue cartaginesa”.

\* \* \*

Ya estamos en el capítulo final, “Raíz sin tierra”, meollo del libro, en el que Cardoza y Aragón

analiza las causas profundas del poder imperialista; la complicidad de la casta feudal y del alto clero con los invasores de su patria; lo que son y han sido siempre los políticos inescrupulosos, sin otra meta que sus intereses.

En diez títulos nos presenta el autor la génesis, los preparativos, el desarrollo y el impacto de la invasión: El dedo en la llaga. Caracas. El discurso del canciller guatemalteco. Notas sobre la agresión diplomática. Fases de la agresión armada. Algunos aspectos de la situación interna. La renuncia del presidente Arbenz. Podemos y debemos resistir. Repercusión internacional. Nuestra lucha empieza.

Frases entrecomilladas de funcionarios, *expertos*, senadores y otras luminarias de las que actúan en el Departamento de Estado norteamericana, hablan por sí solas. En lo que toca a la responsabilidad eclesiástica, opinan escritores católicos como Armand Gatti. Respecto al gangsterismo de Peurifoy escribe su propia esposa —hoy viuda—, en versos como para salir corriendo, llamándole cariñosamente "pistolero". Tocante a lo jurídico se alzan contra el desacato jurisconsultos de prestigio internacional. En lo que se refiere a los militares que en vez de combatir transaron con el invasor, en este capítulo quedan al desnudo.

Y en medio del desastre, la traición, las claudicaciones y el entreguismo, ¡la frustrada decisión del pueblo, de los trabajadores, de los leales, que pedían armas para defender sus derechos!

¿Respuesta de Arbenz? Ya la conocemos: su asilo en la Embajada de México. Su posterior mutismo inexplicable. Su abandono de una bandera

que simbolizaba la independencia y la soberanía de Guatemala, la dignidad de Centroamérica, la libertad de los pueblos débiles frente a las grandes potencias.

Sin que él solo sea el responsable de esta gran tragedia, Cardoza y Aragón lo enjuicia en una serie de preguntas. Con todo ese material, y creo que nada más debo agregar, escribí, páginas arriba, mi versión sobre las causas esenciales que provocaron el derrumbamiento momentáneo de la democracia en Guatemala.

En resumen, un libro que se hacía indispensable, un volumen aleccionador. Y, a pesar de todo, una gran esperanza en el destino de la futura patria centroamericana. Fe y esperanza en nosotros mismos. Ante el cadáver del campesino fusilado, ahorcado, asesinado, exclama Cardoza y Aragón en la última página de *La Revolución Guatemalteca*: "El sol, que ya salta sobre las montañas, pone el resplandor de una nueva aurora en el fondo de sus ojos muertos. . . Amanece".

## LIBRO-GUIA DE ROMULO BETANCOURT <sup>1</sup>

**E**L Fondo de Cultura Económica ha dado a la estampa un volumen de casi 900 páginas, que será fundamental para conocer, analizar e interpretar, sin venda en los ojos, los peores y los mejores aspectos, los más condenables y los más optimistas de nuestra infortunada América bolivariana. Así lo dispuso el Fondo con muy buen criterio, sin temor a los fanatismos de nuestra época ni a las fuerzas desorbitadas que se han hecho dueñas del mundo, y que en un sentido o en otro, tal es su poderío, se infiltran y logran dominar en nuestros círculos intelectuales e incluso, desde luego, en nuestro medio editorial.

*Venezuela, política y petróleo* es el título de este trabajo valiosísimo, que bien puede considerarse como libro-guía, escrito, extraviado y vuelto a escribir en varias etapas de clandestinidad, persecución o exilio por Rómulo Betancourt, Jefe del Poder Ejecutivo venezolano en el período de la Junta Revolucionaria de Gobierno, desde octubre de 1945 hasta la toma de posesión del elegido

---

<sup>1</sup> "La Gaceta".—Publicación del Fondo de Cultura Económica. México, D. F., marzo de 1957.

y posteriormente traicionado Presidente Rómulo Gallegos, en febrero de 1948.<sup>1</sup>

No he titubeado en afirmar que tan esclarecedor volumen será un texto fundamental en la orientación de nuestra Historia. Vale decir, no únicamente en la de Venezuela, ni en el curso de los últimos sesenta años a que en su mayor parte se refiere, sino que será un libro básico para entender el fenómeno social e histórico de veinte pueblos hermanos, desde la raíz misma de su independencia. Y ello es así, porque a lo largo de los veintitrés capítulos que lo forman, distribuidos en siete partes, encontraremos la razón y el origen de nuestras vicisitudes, incluso a poco andar de la magna lucha autonomista.

Allí vamos viendo —no sin que nos duela que las cosas sean como son o como fueron, y no como debieran ser—; allí vamos sintiendo y repasando las contradicciones de criollos fernandinos y de criollos revolucionarios; el bajo interés esclavista contra el nobilísimo ideal antiesclavista; la frustración de la reforma agraria; el modo lamentable en que se corrompieron los caudillos de lanza y machete; el dominio anticristiano de los nuevos señores feudales; la explotación inmisericorde de multitudes desheredadas e indefensas; el simple cambio de metrópolis tocante a coloniaje; la bar-

---

<sup>1</sup> Ahora es de nuevo Presidente de Venezuela Rómulo Betancourt (febrero de 1959 a febrero de 1964), después del derrocamiento y fuga de Pérez Jiménez, quien fue a reunirse en tierras extranjeras con otros generales de su misma estirpe, todos ellos en desbandada poco decorosa para la casta militar. Morirán, no quepa duda, de cualquier enfermedad endémica o epidémica, pero no en batalla.—V. S., 1960.

barie, en fin, de los atracadores del poder y la miseria humana de sus voraces camarillas, moralmente incapaces de seguir la trayectoria luminosa que nos trazó la generación inmortal de 1810, que bien quisiéramos en esta era de mediocridad irresponsable para ponerle fin a la ignominia.

En otras palabras, lo que Betancourt dice de Venezuela en la centuria pasada, cambiando nombres, podría decirse de Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia, México, Centroamérica, Uruguay, Argentina, Paraguay, con sus agitados períodos caóticos, que parecían interminables. Donde habla de Páez, o de los Monagas, o de Guzmán Blanco, o de Cipriano Castro, cabría citar a Rosas, Malgarejo, Belzú, el Dr. Francia, García Moreno, Veintemilla, Santa Anna, Carrera, Regalado, entre tantos dictadores más como tuvieron que sufrir nuestros antepasados en las diversas repúblicas de América.

Y si nos llegamos a este siglo de las luces, para topar con el régimen de Juan Vicente Gómez, al que analiza el agudo político venezolano con ojo clínico; y si proseguimos hasta nuestros propios días —estos felices días de las Cuatro Libertades—, para dar de manos a boca con el coronel o general Pérez Jiménez, quien mantiene virgen su espada en la vaina, porque no se sabe de otras batallas que las que libra en la sombra su fuerza policíaca contra la ciudadanía anticuartelaria, pero inermes; y si al mismo tiempo advertimos que semejante deformación de los principios democráticos y del respeto a la persona humana, sólo puede mantenerse con apoyo extranjero y complicidad interior vendepatrística, caeremos otra vez en la conclusión



de que estamos leyendo en este libro de Betancourt trozos de Historia viva, de Historia continental hispanoamericana, que tanto incumben a Venezuela como a otros países, igualmente escarnecidos y humillados, de nuestra extraordinaria anficción hemisférica.

\* \* \*

Todo es cuestión, como se dijo antes, de trocar nombres o apellidos. Y no sólo patronímicos o propios, sino también del orden común. ¡Tan común como los siete pecados capitales de quienes se regodean en las alturas del poder, o como los productos del suelo y del subsuelo! De tal manera que allí donde escribe el autor sobre petróleo, no habría más que completar el cuadro hablando de bananos, caucho, azúcar, tabaco, energía eléctrica, oro, hierro, plata aluminio, azufre, cobre, estaño.

Y allí donde se lee Standard Oil, Mene Grande, Venezuela Gulf Oil, Royal Dutch y todas sus filiales, pongamos o agreguemos United Fruit Company, International Railways, Tela Railroad, Electric Bond and Share, American Smelting, Guggenheim, Anaconda Copper Mining, United States Steel Corporation, American Sugar Refining, United States Rubber Company, American Tobacco, Braden Copper. Y los Morgan, los Mellon, los Dupont, los Rockefeller, en sus diversas actividades. Y cuarenta potentados más, amos de las finanzas mundiales y dictadores omnipotentes de la política norteamericana, con mayor fuerza y poder que las dependencias ministeriales de la

Casa Blanca, el Senado, el Congreso, el Pentágono, los Gobernadores y el Presidente mismo de los Estados Unidos.

Obvio será explicar que eso está muy bien para ellos, porque están *en lo suyo* con mengua de lo ajeno, hasta forjar su gran potencia económica, su maravilloso emporio del capitalismo; pero no para nosotros, proletarios internacionales, que habríamos de buscar y encontrar todos los medios posibles para defendernos y ayudarnos mutuamente, con leyes sabias y justas, con inteligencia, patriotismo y decisión, único modo de poner fin a nuestra triste calidad de víctimas propiciatorias frente a la codicia de los poderosos.

Y allí, en suma, donde aparecen las concesiones otorgadas en la tierra del Libertador, la enajenación de la riqueza nacional, el sometimiento, la incapacidad, la ineptitud, la corrupción, la insatisfecha avaricia de los intermediarios influyentes, ya no pensamos únicamente en Venezuela y en el entreguismo suicida de sus gobernantes. No. Al llegar a este punto de la obra de Betancourt, al sentirse uno entre indignado y avergonzado por la forma en que se ha dispuesto del patrimonio nacional venezolano, se nos vienen conjuntamente a la memoria Estrada Cabrera, Borno, Chamorro, Adolfo Díaz, Ubico, Somoza, Trujillo, Carías, Batista, Rojas Pinilla, el Perú de Odría, la Argentina "descamisada" y desvirtuada de Perón y Evita, la Guatemala del salto atrás con "la gloriosa victoria" Dulles-Peurifoy y lo que eso significa.

Unas pocas líneas del acápite que Betancourt intitula "La danza de concesiones", nos darán idea de lo que ocurría a principios de esta centuria, y de lo que otra vez está sucediendo en Venezuela. Voy leyendo y transcribiendo:

"Fue en 1909 cuando el Gobierno venezolano otorgó el primer contrato sobre hidrocarburos a una compañía extranjera. En diciembre de 1909 suscribió el Ejecutivo con John Allen Tregelles, quien actuaba en representación de The Venezuela Development Company Ltd., un contrato para la exploración y explotación de la enorme área de territorio cubierta por los Estados Táchira, Trujillo, Mérida, Zulia, Lara, Falcón, Carabobo, Yaracuy, Anzoátegui, Sucre, Monagas, Nueva Esparta y Delta del Orinoco".

¿Condiciones? Como tributo, un bolívar por hectárea de terreno ocupado y 5% de *royalty* o regalía, fijándose en 30 años el plazo de duración del contrato. Esta primera empresa, afortunadamente para Venezuela, "no llegó a perforar ningún pozo, y el Ministerio de Fomento declaró fenecido el contrato por incumplimiento de la compañía concesionaria".

A continuación explica el autor que "mientras tanto, y en el curso de la primera década del 900, otorgó el Ejecutivo numerosas concesiones a particulares, ligados íntimamente al régimen gobernante. Se trata de contratos que perviven en nuestros días. Todos corresponden al año 1907".

Y perfectamente documentado, cita Betancourt los nombres de los favorecidos, las fechas de las concesiones y su extensión increíble: Distritos Colón, Maracaibo y Bolívar en el Estado de

Zulia; Distritos Zamora, Acosta y Buchivacoa del Estado Falcón; y el Distrito Silva del Estado Lara. Por supuesto, todas estas concesiones, "obtenidas por ciudadanos venezolanos, pasaron años después a manos de empresas extranjeras".

Pero sigamos leyendo para comprender hasta qué punto nuestros gobiernos *infrascistas* —único término que se les podría aplicar—, y sus voraces intermediarios, y sus sabios jurisconsultos a doble soldada, siempre han procedido como Esaú. En 1910 el doctor Rafael Max Valladares, prestanombre de la Bermúdez Company —¡¡Bermúdez Company!!—, "suscribió un contrato con el Ejecutivo, por el cual adquirió el derecho de explorar y explotar las mismas zonas que en el contrato Tregelles se reservaba el Estado, o sea: las de la Península de Paria, el Distrito Benítez del Estado Sucre, y el Municipio Pedernales e islas adyacentes del Territorio Delta Amacuro. Los impuestos a pagar eran los mismos del contrato con Tregelles, pero el plazo de duración fue aumentado a 47 años. Cuatro días después de suscrito ese contrato, el testafierro se lo cedió a la Bermúdez Company, filial de la General Asphalt".

\* \* \*

Sin embargo, eso no era todavía bastante. En el transcurso de dieciocho meses el Ejecutivo Federal "negociaba" y suscribía un segundo contrato con Valladares. "El concesionario adquirió —2 de enero de 1912— el derecho de explorar y explotar el subsuelo de los Estados Sucre, Monagas, Anzoátegui, Nueva Esparta, Trujillo, Mérida, Zu-

lia, Lara, Balcón, Carabobo y Yaracuy. El área abarcada por esa monstruosa concesión era de 27 millones de hectáreas (alrededor de 68 millones de acres).

“Las condiciones estipuladas fueron: un bolívar por hectárea, como impuesto superficial; un *royalty*, o regalía, de 2 bolívares por tonelada métrica de mineral bruto producido; y el 50% de importación que pagaban los productos refinados. A los dos días de suscribirse el contrato, el doctor Valladares lo cedió a otra filial de la General Asphalt, camuflada detrás de un rótulo de estreno: The Caribbean Petroleum Company”.

Semejante atraco, “uno de los más escandalosos de la industria petrolera internacional, caminando sobre los rieles bien aceitados del cohecho y la corrupción”, se consumó en diez días, sin que de nada valieran disposiciones legales expresamente violadas. En efecto, según la Ley de Minas de 1910, entonces vigente, “la extensión máxima de lotes otorgables en exploración era de 800 hectáreas, y la concesión Valladares abarcaba 27 millones, dentro del perímetro de doce Estados de la República”.

“Tierras de la nación y de particulares —agrega Betancourt—, baldíos y ejidos, todo lo explotable en el área de los doce Estados fue concedido en esa oportunidad, por acto ejecutivo que supera a cuanto pudo ocurrírsele a la imaginación más disparatada y antivenezolana”. ¡Y todavía, “mediante una liberal distribución de cheques entre funcionarios venales”, el contrato Valladares mereció que en 1922 se extendiera el plazo de vigencia hasta 1943!

\* \* \*

De acuerdo con lo que en páginas subsiguientes demuestra detalladamente nuestro autor, “este extraordinario filón”, estas y otras concesiones inalicificables a nombre de intermediarios nativos —*natives*, como dicen despectivamente los anglosajones—, “rindieron, al cabo de pocos años, torrentes de petróleo y astronómicas cifras de millones de libras esterlinas y de dólares a sus usufructuarios”.

La Royal Dutch Shell —el gran monopolio británico de Sir Henry Deterding— se entendió sobre la marcha con la feliz detentadora de contratos, The Caribbean Petroleum Company; y muy bien asesorados los caballeros de habla inglesa por ilustres doctores en derecho, no precisamente de Oxford ni de Harvard sino de Caracas, consiguieron la gracia y el favor de jueces y magistrados, incluso los de la Corte Federal y los de Casación, sin excluir al Procurador General de la República, para que las *inversiones* fuesen todavía más atractivas.

Merced a jueces y asesores de tal manera bien dispuestos, que no movían un dedo sin la anuencia del “Jefe” Gómez, se declararon inconstitucionales, con fecha 27 de junio de 1912, los artículos 40 y 42 del Código de Minas, “los cuales acordaban un 33 y medio por ciento del producto líquido de las explotaciones del subsuelo al poseedor superficial”. O sea que los contratistas, “a partir de esa sentencia, no negociaron sino con un solo socio, complaciente, entreguista y venal: el dictador y su clique gobernante”.

Bien es cierto, y así lo reconoce un hombre tan enterado como Betancourt en cuestiones sociales y económicas, que “a la larga la conveniencia nacional ha coincidido con el dictamen de 1912, porque en definitiva es la nación quien debe beneficiarse del petróleo, y no individuos o corporaciones aisladas”. Pero en este caso “los beneficiarios de la riqueza minera en un país en estado de indefensión”, los cazadores extranjeros de concesiones leoninas, fueron los únicos que sacaron positivo provecho de la sentencia de la Corte, con perjuicio de grandes y de pequeños propietarios venezolanos, ocupantes de baldíos o de ejidos municipales, “a quienes favorecían los artículos suprimidos de un plumazo”.

De esa manera, “ya franco el camino, por él se lanzó, vorazmente, la caravana de los subastadores del subsuelo venezolano”, en contubernio la sanguinaria, bendecida y condecorada dictadura gomecista con los grandes consorcios del exterior.

\* \* \*

Sería imposible sintetizar, en unas cuantas cuartillas, lo que respecto a política, sangre y petróleo escribe Betancourt —con su autoridad de ex Presidente y como ciudadano de Venezuela— en 900 páginas de texto apretado, en el que no se desperdicia una frase ni sobra una línea. Sirva lo que llevo dicho o transcrito para tener una idea de lo que significa este volumen, al que además refuerza el autor con cifras y cuadros estadísticos incontrovertibles, de suprema elocuencia para los que quieran ver sin antiparras la razón

y la justicia de nuestra succionada Hispanoamérica.

Pero ya no hay tiempo ni espacio para dar aquí más detalles, realmente inconcebibles, acerca de la forma en que se siguió haciendo el reparto de nuevas concesiones, ni para señalar en estas líneas a los parientes y "socios" del dictador, ni para reunir y totalizar el monto de los contratos que obtenían y traspasaban, sin asco de sí mismos ni dolor de patria, los aprovechados "quislings" de la explotación petrolera, tanto a los magnates de Londres como a los de Wall Street.

Baste repetir, en resumen, que a todo eso se refiere el ilustrado estadista venezolano, con acopio de datos, documentos y anotaciones que llegan hasta nuestros propios días. Y al cotejar números, al entrar en los guarismos que por su naturaleza son ajenos a la demagogia, al comprobar que la situación real de las grandes mayorías venezolanas poco difiere de la época de la colonia —a pesar de la danza de los millones—, no queda más remedio que insistir en la autocrítica, con tanta o mayor severidad que en la crítica de los extraños.

Así comprenderemos que nosotros mismos somos más responsables de nuestra condición de parias, que los gobiernos y los consorcios extranjeros. ¡Nosotros mismos, por no defender y vigilar lo propio, con un amplio y hondo sentido de patria; por no estar en lo nuestro, en tanto que sí están en lo suyo los monopolios internacionales y sus metrópolis imperialistas!



Más lamentable resulta todo esto tratándose de Venezuela, si recordamos que muerto Gómez en 1935, aunque sólo a medias estuviese sepultado, bastó una década para que la ciudadanía, bien dirigida, demostrara su plena capacidad para ejercer sus derechos y para cumplir sus deberes, bajo un sistema ejemplarmente democrático. Entonces tuvo más fuerza la preparación de los nuevos dirigentes —su inteligencia, su honradez, su decisión en el gobierno—, forjados estos hombres en la clandestinidad, en la cárcel o en el destierro, que la miseria moral, el afán de lucro, la ineptitud o la inconciencia de los viejos políticos.

Libertad, democracia, justicia social sin extremismos, limpieza en el manejo de los caudales públicos, oxigenación, en suma, ese fue el aporte, esa fue la siembra y la contribución que el movimiento revolucionario le ofreció y le cumplió a la patria de Bolívar, a partir del mes de octubre de 1945. Pero, sobre todo, planeación económica, coto a nuevas concesiones petroledas, planteamiento franco a los consorcios de que había terminado la etapa del complejo entreguista y de la explotación desenfrenada del país.

Sería necesario adoptar nuevos sistemas de tributación; importar a Venezuela, no sólo mercancías, sino también el nuevo trato; hacer que se cumplieran, efectivamente, los postulados de la buena vecindad. Se pudo llegar en esa forma al arreglo equitativo del 50-50, que sirvió después de modelo en el Medio Oriente, aumentándose además los salarios y las prestaciones a los obreros.<sup>1</sup>

Así, durante tres años, hasta la traición militar

---

<sup>1</sup> Dicha fórmula se fijó en el 60-40, a partir de 1959.

del 24 de noviembre de 1948, con libertad, con democracia, con inteligencia, con patriotismo, con justicia social, dio Venezuela su gran paso hacia adelante.

Había que *sembrar el petróleo*, y empezó a sembrarse: producción planificada; política crediticia de alimentos; Banco Agrícola y Pecuario; mecanización y riego; reforma agraria; la Flota Mercante Grancolombiana; plan articulado de industrialización; "Escuela y Despensa", ejes de la reforma educacional; política de la vivienda con meta prefijada; reforma administrativa, monetaria y bancaria.

\* \* \*

A partir del golpe castrense ha vuelto la tierra del Libertador al paso atrás, a las concesiones, al entreguismo, a las torturas infamantes, al encarcelamiento en masa de patriotas, a la época de Gómez.

Indignación y pena causan los testimonios que publica el señor Betancourt sobre los horrores que se cometen, principalmente en campos de concentración como el de Guasina, lo cual demuestra que el Continente de la Libertad "también tiene su Dachau".

Pero nuestro autor no pierde la fe. El capítulo final de su gran libro, con muy buenas razones, es un análisis certero de lo que somos y de lo que podemos ser, lleno de esperanza y de optimismo. Su última frase recoge el pensamiento de muchos hispanoamericanos, entre los cuales tengo la honra de contarme. Leámosla:

“Y es por todas esas razones que estampo aquí, como resumen de un libro tan extenso, esta afirmación categórica: Venezuela volverá a ser, en un inmediato porvenir, Patria esclarecida y venturosa, con gobiernos democráticos y de raíces populares; y en lo internacional, nación empeñada en la tentadora empresa de contribuir a una eficaz articulación de ese vasto archipiélago de dispersas Repúblicas, deprimidas y menospreciadas, que es la América Latina de nuestros días”.

Nota.—Ojalá que el Presidente Betancourt, en esta segunda administración suya, logre mantener y fortalecer la tesis que señala en el párrafo transcrito, tesis bolivariana, tan en pugna con el monroísmo.

Y que para beneficio de nuestro “vasto archipiélago de dispersas repúblicas, deprimidas y menospreciadas”, se apoye más en los anhelos populares de Venezuela —y en los anhelos populares de las naciones hermanas—, que en lo que suelen apoyarse los tímidos gobernantes hispano-americanos.

Es grave su responsabilidad, por lo que ha dicho, por lo que ha escrito desde la llanura. Y de nuevo en el poder, viendo cómo han atentado criminalmente contra su vida, aumenta sin duda su destino histórico frente a presiones extranjerías, o frente a militares que mantienen sus privilegios y que siempre aspiran al mando.

¡Juzgar a los que sean desleales. Quitarles fuerza. No temerles! El pueblo es más fuerte que ellos.

Y el pueblo no pide sino lo mínimo a que puede aspirar el ser humano. ¡Lo mínimo en la república de mayor auge económico, de mayores ingresos fiscales desde México hasta la Argentina!

Valerse de esos ingresos para que Venezuela se pierda de vista en nuestra América; “sembrarlos”; bajar el costo de la vida; frenar el abuso de comerciantes de diversas nacionalidades, cuyas enormes superganancias se van al exterior; evitar que una inmensa mayoría de nacionales

—el 90% de la clase media en Caracas— tenga que entregar la tercera o cuarta parte de su sueldo al dueño del edificio o de la casa en que habita; darle entonces más alto valor adquisitivo a la moneda, y el petróleo y la honestidad del Gobierno estarán al servicio del pueblo venezolano —de su cultura, de su desarrollo, de su progreso—, sin temor a ideas exóticas ni a golpes de cuartel.

Mayor aún será el gran salto adelante en la tierra de Bolívar —para su salubridad, sus institutos de educación, sus carreteras, sus industrias, y como ejemplo a seguir en los demás países hermanos de nuestra América Latina— cuando también resuelva el Gobierno cobrar sobre utilidades al enorme monopolio extranjero que extrae y exporta, con mínimos tributos, millares y millares de toneladas del mineral de hierro que produce, en forma extraordinaria, aquel fecundo suelo.

¡Así sea, para merecido bien de Venezuela y prestigio de su gobernante!—V. S. Agosto de 1960.

## PALABRAS DE DESPEDIDA A ROMULO GALLEGOS <sup>1</sup>

**D**ESPEDIMOS con emoción, en este gratísimo convivio de lo mejor de nuestra América, de lo mejor de nuestra auténtica España, al maestro, al novelista, al hombre de Estado, al amigo entrañable Rómulo Gallegos.

Víctima de un golpe castrense, de una traición cuartelaria, el gobernante que había llegado al poder en febrero de 1948, electo por una inmensa mayoría del pueblo venezolano, ha tenido que vivir diez años en el ostracismo, buena parte de ellos en la hospitalidad de México.

Su caso ha sido el de millares de compatriotas suyos. Y de colombianos, nicaragüenses, dominicanos, peruanos, paraguayos, haitianos, cubanos, argentinos bajo Perón.

¡Hombres y mujeres de esta América indolatina o indohispana, que tanto ha sufrido en su lucha incesante por la libertad; hermanos nuestros en Miranda, en Bolívar, en Morelos, en Sucre, en San Martín, en Morazán, en Juárez; hermanos nuestros en la figura siempre luminosa de José Martí, casi llegaron a sentirse apátridas en lo inconmen-

---

<sup>1</sup> Hotel Prince, México, D. F., 22 de febrero de 1958.

surable de nuestra propia tierra hispanoamericana!

A los que no tomaron el camino del destierro, se les llevó a la cárcel, al cepo infamante, a la tortura sin nombre, al asesinato, al campo de concentración.

No fue otro el signo de los republicanos españoles, antes y después de la segunda guerra mundial, cuando se le enfrentaron a la invasión nazi-fascista en 1936; y desde entonces hasta la fecha, a la dictadura totalitaria del generalísimo don Francisco Franco.

Igual malaventura, como si sólo estuviésemos unidos en el infortunio, ha prevalecido en la mitad de nuestras veinte repúblicas a poco andar de aquella gran conflagración, en la que entraron las potencias democráticas por principios inmutables de justicia y de respeto a la persona humana.

Perdimos, pues, la guerra, que ganaron efectivamente los totalitarios. La perdió España, el único país de Europa que supo detener a Hitler y a Mussolini durante 32 meses, a costa de un millón de vidas. La perdimos nosotros, a pesar de la Carta del Atlántico, la Carta de San Francisco, la Carta de Bogotá, la Carta Universal de los Derechos del Hombre. E iríamos de mal en peor con el signo adverso de la dictadura y con sus poderosos asociados del extranjero, si no estuviesen decididos los pueblos hispanoamericanos a ganar por fin su independencia, y a ganar por fin su libertad.

¿Pero cómo? No ciertamente con el respaldo de las Naciones Unidas, que sólo han tenido juristas y gramáticos para inventar el término de

“genocidio”, pero no para evitar lo que eso significa. Ni con el apoyo de la Organización de Estados Americanos, flamante entelequia que mira más a Washington que al resto del Continente. Sí, en cambio, con uñas y con dientes, con palos y con piedras, a pecho descubierto, contra tanques, ametralladoras y aviones de manufactura conocida, no precisamente de la buena vecindad.

Así procedió el pueblo de Bolivia. Así el pueblo de Colombia, al que le temen los políticos oportunistas. Así se lucha en Cuba. Así acaba de ganar su gran batalla el pueblo venezolano, que ha vuelto a ser, para su gloria, el pueblo heroico del Libertador.

\* \* \*

Bien es verdad que huyen al exterior los dictadores, conforme van cayendo, cargados con cuanto pudieron arrancarle al fisco, o con el producto de lo que negociaron, de lo que vendieron: pedazos enteros de patria. Pero su castigo está en las voces de execración que escucharán mientras alienen. Y su más lamentable deshonra la observamos todos en su fuga ignominiosa.

Tan rápida, tan veloz fue su escapada cuando les llegó la hora, que iban dejando en el camino sus botas federicas, sus espuelas y demás atuendos de lo que mal se conoce por carrera militar, pues en lo que a estos prófugos concierne, antes tiene de carrera, que de militar, el oficio que escogieron de desvirtuar el uso de las armas.

Al pensar en ellos, que nunca manejaron ejércitos en defensa de su patria, sino cuerpos de “se-

guridad" y de espionaje para sembrar la muerte y la desolación entre sus conciudadanos; y al ver la forma desairada en que tomaron las de villadiego, se me viene a la memoria lo que escribió Montalvo refiriéndose a Borrero. Cabe advertir, sin embargo, que no era el inculpado jinete de batallón, ni hombre de guerra, lo cual explica que una y otra vez lo echase abajo su cabalgadura. Decía el ilustre ecuatoriano:

"El decoro nos salva de la ridiculez. Julio César, cosido a puñaladas, no piensa sino en morir decorosamente: estira la esquina de su manto, se cubre como rey, y cae en postura decente a los pies de la estatua de Pompeya. ¡Así procuraran cubrirse todos los que ruedan por el suelo a los embates de la suerte, y no mostraran, como adrede, las reservas del cuerpo, para que su derrumbamiento cause risa! Un presidente de los nuestros no es un emperador romano: mas no por esto se ha de poner a dar zapatetas en el aire, de medio arriba vestido y de medio abajo desnudo".

Muy distinta fue la actuación de Rómulo Gallegos, Presidente civil, civilizado y civilizador. No atormentó a nadie. No desterró a nadie. No fusiló a nadie. Por su culpa ninguna madre lloró la muerte de su hijo, ni tuvo que vestir luto ninguna esposa por el sacrificio de su marido.

Manejó millones de bolívares. Y cuando se hizo necesario ampliar su casa de habitación por menesteres de la presidencia —según lo escribí hace algunos años—, arregló sus derechos de autor con una editorial argentina, para que no se emplearan fondos del erario, —que lo son del pueblo— en una propiedad privada.



Agregué yo en otro trabajo hasta qué punto, de qué manera ejemplar Rómulo Gallegos, con lealtad absoluta a su privilegio de intelectual, que es fuerza superior y no de bajas pasiones, mantuvo limpias sus manos del oro que mancha y de la sangre que corroe las entrañas de América.

\* \* \*

Esa es la calidad de Presidente, esa es la clase de gobernante que necesitamos y que queremos los hispanoamericanos, con perdón de mister John Foster Dulles, en cuyo concepto esa no es la clase de gobierno que conviene a los intereses de los Estados Unidos.

Así lo declaró —todos lo hemos leído—, con alabanzas increíbles para el coronel y ahora general depuesto Marcos Pérez Jiménez. Y tuvo a bien ratificar criterio tan realista —para no llamarlo de otra manera— el Presidente norteamericano mister Eisenhower, cuando decidió enviarle al torturador de Venezuela la más alta condecoración que puede conceder la Casa Blanca.

Tocante a la salida de Gallegos, como quería Montalvo para los Presidentes del Ecuador, la hizo con el más alto decoro, limpia, levantada y noble la cabeza, en contraste con lo que está sucediendo a los que le arrebataron el poder. Se explica en las palabras liminares de la invitación a este homenaje, que no se rindió el gobernante ante las fuerzas de la traición cuartelaria, no obstante que lo tenían rodeado y prisionero en su casa, ni pudieron los mandobles arrancarle su renuncia a la presidencia constitucional de la República.

Se le sacó entonces del país, con lujo de fuerza; pero conservó incólume su posición legítima de Presidente. Y como Presidente Constitucional de Venezuela se le ha considerado en el exilio.

Por su visión, su honradez y su firmeza; por su ética insobornable como Jefe de Estado, ocupa el gran novelista sitio de honor entre los hombres-guías de nuestra América.

Por su claro talento, por su vida y por su obra, por sus brillantes dotes de orientador y de maestro —como don Andrés Bello, Lastarria, Sarmiento, Hostos, de la Luz y Caballero, Varona, José Enrique Rodó—, pertenece a la historia de la más avanzada cultura hispanoamericana.

Y por su lealtad en el afecto, estará constantemente en el corazón de sus admiradores y de sus amigos, no importa la distancia, que en realidad no existe para el pensamiento ni para el sentimiento.

Emplearé de nuevo, para terminar, las últimas líneas del saludo que aparece en la invitación a este banquete: "Ahora vuelve el escritor a la vieja cuna de la Gran Colombia. Bien le vaya entre los suyos a Rómulo Gallegos, grande de América, símbolo de dignidad y de civismo. Con él estamos".

## SUPERVIVENCIA DE DON JOAQUIN <sup>1</sup>

**A** los 77 años de edad, en las últimas horas del mes de octubre de 1958, poco antes de oficiarse la primera misa en conmemoración del día de todos los santos, se apagó en mi pequeña Costa Rica la ejemplar vida luminosa de don Joaquín García Monge. Vendría con la siguiente aurora la conmemoración de los fieles difuntos. En ambas fechas simbólicas habrá entonces que rendirle tributo a don Joaquín: en una, por su sitio destacado en el santoral de la dignidad hispanoamericana; y en la otra, porque honrar y llevar en el corazón a los que ya pasaron, si fueron ciertamente fieles y dejaron sembrada entre nosotros su semilla de luz, es proclamar como hecho válido que la obra del espíritu prevalece por sobre la extinción de la materia.

Dicho en forma diferente, hay muertos insig-nes que no mueren, que siguen y seguirán viviendo, que se inmortalizan, antes bien, cuando toman la barca mitológica que los conduce a su descanso eterno.

De esos muertos con vida perdurable tiene la

---

<sup>1</sup> "Cuadernos Americanos", Año XVIII, N<sup>o</sup> 1, Enero-Febrero de 1959.

cultura hispánica, entre los primeros, a nuestro don Joaquín: el paciente, el apostólico, el infatigable cohesionador de voluntades, de ideas y de inquietudes, que pudo mantener vivo, cerca de cuatro decenios, el milagro de su *Repertorio*.

Tocante a su humildad sin fingimiento sean prueba estas palabras, dirigidas a don Ernesto Rodríguez en 1929, según carta que reproduce el escritor y catedrático de la Universidad de Costa Rica, Abelardo Bonilla, en su magnífica *Historia y Antología de la Literatura Costarricense*. Escribió en aquella fecha el maestro y compatriota inolvidable:

“Yo no tengo biografía. Aún no he hecho nada que merezca recordarse. Hace como cuarenta años que nací en Desamparados, en donde pasé al lado de mi madre mi niñez y la adolescencia. Hice los estudios primarios y secundarios en el Liceo de Costa Rica. Un día de tantos, se le ocurrió a don Justo Facio mandarme a Chile, a hacer estudios pedagógicos. Pasé en aquel país tres años, del 1901 al 1904. Volví aquí con carrera de profesor, que a saltos y brincos he ido recorriendo. En el camino me ha tocado ser director de la Escuela Normal y Secretario de Instrucción Pública. En ninguna parte he hecho nada. Ahora me refugio en la Biblioteca, sabe Dios hasta cuándo, mientras llega la hora de morir, que es la mejor. Hace como diez años me casé. Tengo un hijo que es toda mi ilusión. Si en algo he servido al país es con las ediciones. La *Colección Ariel*, *El Convivio* y *Repertorio Americano* anduvieron y andan por el mundo, diciendo que en esta minúscula Costa Rica ha sido posible crear un hogar intelectual,

una fundación de fraternidad espiritual entre las gentes de habla castellana. Por este lado y por el de la pequeña obra literaria que haya realizado (*El Moto, La mala sombra*, etc.) tal vez me recuerden los venideros en la familia y en la patria”.

\* \* \*

Así, tan bella y tan humildemente escribía don Joaquín en 1929, y así escribiría quince, o veinte, o casi treinta años después. Modestia igual es difícil encontrarla en hombres de letras y otras artes, muy dados a encumbrarse, mirar de reojo y ofuscarse frente a quien no sea de su capilla o credo.

Mas no he de hablar aquí de vanidades, sino de la modestia consubstancial en García Monge. Ya lo hemos leído: “En ninguna parte he hecho nada”. ¿Nada? Las ediciones. Una pequeña obra literaria. Un hogar intelectual entre las gentes de habla castellana. Y concluía: “Tal vez (por eso) me recuerden los venideros en la familia y en la patria”.

Excuso decir que con preceptores de tan alta categoría ética y humana como él, Brenes Mesén, Omar Dengo, Montero Barrantes, don Napoleón Quesada, don Juan Dávila, don Justo Facio, tantos ilustres y sabios profesores más, igualmente desaparecidos, tuvimos los estudiantes costarricenses de mi generación —¡cómo han pasado los años y los lustros!— un grupo magisterial tan excelente, y no exagero, como acaso sólo lo haya en La Sorbona. Respetuosa admiración por ellos. Y al dejar las aulas, amistad sincera, gratitud ilí-

mite del alumno a su mentor, cariño entrañable para el resto de la vida.

Eso sentía yo por García Monge, por su bondad, su generosidad, su estilo paternal: cariño entrañable, que en mis viajes al solar nativo me llevó siempre a visitarlo. ¡Su emoción al abrirme la puerta! ¡Su sorpresa por cogerlo desprevenido! ¡Su sonrisa grata! Y nos uníamos en un estrecho abrazo, aún más estrecho cuando llegaba la hora de la despedida. Después, sus letras, su peculiar estilo cortado:

“27 Julio 55.—Mi muy querido Vicente: Yo soy y llego a pedirle disculpas por mi tardanza en escribirle. Así me pasa con todos. Viera qué mal quedo con mi correspondencia. ¡Trabajo tan *solo!*”

Subrayaba el adjetivo *solo*, porque no le era posible tener secretario, ni mecanógrafa, ni mozo de mandados. Para esos lujos no le alcanzaba. Todo lo hacía él mismo en su pequeño despacho: desde reunir el material hasta corregir las pruebas de su *Repertorio*, haciendo a veces equilibrio, porque ya no cabían los libros ni los papeles recién llegados en su atiborrada mesa de trabajo; y llevar las cuentas de su mínima contabilidad, generalmente al *Debe*; y trasladarse también al correo con su menudo paso, “porque no hay más remedio que ir a firmar por tantas cosas certificadas que me llegan”.

\* \* \*

¿No es acaso para conmovirse el apostolado heroico de este gran costarricense, prócer de las buenas letras que no producen, santo de la abne-

gación y del sacrificio, en mitad de este siglo de las máquinas, los consorcios, los anuncios bien pagados, la demanda de intelectuales que se alquilan, el lucro y la comodidad a todo trance?

Sin embargo, jamás escuché de sus labios palabras de reproche contra nadie, que expresaran rencor o amargura. A lo sumo, en alguna de sus cartas “telegráficas”, epístolas sintéticas de diez renglones, se dolía de nuestro inexplicable ambiente —“este polo de indiferencia en que aquí se vive”—, tan distinto del clima de oxigenación mental y moral que él deseaba para nuestra patria.

¡Desvío, indiferencia! Estos eran sus más fuertes vocablos, no obstante que lo tenían en realidad aislado, que se le ignoraba, que personas de mucha beatitud y viso lo señalaban como “peligroso bolchevique”, y aun pretendían sus gratuitos adversarios negarle importancia al *Repertorio*.

Pero cerraba don Joaquín los ojos, se tapaba los oídos, se alumbraba con la luz de su propia conciencia, y seguía trabajando en lo suyo, en lo nuestro, en la cultura, en lo profundamente humano, en lo realmente justo, como Dios, su tenacidad y su heroísmo se lo permitían.

\* \* \*

Al final de la carta que he seleccionado para bordar esta semblanza de García Monge, y que la escogí no sólo por lo que nos enseña de sí mismo, sino, además, por su extensión sorprendente de 26 líneas, me contaba del homenaje al poeta sin par,

a la sazón recientemente fallecido, Andrés Eloy Blanco:

“¡Cuánto nos ha dolido su ausencia!” Y en medio de su pena sentíase don Joaquín muy complacido con los trabajos de Diego Córdoba, Luis Eduardo Nieto Caballero —cumplió asimismo su jornada, sin torcerse, este varón incorruptible de Colombia— “y un poemita de don Alfonso Reyes, que Dios se lo pague”. A continuación me explicaba, lleno de congoja:

“Lo suyo ya lo tengo levantado (ya está en prueba), pero no faltan contrariedades. A última hora me perdieron el original en la imprenta, y me hallo con que no puedo corregirlo. ¿Le sería posible mandarme una copia? Hágame el favor y discúlpeme. Espero unos días su respuesta, porque en mi modesto homenaje al gran don Andrés Eloy, aunque el número se retrasara, no puede faltar su preciosa colaboración. ¿Me disculpará? Y mándeme más. Usted es de los encargados de explicar muchas cosas a estas patrias. Para eso tenemos el *Repertorio*, aunque este año 1955 ha sido fatal para la revista. Viera con qué lentitud salgo ahora. Pero no me detengo”.

Y no se detuvo don Joaquín sino al borde mismo de la tumba, siguiendo a Mario Sancho, Brenes Mesén, Clodomiro Picado, muertos más bien de frío del alma que de mal del cuerpo, en la inclemencia de la estepa.

Mas en el caso de García Monge, frente al “polo de indiferencia” de que ya se hizo mención, tuvo el contrapeso espiritual de un mundo invisible que lo rodeaba; que se hacía presente; que lo apoyaba desde lejos; que le daba vigor y ánimo en



centenares de cartas y de recados, como para no desfallecer ante el despego —que tanto duele— de lo más querido por más propio y más cercano.

\* \* \*

Cabe advertir, sin embargo, que toda esa corriente epistolar no era sino el mensaje individual —íntimo podría decirse— que sus admiradores y amigos le enviaban a don Joaquín como tributo. Algo menos reservado se logró hacer en junio de 1945, cuando un reducido grupo de escritores, con varios meses de retraso, resolvió celebrarle al *Reportorio* sus bodas de plata. Y algo más se pudo realizar en enero de 1946, al publicarse el N° 1000 de la benemérita revista.

Pero eso no era bastante. Había que reunir las voces dispersas del habla castellana; convocar a los más prestigiados valores culturales de Hispanoamérica y de la auténtica España; sentarlos a pensar y a escribir sobre García Monge; y ofrendarle así el mejor lauro —esencia del espíritu— que se pudiera poner en las manos puras de aquel hombre excepcional, todo bondad y limpieza de corazón.

¿Mas cómo hacerlo? Otro maestro de nuestra América, otro gran sembrador de ideales y de cultura, don Jesús Silva Herzog, concibió la noble empresa, la puso en marcha, expidió las invitaciones al sin igual convivio, y en enero de 1953 ya tuvo reunido, en preciosa edición de sus *Cuadernos Americanos*, a lo más selecto de ese mundo invisible que con su pensamiento, su amistad,

sus cartas y sus recados, apoyaba desde lejos a García Monge.

No pudo venir don Joaquín a recoger su galardón en México. Pero hasta su acogedor hogar del *Repertorio*, hasta su modesta casa en San José de Costa Rica, llegaron las adhesiones fervorosas, la estimación sin cortapisas, el hondo afecto de sus amigos, en 64 páginas emocionantes de la más autorizada revista contemporánea en idioma castellano, por lo que se refiere a decoro y altura de pensamiento. Allí, con García Monge, lo mejor de nuestra América y lo mejor de nuestra España.

“Voces de todos los países de nuestra lengua —decía Silva Herzog en sus *Palabras Finales*—; voces limpias y claras de muchos de los mejores hombres; voces que nos han llegado de lejanos territorios: del mar, del río, de las llanuras, de las montañas. Y las voces, claras y limpias, se han juntado en estas páginas en rendido homenaje de simpatía y de admiración al hombre bueno, al hombre grande de la pequeña Costa Rica”.

Ahora descansa, ahora duerme este hombre grande de mi pequeña Costa Rica, que reaccionó a la postre, en sus horas de agonía, honrándole como a benemérito de la patria. Pero ya dije al principio que García Monge es de los muertos con vida perdurable, porque dejó sembrada entre nosotros su semilla de luz, y porque la obra del espíritu prevalece por sobre la extinción de la materia.

## PALABRAS DE ADHESION A DON ISIDRO FABELA <sup>1</sup>

**E**N homenaje a un ilustre varón de nuestra América, el licenciado don Isidro Fabela, bien poco valen mis palabras, cuando la más conspicua intelectualidad mexicana le rinde tributo en el cincuentenario de su graduación profesional.

Me agrego, sin embargo, a esta gran fiesta del espíritu, en donde las viandas son el pensamiento impreso y el afecto que sus innumerables amigos le guardan a don Isidro, porque a ella se nos invita a varios escritores de diversas patrias hispano-americanas.

Vale decir, se nos franquea en México la entrada a lo más puro y auténtico de nuestra gran patria continental: la de Bolívar, Morazán, Juárez, Martí, unidos todos sin diferencias regionales, estrechamente cohesionados por un mismo sentimiento de admiración y de respeto a una recia figura, que ha sido adalid y paradigma del hispanoamericanismo.

No se festeja, por supuesto, al abogado que

---

<sup>1</sup> En el libro "Homenaje a Isidro Fabela", Tomo II, Universidad Nacional Autónoma de México, diciembre de 1959.

hace medio siglo obtuvo su título universitario, solamente por el título. Abogados los hay muchos, y no de fiar.

Los hay que retuercen Constituciones y otras leyes fundamentales, para darle viso legal a lo inconstitucional.

Los hay, con el Código en la mano, al servicio de algún sanguinario dictador y sus secuaces.

Lo hay, dejados de cualquier escrúpulo, defendiendo sin tasa ni medida los atropellos y los fraudes de algún consorcio extranjero, que paga tanto más de honorarios cuanto mayor sea la succión a la patria infortunada en que nacieron.

Los hay, y catedráticos también con el birrete puesto, muy esclarecidos alfabetos de la letra escrita; pero ciegos, pero sordos, pero analfabetos morales, incapaces de leer y descifrar lo que ocurre en lo hondo de la conciencia humana, angustiada, herida, atormentada por hechos y por hombres a quienes el intelectual, el orientador, el privilegiado de la inteligencia, está en la obligación de señalar y condenar.

\* \* \*

• Todo lo cual quiere decir que en don Isidro Fabela no se agasaja el cincuentenario de su abogacía, sino lo permanente, lo substantivo de su personalidad.

En otras palabras, se festeja al jurisconsulto por antonomasia, que armado de la ley aboga por el oprimido; al internacionalista que con el Derecho de Gentes como bandera, proclama su verdad sin titubeos; al juez incorruptible en la Corte In-

ternacional de La Haya; al estadista de visión certera.

Y al funcionario ejemplar que desde el Ministerio de Relaciones Exteriores, durante el régimen de don Venustiano Carranza; o en la Sociedad de las Naciones de Ginebra, bajo la administración del general Lázaro Cárdenas, supo enfrentarse dignamente a los poderosos de la tierra; condenar toda clase de agresiones; clamar por el respeto a Tratados solemnemente suscritos; salir en defensa de pueblos materialmente débiles, que sólo cuentan con la justicia y el derecho para oponerse al afán de dominio de las grandes potencias.

Sin embargo, eso no es todo: se le rinde homenaje, por añadidura, al escritor que desde su juventud, sin torcer jamás su línea, sin fugarse nunca de sí mismo para no comprometerse, supo cumplir su alta misión con nobleza y probidad realmente extraordinarias, en época de tantas cobardías, oportunismos y temores como los que tienen desquiciado al mundo.

Aquí estoy con *La Tristeza del Amo*, segunda edición, que prologó en Madrid Francisco Villaspesa en agosto de 1915, y que se imprimió en aquella villa y capital del reino en 1916. Pero advierte el licenciado Fabela, como excusándose de dar a la estampa sus primeros escauceos literarios: "Esta obra de mi primera juventud fue escrita entre los años 1905-1910". La cito por el tiempo transcurrido desde entonces. ¡Más de medio siglo!

Del mismo año 16 y editado en la misma capital española es *Arengas Revolucionarias*, en cuyas páginas exalta don Isidro las figuras de Morelos, Aquiles Serdán, Carranza, y da comienzo su

tesonera labor antiimperialista, al definir cómo ocuparon y cómo desocuparon los norteamericanos, en 1914, el puerto de Veracruz.

¿Después? *Los Estados Unidos contra la Libertad*, para mí obra-guía, libro de consulta desde hace muchos años, con estudios documentados de historia diplomática americana, en los que el autor se refiere a Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, Santo Domingo y demás países de nuestra hermandad hispanoamericana, subyugados por la diplomacia del dólar y por el "big stick" o gran garrote del binomio Washington-Wall Street.

\* \* \*

No obstante sus intereses personales, su posición política, su brillante carrera diplomática, seguirá pensando, seguirá escribiendo, seguirá reclamando justicia para Hispanoamérica, al revés de lo que suelen hacer en nuestro medio los que en busca de poder y de riqueza le toman el pulso al Tío Samuel.

Lo tendremos entonces dirigiendo revistas como "Mundo Libre"; colaborando en diversos periódicos; dando nuevos ensayos a la publicidad; recopilando sus trabajos hasta completar varios volúmenes, siempre en apoyo encendido de nuestros agraviados pueblos hispanoamericanos, de la democracia republicana española, de toda causa noble y generosa, sin preocuparse de los ataques que le puedan endilgar los fanáticos de la bomba atómica o de otros argumentos totalitarios, bien que pertenezcan al bando rojo, bien que se cobri-

jen bajo el manto protector del "Canciller Imperial" John Foster Dulles.

Y así, laborando incesantemente, tenemos aumentada su producción con *Neutralidad, Los Precursores de la Diplomacia Mexicana, Por un Mundo Libre, Cartas al Presidente Cárdenas, Las Doctrinas Monroe y Drago, La Conferencia de Caracas y la Actitud Anticomunista de México* (en Cuadernos Americanos y sobretiro posterior, mayo de 1954), hasta llegar a este año de gracia y jubileo profesional de 1958, con *Paladines de la Libertad, Historia Diplomática de la Revolución Mexicana* y el libro que tuve a honra cotejar y prologar, *Buena y Mala Vecindad*.

No creo necesario agregar nada más, pues los aplausos y las alabanzas no dan muchas veces la exacta dimensión de un hombre excepcional. Su obra —lo permanente, lo substantivo, como dije antes— es lo que cuenta. Y la obra de don Isidro Fabela está a la vista de sus contemporáneos, como sabrán también apreciarla y hacer válida su prédica los hijos y los nietos de los que ya vamos pasando.

## SUPERVIVENCIA DE DON ALFONSO REYES <sup>1</sup>

*Razones en las cuales se explica por qué no obtuvo  
el Premio Nóbel*

**A**L terminar don Alfonso Reyes su luminoso recorrido, no para hundirse en la muerte sino para elevarse hasta la inmortalidad, lamenté en breves declaraciones periodísticas que no se le hubiera concedido el premio Nóbel.

Si alguien lo merecía —y que me perdonen Quasimodo y míster Churchill— era el gran humanista mexicano. Ahí están como testimonio sus **OBRAS COMPLETAS**, cuyos primeros diez tomos lleva publicados el fondo de Cultura Económica, a partir de 1955, en que cumplió don Alfonso cinco decenios de fecunda vida literaria.

También pudieron haber obtenido igual galardón José Enrique Rodó, Rubén Darío, González Martínez, entre otros insignes creadores hispano-americanos ya fallecidos, o el novelista Rómulo Gallegos, como símbolo ético y estético de los que

---

<sup>1</sup> "Cuadernos Americanos", Año XIX, No. 2, Marzo-Abril de 1960.



aún viven y producen en este Continente de habla y sentimiento hispánicos.

Pero. . . . . Y le pongo suficientes puntos suspensivos a la conjunción *adversativa*, porque en ellos se expresa lo que denota oposición, lo que está en contra nuestra, lo que nos es adverso o *adversativo*, según el diccionario de los eruditos en la lengua, a saber: Nuestra calidad de pueblos a los que se considera subdesarrollados, pobres, débiles; vale decir, inferiores a las superpotencias, o satélites de ellas, o supeditados a los grandes de la tierra.

Así se explica el desdén de Papini —desdén europeo— por la obra de creación hispanoamericana; y que se ignore o subestime la cultura de que bien podemos ufanarnos; que se desconozca el legítimo valor de nuestros máximos aedas, de nuestros ensayistas y de nuestros más ilustres escritores, en diversos géneros y disciplinas; que ni siquiera cuenten en jurisprudencia, no obstante sus aportaciones al Derecho Internacional, tratadistas como Alberdi, Calvo, Drago, Estrada.

Y lo de ser parientes pobres que producen la vianda, y casi la obsequian, y sirven además la mesa en el banquete de los potentados, explica también que los suecos miren hacia las metrópolis y nos dejen a la zaga tocante a premios como el que ellos disciernen y distribuyen.

Por supuesto que en la carrera de las letras —ojalá fuese únicamente en los deportes— nos ganan hasta los Estados Unidos, cuya literatura podrá ser igual, pero en ningún caso superior —*siete veces superior*— a la de veinte repúblicas

de tradición e idiomas romances, que sólo el lauro para Gabriela Mistral han merecido.

¿Por qué extrañarse, sin embargo, de lo que hace Estocolmo en relación con la literatura, si también y verbigracia nos toca la de perder incluso en principados eclesiásticos, a pesar de lo devotamente católicos que son los pueblos hispano-americanos?

¿Cuántos Cardenales hay de potencias super-industrializadas, pero mayoritariamente protestantes?

¿Y cuántos hay de nuestros países, ciertamente en la indigencia, pero con más de ciento sesenta millones de católicos?

\* \* \*

Mas ya vuelvo a don Alfonso Reyes, para que no pueda decirse que juzgo el mérito por los diplomas, ni la fe católica por el número de Cardenales, o que le estoy haciendo campaña a sabe Dios cuál arzobispo de mi amistad. Y al volver a don Alfonso, bueno es repetir algo de lo que escribí en su cincuentenario de escritor extraordinariamente ilustre.

Copiaré pues, sintetizando, que el pensador, el estilista y el maestro se mantuvo fiel a la madurez grecolatina, a todo aquello, dentro de la civilización occidental, que caracteriza al humanista por excelencia.

Cultivó magistralmente los más diversos géneros, con sus hondas raíces en el Acrópolis, ciertamente, pero dándole al mundo hispanoamericano la fragancia y la sombra bienhechora de su

enramaje, cargado de fruto, en esta atribulada mitad del siglo veinte.

Lo cual quiere decir que no se quedó en Grecia, ni en Roma, ni en el renacer o volver a nacer de los clásicos grecolatinos, sino que don Alfonso vivió paralela o simultáneamente nuestra época, con el hombre de entonces y de ahora y de todos los tiempos como sujeto esencial, como núcleo substantivo de la contienda humana.

Y así tenemos que se adentró en el dolor de los pueblos subyugados, comunidades de hombres; tuvo por ideal llegar a la paz y armonía entre todas las naciones del planeta; concibió el amor a la patria —a todas las patrias— como aportación del hombre y de la sociedad hacia lo universal; predicó la necesidad de luchar contra cualquier país imperialista y contra cualquier sistema de opresión; jamás negó su firma en manifiestos contra nuestras dictaduras o nuestros entreguismos, por considerar que “estos regímenes son inexplicables después de haberse derramado tanta sangre en el mundo, para que el hombre viva con dignidad, y que sólo se sostienen gracias al militarismo arbitrario, a ciertos intereses económicos que les suministran recursos pecuniarios, y a la tolerancia de gobiernos populares que siguen sosteniendo relaciones con tales dictaduras”. (Principales diarios mexicanos, 10 de noviembre de 1945.)

Fue, en resumen, dentro de su universalidad, profundamente mexicano, decididamente hispanoamericano e hispanista en su mejor sentido. Léanse como comprobación estas palabras de su artículo “España y América”, reproducido en parte

por su no menos ilustre compatriota don Isidro Fabela, y en las palabras explicativas a mi segunda edición de *Rompiendo Cadenas*:

“Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre; si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana”.

Sean estos apuntes sobre aspectos poco conocidos de la obra multiforme de don Alfonso Reyes, mi mejor homenaje al maestro y al amigo nobilísimo, que al morir ha entrado en la inmortalidad.

Nota.—Institutos, academias, intelectuales de renombre, han estado en comunicación con Suecia para que el Premio Nóbel de Literatura se le otorgue este año a Rómulo Gallegos. En mi respuesta sobre el particular al escritor y fraternal amigo Diego Córdoba, fechada el 12 de marzo de 1960, después de referirme a las principales novelas del maestro venezolano, recordé lo ocurrido al ilustre literato de México, don Alfonso Reyes, recientemente fallecido.

¿Y cómo explicar ese desdén —o esa ignorancia— por la obra de creación hispanoamericana? Reproduje entonces algunas frases esenciales de lo que escribí en este mismo trabajo, sobre “nuestra calidad de pueblos a los que se considera subdesarrollados”, puestos a la zaga “tocante a premios como el que los suecos disciernen y distribuyen”.

Debe advertirse, sin embargo —dije en mi citada carta—, “que muy pocos novelistas de alta talla en la época contemporánea —ingleses, franceses, rusos, españoles, estadounidenses— podrían sacarle ventaja a Rómulo Gallegos en la creación de personajes que vemos, sentimos,

palpamos, con quienes bien puede afirmarse que vamos tropezando en nuestro complicado clima o ambiente latinoamericano. Y por lo que se refiere a la calidad y hondura de sus novelas, no sé de ningún técnico en la materia ni de ningún miembro de nuestras diversas academias de la lengua, que haya cometido el desacato de impugnarlas, así difieran el pensamiento y la acción de algunos personajes de Gallegos —y el propio Gallegos— del pensamiento y la acción de no pocos y bien conocidos letrados, quienes a estas alturas del siglo veinte se pirran por seguir viviendo en la colonia”.

Se verá, por lo expuesto, que no debemos hacernos ilusiones en lo relativo a premios europeos para nuestros países. “Pero bien está que nos empeñemos en conquistar el sitio a que tenemos derecho en la cultura universal —y así terminaba mi carta para Diego Córdoba—, aunque sin la idea de que el mérito se tenga que juzgar por los diplomas. Pensemos los hispanoamericanos, en todo caso, que si grandes fueron y siguen siendo nuestras más altas figuras, entre ellas don Alfonso Reyes *sin el Premio Nóbel*, grande es y grande seguirá siendo nuestro Rómulo Gallegos, si se lo otorga o se lo niega la Academia Sueca de la Lengua”. — V. S., agosto de 1960.

## EPILOGO

SE REFIERE AL IDEARIO DE BOLIVAR, LA OEA  
Y LA REUNION DE CANCELLERES EN  
SAN JOSE DE COSTA RICA

## CARTA DEL SR. GENERAL LAZARO CARDENAS

México, D. F., 31 de agosto de 1960

Excmo. Señor Embajador de Venezuela  
Dr. Alirio Ugarte Pelayo,  
Ciudad.

Distinguido amigo:

Agradezco a usted el envío de su dilecta conferencia con motivo de la reorganización de la Sociedad Bolivariana de México.<sup>1</sup> Comparto su acertado juicio sobre la vigencia del pensamiento y acción del gran venezolano y prócer continental, como rutas de orientación y fórmulas salvadoras de la gran crisis que en la hora presente agita al mundo, y de la cual ningún Continente, ni nuestros propios países, pueden permanecer ajenos.

Bolívar, libertador de Colombia, conductor de Perú,

---

<sup>1</sup> Se refiere el Sr. General Cárdenas al discurso pronunciado por el Dr. Alirio Ugarte Pelayo, Embajador de Venezuela, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes, el 22 de julio último, al reorganizarse la Sociedad Bolivariana de México. Ese documento, realmente interesante y de profunda raíz en la Historia de las dos Américas, se puede leer completo en "Cuadernos Americanos", Año XIX, N<sup>o</sup> 5, Septiembre-Octubre de 1960, páginas 204 a 224.

padre de Bolivia y heroico paladín de la independencia y de la unidad de las Antiguas Colonias Españolas, desde el Congreso Hispanoamericano de Panamá, planteó el logro de la solidaridad, defensa y prosperidad de las repúblicas hispanoamericanas, en una Asamblea de Plenipotenciarios representativos, que con autoridad continental, procediera a la celebración de tratados por los cuales se respetase la soberanía popular de las nuevas repúblicas, se las defendiese de peligros comunes y se solucionasen conciliatoriamente sus diferencias.

Con razón autorizados biógrafos han opinado que "cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público... registrará con respeto los protocolos del Istmo... en ellos encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazara la marcha de nuestras relaciones con el universo"...

La continuidad histórica de nuestras luchas de insurgencia contra la dominación extranjera, que surgidas de la soberanía nacional culminaron en regímenes republicanos, plantea la gran tarea de llevar a la realidad económica, cultural y social, los principios teóricos de libertad, igualdad, justicia, orden y bienestar, que proclaman sus sistemas representativos, pues entre tanto existan mayorías oprimidas por la miseria, la ignorancia, las enfermedades y la inseguridad, estarán debilitadas las bases de la democracia política institucional, ya que la verdadera libertad no puede descansar sobre la desigualdad y la inestabilidad sociales.

En la etapa actual de expansión de la vida individual y colectiva, en la que las nuevas conquistas de la ciencia y de la técnica deben ser un patrimonio universal, es ineludible la solidaridad e interdependencia de los destinos comunes, de manera que los derechos fundamentales de las personas y de los pueblos, así como los factores



de injusticia o de inseguridad, dejen de acosar a sólo determinados individuos o regiones, para convertirse en amenaza a la tranquilidad y al progreso generales.

Decía Bolívar en su perdurable mensaje al Congreso de Angostura, en 1819, que: "la esclavitud es hija de las tinieblas... "el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad y... "el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de FELICIDAD posible, mayor suma de SEGURIDAD SOCIAL y mayor suma de ESTABILIDAD POLITICA".

Si en el siglo de Bolívar la amenaza de la Santa Alianza justificaba los apremios del Libertador por la unidad hispanoamericana, hoy no es menos urgente la solidaridad de nuestros pueblos, que desnutridos, analfabetos, enfermos y explotados, son pasto propicio de las ambiciones de hegemonía de los consorcios internacionales y de las grandes potencias económicas y militares que acaparan los recursos naturales, constriñen y descapitalizan los mercados domésticos, impiden nuestra industrialización y mandan en el mercado internacional, imponiendo los precios de nuestros productos de exportación y el de sus manufacturas de importación, a la vez que controlan la publicidad, forzan tratados mercantiles y de armamentos, prohijan dictaduras, combaten las reformas progresistas y agreden a la soberanía e independencia nacionales.

Aún no se recuperan las posiciones comerciales exteriores que afectó la segunda guerra mundial, por los obstáculos que los imperialistas oponen a la reestructuración de la economía de libertad, de seguridad y de paz, tan indispensables para el abandono de los viejos sistemas de coloniaje.

Ante estos apremios de la realidad, ¿cuál es la elevación que requieren los clásicos principios de libertad individual, de soberanía nacional, de unidad continental,

frente a la efectiva operancia de las tendencias aislacionistas e imperialistas?

El problema que usted plantea de la reestructuración de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, implicaría su encauzamiento hacia la corrección de las graves deficiencias nacionales, que mantienen divididos a los países hispanoamericanos o indolatinos en mayorías productoras y explotadas y en oligarquías dominantes, criollas y extranjeras, manejadas por consorcios económicos y financieros internacionales, que al amparo de las fórmulas democráticas, sustentan gobiernos tiránicos y plutocráticos.

Estas realidades sumadas a las experiencias de nuestras grandes gestas populares, llevan a pensar que la nueva estructuración de una organización internacional, debería basarse en la planificación económica, cultural y social de las diversas entidades con estructura agrícola, artesanado regional e industrialización retrasada, mediante la coordinación de los organismos productores de cada país para proveer a su conservación y prosperidad; realizar el rescate y aprovechamiento racional de sus recursos naturales y humanos; la liquidación de los latifundios y la organización de su industria y sus finanzas para la elevación de los bajos niveles de vida del pueblo, y para defender su integridad territorial y su independencia política.

La vigencia de nuestra democracia formal o sea de las libertades cívicas, es imprescindible de la igualdad real de oportunidades para el disfrute de los nuevos derechos colectivos, es decir de la coexistencia de la libertad y la democracia, dentro de la justicia social.

Sin el equitativo reparto de la riqueza, en relación con la calidad del trabajo productivo y la satisfacción

de las necesidades vitales, no habrá verdadera democracia.

Sin que desaparezcan los nuevos fueros y privilegios de las minorías al servicio de las grandes potencias, los postulados de las Cartas de la Organización de los Estados Americanos y de las Naciones Unidas, sobre la libertad e igualdad de los estados soberanos, serán cortinas de humo, tras las cuales la codicia de los mercaderes mundiales y de los productores de armamentos seguirá obteniendo astronómicas ganancias en la explotación y división de los pueblos, destinados al sacrificio en la nueva conflagración universal.

La reestructuración de la O.E.A., no precisa la revisión de sus magníficos postulados, sino la solidaridad básica de los pueblos semicoloniales del continente para la realización de las grandes reformas económicas, culturales y sociales, que requieren la capacitación de las masas miserables y oprimidas, la reivindicación de sus riquezas, la elevación de sus ínfimos niveles de subsistencia, para incorporar a su patrimonio vital los derechos universales de trabajo, educación, salud y seguridad.

Sólo en el cumplimiento coordinado y jerarquizado de programas que se propongan desarrollar amplios márgenes de bienestar popular podrán sustentarse los mercados domésticos, la interdependencia continental, la recíproca industrialización, la democracia orgánica y la convivencia de las veinte naciones iberoamericanas, que con sus doscientos millones de habitantes, en un territorio de veinte millones de kilómetros cuadrados, pueden constituir, con el gran pueblo de Washington, Lincoln y Roosevelt, el continente de la libertad, de la justicia, de la democracia y de la paz humanas.

Le ruego disculpar, mi distinguido amigo, comunique a usted las anteriores reflexiones, con el propósito de que

ellas contribuyan a que las generaciones presentes y futuras sean dignas de heredar la mística libertaria y el heroico ejemplo de nuestro inmortal Bolívar, que con nuestros grandes próceres siguen presidiendo los altos destinos de nuestras patrias frateras.

Lo abraza su amigo,

Lázaro Cárdenas.

## CARTA DEL SR. EMBAJADOR DE VENEZUELA

México, D. F., 9 de septiembre de 1960.

Señor General  
don Lázaro Cárdenas,  
Ciudad.

Mi muy respetado amigo:

La lectura de su importante carta fechada el 31 de agosto, supera cuanto pude ambicionar en la ocasión de dar lectura a mi discurso del 22 de julio, en el Palacio de las Bellas Artes.

El sentido de responsabilidad que usted ha derivado de su condición de prócer viviente de las más altas realizaciones de la moderna historia mexicana, el prestigio universal de su figura revolucionaria y la distancia que usted ha interpuesto entre la mayoría de los acontecimientos públicos y la invalorable reserva de su opinión, atribuyen a todo documento de su origen una trascendencia que, en este caso, usted acentúa al exponer con energía un cuerpo de doctrina correlativo a las ansias más profundas y a los requerimientos más urgentes de nuestros pueblos.

El haber provocado la manifestación de su criterio

sobre la importancia de actualizar el pensamiento de Bolívar, para colocarlo, como siempre debe estar, al servicio de la democracia progresiva de nuestra América, es el único título que haya logrado mi modesta condición de cifra anónima en la cauda de Bolívar. Por ello mi gratitud más devota.

Creo de mi deber ahondar, tanto en el contenido de mi discurso, como en la orientación de su carta y de las conversaciones que hemos mantenido gracias a su amabilidad, al exponer para usted, y para cuantos como usted piensan, la opinión que me merecen los recientes sucesos de San José Costa Rica, vistos a la luz de las ideas bolivarianas.

A ello me lleva tanto el común concepto de que en el pensamiento del Hijo de Caracas tienen nuestros pueblos su más elevada, militante y omnicompreensiva ideología, como el hecho de que recibiera de usted y de la Junta Directiva de la Sociedad Bolivariana de México, la encomienda de llevar a los doctores Roa y Arcaya el mensaje enviado por esa entidad a los Cancilleres americanos reunidos en San José. <sup>1</sup> Ese mensaje, firmado por

---

<sup>1</sup> Esta es la nota de la Junta Directiva de la Sociedad Bolivariana de México, que tuvo la bondad de llevar a Costa Rica el Sr. Embajador Ugarte Pelayo:

“Excelentísimo Señor Secretario General de la Reunión de Cancilleres Americanos.—San José, Costa Rica.

“Desde la patria de Benito Juárez, que fue con Simón Bolívar un heroico exponente de la libertad de los pueblos y de la lucha contra la intervención extranjera, los suscritos, en nombre de la Sociedad Bolivariana de México, se honran en hacer un llamado a los excelentísimos cancilleres de las repúblicas americanas reunidos en ese país hermano, para que se cumpla leal y estrictamente con los nobles postulados de la Carta de Bogotá.

“Por un lado la República de Venezuela ha sido víctima

usted, por don Rómulo Gallegos, don Jesús Silva Herzog y otras relevantes personalidades, a las cuales tuve la audacia de agregar mi nombre, fue un requerimiento de elevación, de amplitud y de justicia desgraciadamente perdido en mucho, por no decir que en lo fundamental, ante la miopía, insensibilidad y empecinamiento de unos u otros de los Cancilleres integrantes de la voluntad que finalmente predominara en la negativa Declaración de

---

de un atentado criminal que, como lo comprueban las conclusiones de la Comisión Especial de la OEA, constituye una clara violación de la soberanía y de la independencia política de la patria bolivariana.

“Por otra parte será considerada por los excelentísimos señores cancilleres la situación de un país que, como Cuba, está luchando por consolidar la integridad de su territorio, la soberanía de su estado y la independencia de su economía. Ese esfuerzo patriótico de Cuba merece la simpatía de todas las hermanas repúblicas del continente, por tratarse de una situación en que los principios generales y las normas básicas del derecho internacional deben prevalecer sobre los intereses particulares.

“La Sociedad Bolivariana de México tiene fe en que las importantes decisiones que al respecto habrán de tomar los excelentísimos señores cancilleres, en representación de sus gobiernos y de sus pueblos, no defraudarán la confianza depositada por éstos en la Organización de Estados Americanos.

“Mucho agradeceremos a usted se sirva dar lectura pública de este mensaje en las respectivas asambleas de la Reunión de Cancilleres, que se ocuparán de la queja de Venezuela y de la situación cubana.

“Por la Sociedad Bolivariana de México: Rómulo Gallegos y Lázaro Cárdenas, presidentes honorarios; Jesús Silva Herzog, presidente; Carlos Pellicer y Vicente Sáenz, vicepresidentes; Diego Córdoba, Alf Chumacero, Arnaldo Orfila Reynal, Elvira Vargas, Fernando Benítez, Alirio Ugarte Pelayo, Luis Cardoza y Aragón, vocales; Fedro Guillén, Secretario General.

México, D. F., 12 de agosto de 1960.

San José, tan apartada de las posiciones originales de países como México y Venezuela.

Todos hemos podido apreciar el claro triunfo obtenido por el Gobierno Constitucional de Venezuela al adelantar un proceso regular contra el régimen despótico que padece la República Dominicana. Cumplido dentro de las pautas constitutivas del sistema jurídico interamericano, este proceso puso en marcha los recursos jurisdiccionales idóneos hasta presentar a la Sexta Reunión de Consulta la evidencia substanciada por una Comisión de la O.E.A., de que el Gobierno Dominicano había configurado tipos delictuales expresamente definidos por el Tratado Interamericano de Río. A manera de tribunal, a la Reunión tocó aplicar la consecuencia jurídica correspondiente al supuesto de hecho inequívocamente establecido.

La situación fue demasiado clara para que pudiese prosperar la tesis de substituir la aplicación de alguna o varias de las sanciones establecidas en el artículo 8 del T.I.A.R. por una simple condenación moral, seguida de la celebración de elecciones en Santo Domingo. Absurda posibilidad que, de una parte, habría implicado una solución metajurídica, extraña a la letra y al espíritu tanto del T.I.A.R. como de la Carta de la O.E.A., y, de la otra, habría conducido a una de estas dos írritas situaciones: violar el principio de no intervención, de procederse sin el consentimiento del Estado Dominicano, o negociar con el mismo Gobierno que por unanimidad acababa de ser reconocido culpable, y con respecto al cual la sanción legal básica no podía ser otra que la ruptura colectiva de relaciones.

La firme actitud de Venezuela y el respaldo que en todo momento recibió de otros países, a la cabeza de los cuales estuvo siempre México, impidió que prosperase es-



ta maniobra. Pero no deja de ser digno de recuerdo el hecho de que, ya desde entonces, cuando menos dos Cancilleres del Sur demostraron su aptitud para "interpretar" y "comprender" los intereses que luego campearon, contra toda medida y equilibrio, a lo largo de los días angustiosos y tristes de la Séptima Reunión de Consulta.

Esta última reunión puso en evidencia las fallas y miserias del sistema interamericano. Acudiendo al lenguaje deportivo, podría decir que la mayoría de los Cancilleres se limitaron a desarrollar una pelea con su sombra. Lo grave está en que la sombra era la responsabilidad histórica eludida.

En mi discurso del 22 de julio, al cual usted ha honrado con tan generosa acogida, dije con toda claridad que era menester un cambio en la estructura y en los métodos de la O.E.A. Para entonces no había tenido oportunidad de ver directamente su funcionamiento. Ahora, cuando en calidad de Consejero Especial de la Delegación Venezolana, pude, sin voz ni voto pero con ojos y oídos, presenciar uno de los acontecimientos más calificados del sistema, no solamente ratifico ese concepto, sino que voy más lejos: para que puedan ser transformados los métodos y la estructura de la O.E.A., es necesario que muchos de nuestros pueblos alcancen niveles de progreso suficientes, para sustituir sus actuales Gobiernos plutocráticos y transaccionales por regímenes realmente representativos de los intereses y del destino de esos pueblos.

Dentro del marco actual de la O.E.A., con una mayoría de Gobiernos reaccionarios y antipopulares, en ciertos casos encubiertos por el manto formalista de procesos electorales de sentido incierto; ante la evidencia del enorme poder de los Estados Unidos, que gana de antemano con el respaldo incondicional de Gobiernos que son la expresión de los intereses imperialistas en contubernio

con las camarillas locales; con una serie de Cancillerías desprovistas de calidad intelectual, de solvencia política y de aliento histórico, funciones como la montada en San José dejan un regusto de impotencia, de dolor y de náusea.

No me queda duda de que el propósito fundamental de la Séptima Reunión fue el de obtener una condena para Cuba.

Como dicha reunión no fue convocada en virtud del Tratado de Río, al igual que la Sexta; como la actitud de Cuba hacía demasiado monstruoso un enfoque confesadamente unilateral de la controversia cubano-norteamericana; y como la actitud resuelta de países como México y Venezuela reveló de una vez la imposibilidad de consagrar, explícita y unánimemente, el objetivo incalificable, la Reunión se resolvió en sesiones secretas, en comités y sub-comités, en comisiones y sub-comisiones, todo dentro de una liturgia hipócrita, cuya finalidad fue un juego nominalista de conceptos para condenar a Cuba sin nombrarla.

La cuestión es evidente: la Declaración de San José, en lo que tiene de positiva, no es otra cosa que la ratificación en abstracto de los principios de no intervención de un Estado en los asuntos de otro y de autodeterminación de los pueblos. Pero en cambio, al acoger en sus numerales Primero y Segundo el grueso de los esquemas de imputaciones contra Cuba; al negar todo eco a los planteamientos cubanos, y al abstenerse de consagrar una garantía expresa al Gobierno revolucionario de Cuba, esa Declaración viene a ser cuando menos sobrina del aborto que desde Caracas preparó la erradicación del Gobierno democrático de Guatemala.

Por entenderlo así, Gobiernos como el de México, al explicar su voto en función de los principios tradicionales

del sistema, ratificados en la Declaración, y después de una noble lucha por fórmulas distintas a las finalmente consagradas, establecieron con toda claridad su desacuerdo con todo intento de aprovechar la Declaración en contra de la República de Cuba. Tal explicación de voto, que puede no ser jurídicamente una reserva, es eco de la sensibilidad herida de nuestros pueblos. Honor a quienes como el ilustre don Manuel Tello, frente a una aplanadora sobre cuya espesa estructura resbalaron todos los argumentos, pudieron levantar las últimas banderas de la equidad maltrecha.

El numeral Primero de la Declaración consagra: "Condena enérgicamente la intervención o la amenaza de intervención, aun cuando sea condicionada, de una potencia extracontinental en los asuntos de las Repúblicas americanas y declara que la aceptación de una amenaza de intervención extracontinental pone en peligro la solidaridad y la seguridad americanas, lo que obligaría a la OEA a desaprobirla y rechazarla con igual energía".

Correspondió a don Manuel Tello advertir que dentro de una campana neumática, semejante declaración significaba poco en el orden de la condenación de Cuba; pero que adminiculada con la campaña contra ese país hermano, podría ser una suerte de antecedente para una posterior invocación del T.I.A.R. en contra de Cuba.

Sin embargo, lo repugnante de ese número Primero no es lo que dice, pues en la condenación de todo intervencionismo, continental o extracontinental, todos estamos de acuerdo, sino cómo lo dice y, más aún, todo lo que calla.

Cómo lo dice, porque es un esquema unilateral del problema hecho para recoger las acusaciones contra Cuba sin referencia o eco alguno de los alegatos cubanos, con lo cual se confirma la parcialidad del criterio predomi-

nante. Y todo lo que calla, porque era la ocasión para, de manera noble y responsable, tender la mano a Cuba, darle una garantía expresa y anular en consecuencia la posibilidad de que pudiera producirse una intervención extracontinental aceptada por un país que fuese víctima de un ataque armado.

Porque Cuba había dicho con toda claridad que no es satélite de nadie; que rechaza toda manera de intervención extracontinental o continental en su soberanía; y que su anuncio de aceptar ayuda para defenderse de una agresión, estaba lógicamente condicionado a que esa agresión se produjese. Cuba habló de su derecho a defenderse y a recibir ayuda para defenderse de una agresión armada. ¿Es que tal agresión no sería atentatoria, ilegítima y monstruosa? ¿No era y no es deber de la O. E. A. garantizar a todos sus miembros contra tal agresión? ¿Por qué entonces no decir toda la verdad y sacar todas las conclusiones de esa verdad, cuando decir parte de la verdad es una de las peores maneras de mentir? Estoy seguro de que Cuba no se habría retirado de la Reunión de haberse consagrado esa garantía, como creo legítima su reacción frente a la cortina hermética que se opuso a todos sus argumentos.

El eminente político venezolano doctor Jóvito Villalba, jefe del Partido Unión Republicana Democrática (al cual pertenecemos el Canciller Arcaya y yo), analiza así esta cuestión:

“En sentir de URD, el artículo primero formula lo que consideramos una seria renuncia por nuestros pueblos a un elemento fundamental de su soberanía: el derecho de la legítima defensa. Esto quiere decir que si un Estado americano se ve agredido por una potencia continental o extracontinental, no puede solicitar ayuda de un país extranjero, como Francia, Italia o la misma España.

Una resolución así concebida disminuye la soberanía de la nación venezolana”.

El dispositivo Segundo de la Declaración dice:

“Rechaza asimismo la pretensión de las potencias chino-soviéticas de aprovechar la situación económica o social de cualquier Estado americano, por cuanto dicha pretensión es susceptible de quebrantar la unidad continental, poniendo en peligro la paz y la seguridad del Hemisferio”.

Al parecer, este dispositivo es una consecuencia “abstracta” de la redacción no menos “abstracta” del Primero. Pero como al consagrar éste quedaba comprendida la materia del Segundo, debemos entender que no estamos frente a ninguna generalización. Y en efecto, no lo estamos. En este dispositivo se atiende a varios propósitos. Se continúa *dibujando* el caso cubano a la medida de las acusaciones en curso, como parte de un proceso para una acción posterior. Ya no solamente se habla de una intervención militar extracontinental, sino que entre líneas se quiere presentar a la revolución cubana como una pretensión chino-soviética de aprovechar la situación de este país.

Pero hay algo más grave: la hipócrita técnica de las generalizaciones define en este caso un enfoque válido para todas las naciones americanas. Se dice: *la pretensión de las potencias chino-soviéticas de aprovechar la situación económica o social de cualquier Estado Americano*. No se dice nada más. La pretensión de *aprovechar*. No se dice para qué suerte de provecho. En consecuencia aquí cabe todo. Las relaciones económicas, las relaciones culturales, las relaciones diplomáticas con una potencia “chino-soviética”, pasan a ser más o menos delictuosas o, en todo caso, sospechables. Comprar un producto a México a precio más alto, vender otro a la Argentina a más

baja cotización, ofrecer cuando haya escasez, adquirir cuando haya abundancia, difundir films y libros, una visita de la Opera de Peking o del Ballet de Leningrado, ejercer el derecho de Legación, todo puede ser comprendido en esta fórmula conceptualmente pobre.

Hay más aún: ¿Qué va a significar este lenguaje en manos, en bocas y en cárceles de los veteranos de la simulación y de la violencia, que no solamente están en Santo Domingo? ¿No sabemos que todos los dictadores y testaferros de América Latina llaman oro de Moscú a las modestas cotizaciones de nuestros obreros y campesinos para sostener los movimientos populares de nuestros países? ¿No conocemos la manera como nuestros gobiernos reaccionarios aplastan todo movimiento popular invocando el anticomunismo?

No hay duda de que este dispositivo fue el precio pagado para el retiro de un monstruoso proyecto auspiciado por un país del Sur, al cual calificué en San José de intento en pro de una Santa Alianza que se encargue de una cruzada con la cruz convertida en garrote. Este proyecto fue retirado; pero el dispositivo Segundo de la Declaración de San José lo representa consecuentemente, no dentro de la campana neumática de que hablara el Canciller Tello, sino dentro de la realidad que muestran los Gobiernos del Continente.

Para que usted se dé una idea de los bajos niveles a que llegó la Reunión de San José, le doy fe de que ante la advertencia del Canciller Porras de que el término "sino-soviético" (que apareció de primera intención) no era expresión castellana; y ante la observación del Canciller Arcaya de que los chinos no figuraban en el tapete, un sentencioso Canciller centroamericano dijo: "Eso no importa; así se dice en los Estados Unidos". Y si para favorecer a un esquema verbal que corresponde a las téc-

nicas de propaganda norteamericana, ahora llevadas al rojo en vista de la campaña presidencial, se sacrifica hasta el decoro del idioma, ¿qué no se hará dentro de cada país para satisfacer los rencores reaccionarios de plutócratas y dictadores?

Por estas razones, y por muchas más cuya exposición haría interminable esta carta ya de por sí tan extensa, creo, mi querido general, que el sueño de mi discurso del 22 de julio —eco apenas del sueño de los hombres libres y justos de América— fue sacudido por una violenta y adversa realidad. Ni América Latina estuvo a la altura de Bolívar, ni Estados Unidos a la de Washington y Franklin D. Roosevelt. La síntesis del espíritu de San José presenta al Continente como la última aldea de este mundo en conmoción, como un compartimiento estanco frente al fluir agitado de las ideas que sacuden al universo, como un feudo interferido por la estrategia de la guerra fría, como el último reducto de la pacata mediocridad que han enterrado hasta las tribus africanas que ahora constituyen naciones independientes.

Pero ese espíritu de San José no es el espíritu de nuestros pueblos. Ya dije en mi discurso del 22 de julio: "Es indispensable reconocer que las grandes mayorías nacionales de todos nuestros países respaldan con su simpatía al pueblo cubano y a su revolución. Podría haber Gobiernos que vacilasen a la hora de ejecutar una política acorde con esas simpatías; pero los pueblos mantendrán su fe en lo que ellos entienden como fundamental del proceso cubano: la lucha contra la tiranía y por la efectiva independencia nacional".

Y este ha sido el caso. Cuando el Canciller Roa anunció que con su Delegación se iban de la Reunión los pueblos de América Latina, expresó una agresiva realidad. Yo podría continuar la figura, que no es propia-

mente retórica, al agregar que con sus pueblos se replegó también el espíritu de Bolívar.

Pero advierta usted que hablo de repliegue táctico, y no de retirada en derrota.

En primer lugar porque como usted dice en su carta a la que respondo, "la reestructuración de la O.E.A., no precisa la revisión de sus magníficos postulados, sino la solidaridad básica de los pueblos semicoloniales del Continente para la realización de las grandes reformas económicas, culturales y sociales, que requieren la capacitación de las masas miserables y oprimidas, la reivindicación de sus riquezas, la elevación de sus ínfimos niveles de subsistencia, para incorporar a su patrimonio vital los derechos universales de trabajo, educación, salud y seguridad".

En segundo lugar, porque sería antihistórico e injusto menospreciar los esfuerzos cumplidos en San José por países como Venezuela, que recordó a Bolívar; como México, que recordó a Juárez; como Haití, que recordó a Petion; esfuerzos que no pasan inadvertidos al conocer los dispositivos Tercero y Sexto de la Declaración de San José.

En tercer lugar, porque la fisolofía y la historia nos enseñan que la lucha por los principios y el camino de la solidaridad de los débiles, es largo y penoso, pero siempre irreversible.

Todas estas consideraciones, mi querido general, quedarían como anémico consuelo si no buscásemos una orientación para la fe abatida de nuestros pueblos. Creo que usted apunta ese rumbo cuando dice en su carta: "Sólo en el cumplimiento coordinado y jerarquizado de programas que se propongan desarrollar amplios márgenes de bienestar popular, podrán sustentarse los mercados domésticos, la interdependencia continental, la recíproca



## SUMARIO

	Páginas
BREVE EXORDIO .....	7
I.—SIETE PROLOGOS	
PROLOGO DEL AUTOR A LA PRIMERA EDICION DE SU LIBRO "ROMPIENDO CADENAS" .....	11 a 23
PROLOGO DEL AUTOR A SU LIBRO "CENTROAMERICA EN PIE" .....	25 a 78
Aclaraciones necesarias sobre la publicación de este volumen .....	27
La actualidad de este momento será después Historia .....	31
La situación de España y de otras latitudes ...	35
Hitler y sus lugartenientes al patíbulo, pero hay otros que también merecen pena .....	40
Peluca, medias largas y pantalones cortos .....	43
Frases que se saborean y vuelven a leerse .....	46
Nuevas frases acoquinadoras .....	48
Actuación, entretanto, del hemisferio occidental .	52
Lo de Dumbarton Oaks y las naciones débiles ...	56
Evitar nuestro pasado de comparsas .....	62
Espíritu cristiano en pugna con el vaticanismo ..	65
Buena vecindad versus imperialismo .....	67
Arrobamiento, éxtasis o suspensión del ánimo ...	70
Labor y responsabilidad de nuestra clase intelectual	73

	Páginas
PROLOGO AL LIBRO DE WILLIAM KREHM, "DEMOCRACIA Y TIRANIAS EN EL CARI- BE" .....	79 a 139
El Cordón Sanitario y las cobras domesticadas de mister Sumner Welles .....	81
De cómo a la Doctrina Estrada le pusieron un apén- dice .....	89
En donde se habla del clérigo que santiguaba a los herejes con la escopeta y los mataba con la pe- lota .....	95
De qué manera el Destino Manifiesto nos ha dejado como quedó Esaú con las lentejas .....	99
Nuevas acotaciones con anverso y reverso de luz y sombra .....	110
Maremagnum en el Caribe.—Vigencia y agonía de la buena vecindad .....	124
Palabras finales .....	136
PALABRAS EXPLICATIVAS DEL AUTOR A LA SEGUNDA EDICION DE SU LIBRO "ROM- PIENDO CADENAS" .....	141 a 182
En donde se habla de analfabetos morales y de lo que vale un buen millón robado .....	143
Sumario en el cual se observa cómo han sido ataca- dos los movimientos democráticos del siglo vein- te, entre ellos la Revolución mexicana y el "New Deal" del Presidente Roosevelt .....	147
En donde se averigua lo que vino a sucederle a Cán- dido con Cunegunda .....	151
Nuevas razones por las cuales se demuestra que el mundo anda desquiciado .....	153
De lo que se gasta en armas para la muerte y no en vitualas para la vida .....	155
En donde se comparan nuestros presupuestos con el de Estados Unidos, y llega uno a pensar cosas dignas de narrarse .....	157

Continuación de lo anterior, saliendo también a relucir la encomiástica democratización del arrepentido eje totalitario .....	161
En donde al fin se explica por qué vuelve a la estampa la segunda edición de este volumen, y se agregan unos ligeros comentarios sobre el momento actual de Hispanoamérica .....	166
De cómo, según Hamlet, "cocea el rocín cuando está lleno de mataduras", sentencia que sólo es aplicable a los que tienen "desollado el lomo" ....	177
<b>PROLOGO AL LIBRO DEL DR. JUAN JOSE AREVALO, "GUATEMALA, LA DEMOCRACIA Y EL IMPERIO" .....</b>	
	183 a 205
Visión de México en la Independencia .....	185
En donde los bananos tienen más fuerza que los próceres .....	187
¡Tiburcios, Anastasios, Fulgencios, Apolinarios, Marcos Pérez y Mamertos! .....	190
Irca, United Fruit, Sullivan and Cromwell .....	192
De cómo se parecen Mister Dulles y Garatuzza ..	196
Conclusión .....	199
<b>PROLOGO A LOS DATOS AUTOBIOGRAFICOS DE DON BENITO JUAREZ, "APUNTES PARA MIS HIJOS" .....</b>	
	207 a 234
Retrato y significación de Juárez .....	209
<b>PROLOGO AL LIBRO DEL LIC. ISIDRO FABELA, "BUENA Y MALA VECINDAD" .....</b>	
	235 a 250
En donde se habla del autor y se dan razones para este proemio .....	237
De cómo los Estados Unidos dejaron su aislamiento y entraron en las dos guerras mundiales .....	241
Comentarios en los cuales se sugiere que si Mr. Wallace hubiera sido Mr. Nixon, lo habrían aclamado en América del Sur .....	244

## II.—VARIAS APOLOGIAS Y OTROS APUNTES

Homenaje a García Monge .....	253
Lo accidental y lo substantivo en Rómulo Gallegos .....	261
Andrés Eloy Blanco .....	269
Sobre Colombia y Guatemala .....	277 a 302
El caso de Colombia .....	278
El caso de Guatemala .....	287
Libro-Guía de Rómulo Betancourt .....	303
Palabras de despedida a Rómulo Gallegos .....	319
Supervivencia de don Joaquín .....	325
Palabras de adhesión a don Isidro Fabela .....	333
Supervivencia de don Alfonso Reyes .....	339

## III.—EPILOGO

(Se refiere al ideario de Bolívar, la OEA y la Reunión de Cancilleres en San José de Costa Rica)

Carta del Sr. General Lázaro Cárdenas .....	347
Carta del Sr. Embajador de Venezuela .....	353

## VICENTE SAENZ

### SUS PRINCIPALES LIBROS

- Traidores y Déspotas de Centroamérica.  
Cartas de Morazón.  
Norteamericanización de Centroamérica.  
Rompiendo Cadenas.  
España Heroica.  
La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América.  
Guión de Historia Contemporánea.  
Cosas y Hombres de Europa.  
Opiniones y Comentarios de 1943.  
Centroamérica en Pie.  
Paralelismo de la paz y de la democracia. <sup>3</sup>  
Elogio de Francisco Morazón. <sup>4</sup>  
Actualidad de don Juan Montalvo. <sup>4</sup>  
Morelos y Bolívar. <sup>4</sup>  
Hispanoamérica contra el Coloniaje. <sup>1</sup>  
Auscultación Hispanoamericana.  
Raíz y Ala de José Martí. <sup>4</sup>  
América Hoy como Ayer.  
Nuestras Vías Interoceánicas.  
El Grito de Dolores y otros ensayos.  
Vidas Ejemplares Hispanoamericanas.  
Nuestra América en la Cruz.

### OTROS LIBROS Y FOLLETOS

- Actitud del Gobierno de Washington hacia las Repúblicas  
Centroamericanas <sup>1</sup>

**("Current History Magazine")**

El Canal de Nicaragua, <sup>1</sup> y <sup>6</sup>

Intervención de los Estados Unidos en Centroamérica. <sup>1</sup>

**("Current History y Magazine")**

España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936. <sup>5</sup>

El Resplandor de España. <sup>1</sup> y <sup>5</sup>

Palabras del Presidente de la República Española. <sup>2</sup> y <sup>5</sup>

Literatura en Centroamérica. <sup>3</sup>

(Revista "Nosotros", México, D. F.)

<sup>1</sup> Inglés y castellano.

<sup>2</sup> Castellano, inglés y francés.

<sup>3</sup> Incluido en "El Grito de Dolores y otros Ensayos".

<sup>4</sup> Incluido, por haberse agotado las cinco biografías separadas que ahora forman un solo volumen, en "Vidas Ejemplares Hispanoamericanas" (Morelos, Boívar, Morazán, Montalvo, Martí).

<sup>5</sup> Incluido en "España Heroica".

<sup>6</sup> Incluido en "Rompiendo Cadenas".

**Se acabó de imprimir este libro  
en los talleres gráficos de la Edi-  
torial Olimpo, Calle Imprenta 205,  
el 24 de Octubre de 1960.**

Guillermo Toriello  
¿A DONDE VA GUATEMALA?

Agustín Cue Cánovas  
EL TRATADO MC LANE-OCAMPO  
(Edición agotada.)

Juan José Arévalo  
FABULA DEL TIBURON Y LAS SARDINAS  
(Edición agotada.)

Vicente Sáenz  
NUESTRAS VIAS INTEROCEANICAS

Isidro Fabela  
BUENA Y MALA VECINDAD

Harvey O'Connor  
EL IMPERIO DEL PETROLEO  
(Edición agotada.)

Julio de Armas  
CAMINO REAL

Diego Córdoba  
VIDA DEL MARISCAL SUCRE

Vicente Sáenz  
EL GRITO DE DOLORES Y OTROS  
ENSAYOS

Francisco Pimentel (JOB PIM)  
OBRAS COMPLETAS

Juan José Arévalo  
ANTIKOMUNISMO EN AMERICA LATINA

Vicente Sáenz  
VIDAS EJEMPLARES HISPANO-  
AMERICANAS  
(Morelos, Bolívar, Morazán, Montalvo, Martí).

Ricardo A. Martínez  
DE BOLIVAR A DULLES

Yolanda Caligaris  
ALCAZAR DE ENSUEÑO

Vicente Sáenz  
NUESTRA AMERICA EN LA CRUZ



DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS  
LIBRERÍA DE MANUEL PORRÚA, S. A,  
CINCO DE MAYO 49, MÉXICO 1, D. F.  
APARTADO POSTAL 8870. TEL. 10-26-34

En México:  
\$ 3 0 . 0 0  
moneda nacional



En el exterior  
D 1 s . 3 . 0 0